

Antonio Aparisi y Guijarro

El libro del pueblo



Biblioteca Saavedra Fajardo 2019



Transcripción y revisión de Miguel Andúgar Miñarro a partir de APARISI Y GUIJARRO, A. *El libro del pueblo*. En *Obras*. Tomo IV. Madrid: Francisco Fernandez, 1874.



ÍNDICE

ADVERTENCIA.....	5
EL LIBRO DEL PUEBLO.....	7
I.....	7
II.....	8
III.....	10
IV.....	13
V.....	16
VI.....	21
VII.....	24
VIII.....	25
IX.....	26
X.....	28
XI.....	31
XII.....	33
XIII.....	37
XIV.....	40
XV.....	41
XVI.....	42
XVII.....	43
XVIII.....	45
XIX.....	52
XX.....	55
XXI.....	58
XXII.....	60
XXIII.....	61
XXIV.....	62
XXV.....	64
XXVI.....	66
XXVII.....	68



XXVIII.	70
XXIX.	71
XXX.	73
XXXI.	76
XXXII.	78
XXXIII.	81
XXXIV.	86
XXXV.	88
XXXVI.	92
XXXVII.	95
XXXVIII.	98
XXXIX.	100
XXXX.	105
XXXXI.	108
XXXXII.	109
XXXXIII.	112
XXXXIV.	115
XXXXV.	119
XXXXVI.	120
XXXXVII.	123
III.	126
II.	130
L.	133
LI.	138



EL LIBRO DEL PUEBLO.

ADVERTENCIA.

—¿Cuándo quieres que escribamos un libro para el pueblo? —me dijo Aparisi un día.

—Cuando quieras—le contesté; y repetidas veces a la misma pregunta, siguió idéntica contestación, pero no escribíamos el libro. Estribaba la dificultad, en que yo muy ocupado y él incapaz de sujetarse a trabajar en horas fijas, no encontrábamos una en que juntos pudiéramos emprender la común tarea.

En el invierno de 1865 a 1866 venía a casa por las noches, y pasábamos la velada, tras momentos de sabrosa conversación, jugando al tresillo. Ocurrióme que podríamos realizar nuestro propósito, dando a la pluma el rato que cercenáramos al juego: no le parecía bien; pero instado, se resignó con la condición de que habíamos de escribir allí mismo, sin apartarse de la chimenea

Y así fue: entre la charla con mi familia, terciada por algún amigo, y entre el alboroto de los pequeños no pocos ni callados que bullían en derredor, dictaba desmayadamente y yo escribía; discutíamos de paso algún pensamiento, alguna frase, quedando a mi cargo, ampliar, modificar y suprimir lo que me pareciera conveniente.

Así se escribió este folleto.

Nada suprimí: en los dos primeros tercios amplié bastante y modifiqué algo; la última parte casi, nada me debe; insignificantes correcciones hechas de pasada. Y fue la causa, que se me traspapeló; y aunque de vez en cuando recordaba el perdido trabajo y lo buscaba, buscábalo ligeramente y con flojedad, dejando siempre para días desocupados registrar detenidamente el maremagnum de mis papeles.

Con este firme propósito y con una invencible y no interrumpida pereza para ejecutarlo, pasó el verano y el siguiente invierno y el de 1867 a 1868. La revolución de Setiembre lanzó a Aparisi al extranjero, y a mí me ligó más al trabajo fastidioso del *ante V. S. parezco y digo*.

Volvió aquel de la emigración, y a menudo me decía o le decía:

—Hemos de concluir el libro del pueblo.

Y el interpelado contestaba como antes de principiarlo:

—Cuando quieras; —y seguíamos queriendo y no haciendo nada, porque no recordábamos en qué punto había quedado el borrador y esperábamos recobrar los pliegos perdidos.



Cuando ocurrió su imprevista muerte, los encontré entre sus papeles, recordando entonces que se los había llevado en cierta ocasión para no sé qué cosa.

Aunque le llamábamos el *Libro del pueblo*, la verdad es que aún no estaba bautizado definitivamente: preocupación grande para Aparisi que opinaba que de un buen título depende a menudo el éxito de la obra.

Una noche, con regocijo no escaso, nos dijo que ya había encontrado título para el folleto; ¡pero qué título! músico, peregrino y significativo. Ponderaba y ponderaba, pero sin darlo a luz. Por fin se desembarazó del secreto: el nombre era *El preservativo*.

Bromeábanle los presentes diciéndole que lo de preservativo olía a botica que mareaba, y tanto le hostigaron sobre lo poco músico y menos peregrino de su invención por más significativa que fuese, que resolvió buscar otro nombre que no buscó, quedando el libro sin ninguno.

Mas como vivo yo, *que si bien el menor padre de todos los que hicieron ese libro*, soy el padre al fin, pareceme que no le sentaría mal el título de *Libro del pueblo* o *Preservativo*, que con el primero le conocíamos, y con el segundo tuvo intención Aparisi de que se le conociera.

He creído oportuno contar estos hechos para que el lector sepa cómo nació el folleto, y por qué quedó manco e imperfecto: así excusará incorrecciones que encuentre, considerando que hay trozos larguísimos que Aparisi dictó y m siquiera volvió a leer: así apreciará lo profundo de sus conocimientos que le capacitaban para escribir de improviso sin preparación y sin libros, párrafos como el XVIII en que cronológicamente desenvuelve el cuadro de las herejías que han afligido a nuestra Santa Madre la Iglesia: así admirará aquella superior inteligencia que ponía visible ante sus ojos el latente corrompido estado social de España, aquella asombrosa intuición con que preveía el caos próximo y vaticinaba el desastroso porvenir de nuestra patria.

Quizá haya alguna equivocación, algún error en nombres, en fechas, en datos, no lo sé; que me han faltado ánimo y tiempo para comprobar tanta cita. Si los hay, corríjalos el que lo lea; servirále a él de legítima satisfacción, porque habrá ejercitado una obra de misericordia, y a mí de motivo de agradecimiento, porque me habrá excusado trabajo tan enojoso.

Madrid 1.º de Enero de 1874.

LEÓN GALINDO Y DE VERA.



EL LIBRO DEL PUEBLO.

I.

Nos proponemos escribir un libro sencillo.

Un libro para el pueblo.

Queremos entrar en el hogar humilde del industrial, del labrador.

Hablar con ellos amistosamente. Somos sus hermanos.

Un temor nos saltea: quizá nos reciban con desconfianza: ¿si serán estos, pensarán, de los que halagan al pueblo mirando al propio provecho o al medro de sus amigos?

¡Ha habido tantos engaños! ¡Hay tantos desengaños!

Y el lance está en que aunque nos digamos hijos del pueblo, aunque le conjuremos por lo más sagrado que nos crea, seguirá sospechando. Hoy no es bastante fiador el juramento.

Lo comprendemos bien; y, sin embargo, proseguimos en nuestro intento.

Después de leer este libro, ya nos habrán conocido. Si su conciencia les dice a cada capítulo que lean: eso es verdad, comprenderán que somos sus amigos.

A ellos apelamos, a ellos solo buscamos por fiadores de nuestra veracidad y lealtad.



II.

Preguntamos a nuestros amigos, ¿sois felices? ¿Vivís tranquilos? ¿Qué os parece del estado actual de cosas en España?

Aun el que esté más preocupado en los negocios, algunas veces al menos, se habrá parado a meditar.

En verdad que hace muchos años no hemos visto sino turbaciones y guerras; desde aquel tiempo heroico en que nuestros padres dieron sepultura en tierra de España a los ejércitos franceses o los arrojaron allende los Pirineos, no hemos visto sino guerras fratricidas, revoluciones trastornadoras.

Y hemos presenciado también cómo el antiguo edificio se derrumbaba, y cómo se va haciendo, digámoslo así, el mundo nuevo.

Si alguno de los que leen es ya muy avanzado en días, habrá conocido otros muy distintos, o habrá oído a sus padres, sentado quizá en sus rodillas, hablarles de los tiempos en que era joven, de otro mundo, digámoslo así, de otra España bastante diversa de la España que hoy vemos.

En tiempo de nuestros padres a quienes hemos conocido, o aún en nuestros tiempos, si es que nacimos antes de este siglo, había trabajos y dolores privados, desórdenes o abusos públicos; al cabo el mundo siempre ha sido valle de lágrimas y los hombres han nacido siempre con pasiones, y las pasiones mal contenidas han turbado más o menos a las sociedades.

Eso es verdad; en todo tiempo ha habido males y males gravísimos, hijos de la debilidad y del error humano; pero eran males en el orden de los hechos y no en el de los principios.

Había hombres asesinados; pero no se glorificaba el asesinato.

Había ambiciones y crímenes espantosos para escalar las altas jerarquías sociales; pero no se negaba la jerarquía social.

Había ataques contra la familia, hijos desobedientes, esposos infieles; pero no se proclamaba como justa la desobediencia de los hijos, ni se negaba la santidad del matrimonio, ni se mofaba de la familia.

Había hurtos y rapiñas y toda clase de ataques contra la propiedad; pero no se enseñaba que la propiedad era un robo.

Y el suicidio, negación de los derechos de Dios sobre el hombre y de los deberes del hombre hacia Dios, inmensa rebelión a los soberanos preceptos del Creador, no existía.

Y la indiferencia religiosa, embrutecimiento del alma, y extinción de todo sentimiento moral, no contaminaba el espíritu de las muchedumbres.



El mal estaba en la voluntad que se levantaba contra el entendimiento y sacudía su yugo; hoy está además en el entendimiento que pervierte y arrastra a la voluntad.

El mal era antes individual; ahora es social.

Era una situación y es una institución.

Afectaba a la superficie; el fondo de las aguas purísimas permanecía tranquilo.

Por eso en el último tercio del siglo pasado, después de aquella guerra crudelísima de sucesión en que a la postre no se disputaba sino sobre si Felipe de Francia o Carlos de Austria se habían de sentar en el trono, había en España una paz profunda; en paz moría el español con la dulce tranquilidad que le inspiraba la esperanza de que en paz vivirían sus hijos; el empleado miraba su empleo como patrimonio; si era hombre de bien, había de conservarle mientras le durase la vida; y en fin, todos los españoles eran unos; eran españoles.

Digan lo que quieran ¡gran ventaja era esta! Y si no, decidnos los que vivís en pueblos o en ciudades que las veis turbadas por facciones enemigas, ¿cuánto daríais porque mañana al despertar de nuestro sueño vieseis a todos vuestros conciudadanos unidos pensando lo mismo, sintiendo lo mismo?

¿No comprenderíais que vuestro pueblo estando unido era un gran pueblo, un pueblo invencible? ¿No os sentiríais felices pensando que estando unido el pueblo, estaba asegurada también la paz, el primero y máspreciado de todos los bienes?

Hasta ahora de seguro que no os ha de parecer mal lo que decimos: vuestro pensamiento interior consueña con el nuestro escrito: nos dicen la verdad, pensáis: cierto, os la decimos y os la diremos; porque no os hemos de ocultar los males de los tiempos pasados y los del tiempo presente; y sobre todo os hemos de hablar de los peligros gravísimos que os amenazan; porque (aunque adelantemos alguna idea) estamos muy cerca del caos, y aunque teniendo pechos varoniles no nos asusten los males que nos amenazan, al menos pensando en nuestras esposas y en nuestros hijos, hemos de temblar por ellos y pedir a Dios, y en cuanto nos sea posible esforzarnos, para evitar su ruina y procurar su felicidad.



III.

Nada hay más común que oír en los tiempos presentes hablar mal de los pasados.

Tiempos se les llama de oscurantismo y de barbarie.

Pero si eran tan malos esos tiempos debería ser porque eran malos los hombres.

La naturaleza siempre se viste de las mismas galas y rinde los mismos frutos: el mismo cielo nos cubre hoy que cubría a nuestros padres: el mismo sol nos alumbra.

Los hombres, pues, hacen los tiempos: ¿los pasados eran muy malos? Luego no eran buenos nuestros padres.

Desconfiad de los que hablen así: los oís, sin embargo, con gusto a veces, sin enojo siempre; pues tened en cuenta que los que hablan en esos términos, infaman a vuestros padres.

Si oyéseis que algún joven imberbe o no imberbe, de los que hoy, antes de estudiar se echan a escribir, y antes de estudiar y escribir abren cátedras y peroran como maestros; si oyéseis que este tal hablando de vuestro padre le apodaba de ignorante, de bárbaro, de estúpido; ¿qué diríais o qué haríais? De seguro que arrojábais de casa al hablador insolente.

Pues los que tan desatentada y violentamente infaman hoy los tiempos pasados, esos, si bien se mira, no hacen otra cosa que llamar a vuestros padres, y a nuestros padres, y lo que es más, a los suyos, ignorantes y bárbaros y estúpidos.

No mirareis con buenos ojos al hijo que no guarda con religioso respeto la memoria de su padre; pues no miréis con buenos ojos a una edad o a un siglo que desprecia, mofa o infama, a la edad o al siglo que le precedió.

Y vive Dios que no hablan verdad esos hombres: ya se refieran a siglos remotos, ya al último que ha ido a reunirse con ellos en el seno de la eternidad.

Más adelante os contaremos quiénes fueron los españoles de los siglos XV y XVI: fueron grandes; fue nuestro pueblo, el pueblo Rey del mundo.

Pero viniendo a tiempos más vecinos a nosotros, al de nuestros padres, al de nuestros abuelos; a vosotros mismos os traemos por testimonio: vosotros conocisteis a vuestros padres; quizá cuando niños guiábais los trémulos pasos de vuestros abuelos.

¿Os creéis mejores que ellos? ¿Creéis que en aquel tiempo había menos honor que en el presente, no se guardaba tan religiosamente la palabra, estañan más estragadas las costumbres, o más flojos o más rotos los lazos de la familia?



¡Ah! no; eso no lo creéis: hoy podrá haber alguna ventaja sobre todo en adelantos materiales; ya hablaremos de ellos; mas en punto a los morales, hoy, lo decimos con dolor, no somos tan buenos; somos mucho peores que nuestros padres.

Queremos, aunque sea digresión, apuntar algunas cosas. En aquellos tiempos ¿no es verdad que era muy raro un robo sacrílego?

¿No es verdad que apenas se hablaba de un suicida?

¡Oh! cuando se esparcía por España que un hombre habrá atentado contra la vida que habrá recibido de Dios, ¡cómo se atemorizaban las gentes!

Y hoy todos los días leemos con ojo y corazón indiferente que el anciano, que el joven, que el casi niño han puesto fin a sus días.

Y hoy estamos hartos de oír que apenas hay provincia en España en que no se cometan robos sacrílegos.

Sin linaje de duda se teme menos a Dios.

Y la falta de temor de Dios, no se compensa con bayonetas.

Y la falta de temor de Dios, no se compensa con algunos mayores adelantos de la industria.

Probablemente sabréis como nosotros, por haberlo oído, que en muchos pueblos apenas había escribanos, o no los había; que los contratos no constaban en los documentos públicos, sino en un simple papel.

La palabra honrada de nuestros padres valía tanto como una escritura.

Pues también habéis oído lo que era en aquellos tiempos un Alcalde: era una especie de Rey, o mejor de Patriarca. Cuando levantaba la vara de la justicia, todas las cabezas se inclinaban hasta el suelo.

Hoy ya sabéis lo que es un alcalde por lo común, y habrá llegado a vuestra noticia que el puñal homicida o la bala alevosa han echado muchas veces por tierra a la Autoridad.

Apuntamos meramente estas cosas, porque todos las sabéis, o por vista o por oídas; y las apuntamos para que penséis y meditéis un rato sobre ellas.

Mucho más os diríamos; pero ese poco prueba bastantemente que hoy la autoridad es mucho menos respetada, así la de Dios como la de los hombres.

Acontece que algunos, algo más imparciales, no hablan mal de nuestros padres: dicen que era buena gente; pero gente servil. Nos los pintan como una especie de rebaño a quien el mayoral a su placer trasquila, o apalea: no creáis eso que no es verdad? y si queréis prueba concluyente, fijad la consideración en lo que hicieron nuestros padres en el año ocho.



Recordad que delante de Napoleón, ante quien todos los Reyes de Europa temblaban, y los pueblos todos enmudecían, ellos se levantaron como gigantes, y ejecutaron hazañas que les hicieron dignos descendientes de aquellos héroes que en el siglo XVI pasearon por el antiguo y nuevo mundo altas y victoriosas las banderas de nuestra patria.

No; ánimos apocados, pueblos serviles no acometen ni llevan a cima felice tan altas empresas.

No; ánimos apocados, pueblos serviles no se levantan contra los dominadores de Europa, y al compás de cánticos sagrados, sin más armas que los instrumentos del trabajo los vencen y los aniquilan.

Para ahuyentar a lobos carniceros siempre se necesitó de un león, nunca bastaron ciervos.

Vosotros sin duda alguna sois valientes y animosos; esta tierra de España no sabe engendrar cobardes; pero hablando con verdad, ¿os creéis capaces de haber hecho más que vuestros padres? ¡Vamos, que si hiciéramos tanto, ya sería mucho!

Y yo creo que lo haríamos a estar unidos, y a tener su viva y ardientísima fe; pero nuestra fe está apagada, y por *desgracia* nos recelamos unos de otros y la discordia se ha sentado en nuestros hogares.

Quiero, sin embargo, conceder que hiciéramos maravillas, si otro Napoleón invadiese nuestra tierra y se enseñorease de ella con medio millón de soldados; pero quiero que me concedáis que eran nobles y grandes nuestros padres, y no apocados ni serviles cuando deslumbraron al mundo con la luz de sus gloriosos hechos.



IV.

Una cosa habrá fijado alguna vez al menos vuestra atención. De algún tiempo a esta parte ¿no es verdad que se oyen en España doctrinas y lenguaje nunca oído?

Sabréis por vuestros padres, si lo ignoráis por ciencia propia, con qué respeto, con qué veneración tan profunda se pronunciaba en otro tiempo el nombre de Rey.

Era a los ojos de los españoles una especie de divinidad: divinidad por otra parte de barro, es cierto; porque al cabo los Reyes son hombres y han de morir, y el ojo humano no alcanzará a distinguir las cenizas de un mendigo de las cenizas de un Monarca.

Mas el Rey que debía dar cuenta a Dios, tanto más terrible cuanto había sido colocado por el más alto entre los hombres, era como una persona sagrada que representaba la historia y glorias de la patria, encarnación viva de los pueblos por él regidos.

También sabréis o por ciencia propia, si sois ya viejos, o por tradición recogida de los labios de vuestros mayores, que en los tiempos pasados era rarísima cosa, no digo saber, si no sospechar de alguno que no profesara en España la fe católica.

Parecía imposible que existiese un ateo: sabíamos solo que en otros países había herejes.

Esto puede decirse que pasaba ayer. Si nuestros padres se levantasen del sepulcro, se espantarían de presenciar lo que pasa hoy; no comprenderían la lengua que hoy se usa. ¿Qué es eso de sensualismo? preguntarían. ¿Qué significa ese nombre de democracia?

En breve tiempo hemos andado larguísimo camino; ya sabéis que muchos piden hoy la libertad de cultos; que al frente del templo, donde lleváis a vuestros hijos, para hacerlos hijos de Dios; al frente del templo donde dejarán vuestro cadáver para que reciba las últimas bendiciones de la Iglesia, madre amorosa que nos recibe en la cuna y nos deja en el sepulcro, piden que se levanten otros templos a Dioses desconocidos.

Y no es esto lo peor, sino que hay muchos, bien lo sabéis, para quienes están de sobra todos los templos, y que viven entre nosotros haciendo público alarde de no creer en Dios que les creó y de mofarse del Dios que ha de juzgarlos.

Ayer nosotros los españoles, más o menos buenos, creíamos al fin en el mismo Dios: nosotros los españoles sin excepción ninguna, amábamos el trono de nuestros Reyes.

Hoy abiertamente se ha comenzado la batalla contra Jesucristo-Dios y contra los Reyes.



Y en la pública luz obras, periódicos, que entran quizá todos los días en vuestras casas; malos y perniciosos maestros, que intentan persuadirnos de las excelencias de lo que llaman democracia; es decir, de la dominación de las muchedumbres, derribados los tronos.

¡Triste, espantoso progreso! Es natural o creíble que penséis como nosotros; mas si por desgracia no pensarais, no echéis de la mano el libro, seguid leyendo y meditando, y si al fin no estáis convencidos, roguemos a Dios que os alumbré, porque de seguro tristes tinieblas ciegan vuestro entendimiento.

Quizá cueste trabajo persuadir a algunos; porque ciertas doctrinas que predicán nombres que tienen la desgracia de aborrecer lo que amaron nuestros padres, de despreciar lo que ellos adoraron, son halagüeñas y seductoras.

¿Quién no gusta oír hablar de libertad? ¡Es un nombre tan bello!

¿Quién no gusta oír frases de agradable sonido, pomposas alabanzas, que hinchan naturalmente el Corazón? ¡Ah! se dice que los aduladores perdieron en otros tiempos a nuestros Reyes: hoy han dejado los palacios y han descendido hasta las cabañas de los pobres, y tememos mucho que lleguen a trastornar a los pueblos.

Ellos, si lo creéis, son los únicos amigos de la libertad: ellos ansían la libertad para todos vosotros: ellos quieren que todos vosotros intervengáis en el Gobierno del país: ellos proclaman iguales a todos los hombres.

En el mundo, observadlo, siempre ha habido, hay, y habrá hombres superiores. Y estos hombres superiores, estos hombres grandes han sido siempre pocos.

Ya se ve; al decir que todos los hombres son iguales, se adula, digámoslo así, a casi todo el género humano. Se le embriaga con esta lisonja; se engendra en su ánimo cierta envidia contra los que tienen o mayor riqueza o mayor talento; talento y riqueza que llegan a mirarse como injustas e irritantes. Porque valiendo tanto un hombre como otro, debiera ser tan grande y tan poderoso como este, o este debiera rebajarse a ser tan pobre o tan flaco como la inmensa mayoría de los hombres.

Un hombre es igual a otro delante de Dios y de la muerte; mas fuera de esto ya os explicaremos por qué miras divinas hay tantas desigualdades en el mundo moral, como puede haberlas en el mundo físico.

Ahora, cúmprenos indicar meramente que las doctrinas de esos que encarecen de continuo las excelencias de la razón, sacudiendo el yugo de la fe, voceando de continua la libertad, predicando de continuo igualdad, son doctrinas sin linaje de duda, que agradan al paladar; nosotros las combatimos,



nosotros no os adulamos, nosotros os hemos de decir verdades, y algunas de ellas son desabridas y pueden pareceros por demás amargas.

Pero no; no os parecerán tales, si bien lo meditáis.

Si por desventura no las amáis, aún las amaréis, y las amaréis mucho más cuando os lleguéis a persuadir de que las promesas lisonjeras de los que son vuestros enemigos, bajo la apariencia de amigos buenos, no os han de traer ninguna felicidad: son engaños y falsías, y quitándoos las esperanzas del cielo, os han de hacer mis desdichados en la tierra.

Eso no es posible, dirán algunos: es posible, y es cierto: esa mala filosofía matará o debilitará la fe en el corazón de vuestros hijos. ¿Qué ganareis teniendo hijos que no crean en Dios?

Esa mala filosofía trastornando corazones y espíritus os arrojará, por fin, a la revolución. ¿Sabéis quién esperará a los que sobrevivan después de convulsiones sangrientas? No será la libertad; será el despotismo.

La revolución nos amenaza, y viene preñada de todo linaje de males: para vencerla solo son poderosas la Religión que trae consigo todo linaje de bienes.

Así lo creemos y por ello os lo decimos. Pero no basta decir; es necesario probar. Y esto haremos poco a poco, si no os desagradan nuestras conversaciones.



V.

Tememos que al llegar a este punto penséis al menos en vuestro interior, que somos exagerados. Hombres de buena fe sin duda; pero soñadores de grandes males, que vosotros creéis que no pueden sobrevenir.

Es verdad, dicen algunos, que hay españoles que no creen en la Iglesia católica; es verdad que hay españoles que, mal hallados con el orden actual de cosas, fantasean mudanzas y aun trastornos; es verdad que las inquietudes y las agitaciones siempre son perniciosas para el país; pero hace bastantes años que, aun cuando no en profunda paz, vivimos en cierta calma y crece la riqueza, y algunas artes progresan y se han difundido, como dicen, las luces, y si hubiera algún trastorno pronto pasaría o se entenderían los hombres públicos de mis importancia del partido vencedor y pondrían en la cosa pública paz y concierto. ¡Ah! vosotros no sabéis lo que es revolución, y sobre todo, lo que sería la revolución radical que nos amenaza.

Queremos contaros una historia y muy triste, y entended que os diremos solo la verdad.

Habréis oído hablar de la revolución francesa; mis aún; habréis leído alabanzas de esa revolución en algunos periódicos españoles: pues bien; os hablaremos breves momentos de ella y acabareis por creer como nosotros, que fue verdaderamente una invasión del infierno en el mundo.

Vecina a España, separada de nuestra tierra por una cordillera de montañas, existe la nación francesa. Un grande hombre la llamaba el reino mis bello después del reino del cielo; y en verdad que ha sido una gran nación. No más grande que la nuestra; eso, no; porque debajo del firmamento no ha habido pueblo que diese una batalla de siete siglos; y salido de ella dominando un mundo, descubriese y conquistase un mundo nuevo. Tan altas hazañas estaban reservadas al pueblo español.

Pero el francés era indudablemente un noble y floreciente imperio. A principios del siglo pasado moría Luis XIV el más poderoso de los poderosísimos Monarcas de Europa.

Su trono, más que por el brillo de la riqueza y el brillo de las armas, estuvo alumbrado por la gloria de Bossuet, de Massillon, de Racine, de Corneille, de Pascal y de Moliere.

Murió el gran Rey; y a su muerte, o poco después de su muerte, comenzaron a extenderse por Francia doctrinas peligrosas.

Ya en vida suya se vertieron algunas; pero tenían pocos discípulos: como acontecía en España en tiempos de Carlos III, Rey piadoso, que cometió una grande iniquidad.

Pasaron pocos años y apareció en Francia un hombre de ingenio asombroso: Voltaire.

Era al propio tiempo un cínico mofador.



El desdichado creyó que Jesucristo no era Dios, sino un simple mortal, y como si le pesara de su nombre y de su autoridad sobre las gentes, se hizo enemigo suyo, y empleó todas sus fuerzas contra él y contra la Iglesia católica.

Al propio tiempo que Voltaire, otro llamado filósofo, por nombre Rousseau, comenzó a proclamar la doctrina que hoy en muchos periódicos y libros leéis: la de la igualdad de los hombres en punto a derechos políticos: la de la soberanía del mayor número, origen de todo derecho.

De modo que estos filósofos, de una parte se esforzaban por librar a los hombres del temor de la eternidad, y de otra irritaban su soberbia llamándoles Reyes.

Las doctrinas de estos hombres y otras doctrinas igualmente perniciosas, se extendieron en toda Francia por medio de folletos y libros, de dramas y novelas... la impiedad por fin levanta su monumento que se llama Enciclopedia. El Gobierno francés toleraba estos desórdenes del ingenio; porque el Gobierno francés cuando no era descreído, quería pasar por *ilustrado*.

Hacía poco más o menos lo que hacen nuestros Gobiernos.

Las personas sensatas y religiosas alzaron el grito contra aquellos escándalos; pero los filósofos burlábanse de ellos, llamándolos *mojigatos*. Cosa parecida acontece hoy en España, bien que por lo común, no se les llama mojigatos, sino *neos*.

Pero en España y en Francia se llamaba y se llama a los que sostienen nuestras doctrinas, enemigos de la luz y de la libertad.

Ya veis que si lo fuéremos tendríamos mal gusto: ¡es tan hermosa la luz! ¡es tan amable la libertad!

Pero vais a ver qué libertad y qué luz dio la revolución a la pobre Francia.

Francia se había enloquecido. Francia, es decir los gobernantes, la mayor parte de los ricos, de los eruditos, de los jóvenes que buscan posición y renombre por el camino de las ciencias y las artes; lo que pasa por principal en una nación, lo que bulle, agita e influye en ella, habíase, como dijimos, enloquecido, entregándose a la soberbia del pensamiento y a la concupiscencia de los goces sensuales.

Hablábase mucho en Francia de la filosofía y del reinado de la razón: como se habla ahora entre nosotros.

Ponderábase mucho en Francia la excelencia de las mejoras materiales, como se encarece también entre nosotros; y en fin, se hizo moda en Francia, avergonzarse de la Religión de sus padres y tener a gloria el mostrarse *despreocupados*; como vamos ya dolorosamente avergonzándonos los españoles de lo primero y jactándonos de lo segundo.



En fin, os quedareis pasmados estudiando la historia, al observar la maravillosa, triste semejanza que se note entra la nación francesa en tiempo del Regente Orleans y la nación española en el tiempo actual.

Verdad es que nosotros no estamos tan corrompidos como estaban en aquel tiempo los franceses: pero si en poco tiempo hemos andado tanto, ¿no teméis que en otro tiempo igual andemos mucho más, y llegue a parecerse de todo punto el pueblo español al francés en cuanto a tibieza o escarnio de la fe católica y a espíritu novador, impaciente en acabar de destruir lo poco que nos resta de los tiempos pasados, y a sentar sobre otras bases la humana sociedad?

En Francia, bien puede decirse, que sucedió a la Enciclopedia, la revolución. La revolución se encarga de poner en práctica las doctrinas filosóficas.

Comenzó pacíficamente: no se trataba más que de dar participación al pueblo en los negocios del Estado, de corregir abusos, de que reinase la justicia, de que la libertad floreciera.

El Rey de Francia, que era entonces, un hombre bueno y fue después un mártir y un santo, era liberal. Gozábase al encontrarse en medio de la Asamblea de los Notables del Reino. Pues los Nobles contra quienes tanto se había declamado, hicieron alardes gallardos de liberalismo, y ellos espontáneamente renunciaron a varios de sus privilegios. El Clero se asoció también en buena parte a lo que se llamaba el movimiento regenerador del país. Pero ¿qué importaba ni la buena voluntad del Rey, ni la abnegación de la Nobleza, ni las condescendencias del Clero? ¿Cómo podía gobernarse a un pueblo que ya no creía en Dios? ¿Cómo era posible imaginar que librada una inmensa muchedumbre de la esperanza o del temor de la eternidad no se lanzase fieramente a destruirlo y asolarlo todo?

La revolución estalló: os diremos solo, que tanta fue su rabia y tan infernal, que arrojó a Jesucristo de su altar y puso sobre él a una prostituta que llamó la Razón. Se amaron todos los templos: de las grandes obras francesas de su siglo de oro se borró hasta la palabra *Dios*: se echó, digámoslo así, a Jesucristo de Francia, quedó hecha un caos y un infierno.

Guillotiné al Rey ¡espectáculo horrendo! y a la esposa del Rey, y a la hija de Austria, y a la hermana del Rey, que era verdaderamente un ángel.

Y a seguida degolló a los nobles, y degolló a los sacerdotes.

Y a seguida degolló hasta a los ciudadanos oscuros.

Y después degolló a los que degollaban.

Época de terror; así puede llamarse: Vivían aterrados los hombres.



Una sospecha no era, motivo solo para encarcelar, era prueba bastante para matar; se mataba sin defensa.

Se inventaron nuevos crímenes para poder degollar a los que no habían cometido ninguno. El crimen de *negociantismo*, contra todo comerciante. El crimen de *lesa humanidad*, contra todo el que no había pensado en política como los *sans culottes*. El crimen de *sospechoso de ser sospechoso*; para que ningún enemigo de un individuo, de un comité revolucionario pudiese librarse.

Ni sexo ni edad eximían del suplicio, y en Nantes se fusilaron de una vez 500 niños menores de catorce años.

Y como por su diminuta estatura se librasen muchos de las balas, rotas sus ligaduras corrieron por el campo y se abrazaban a las piernas de sus verdugos, y alzaban sus angelicales cabezas, llenas de espanto y sus manecitas en súplica, y los bárbaros ejecutores los degollaban a sus pies.

Hasta en el modo de matar, (y no se conocía otra pena que la de muerte) se dieron invenciones y caprichos infernales: hubo ciudad en Francia en que a hombres y mujeres desnudos, se les ataba por la espalda y se les arrojaba al mar. A este suplicio increíble se le daba el nombre de *casamientos republicanos*.

Y cansados de la lentitud de los suplicios, hacinaban en barcas, hombres, mujeres y niños, y en alta mar, y clavadas las escotillas las agujereaban y se hundían.

La guillotina fue paseada procesionalmente por las ciudades instituyéndose, por los que habían borrado con sangre el culto cristiano, la fiesta a la *santa guillotina*.

Después que se cansaron de degollar los verdugos y de haber sido ellos degollados, la Francia, desangrada, reposó por breve tiempo; la sangre no la ahogaba ya; pero la corrupción la gangrenaba.

Francia bajo el Directorio, fue más corrompida que Roma después de las matanzas de Mario y de Sila.

Al fin se levantó un hombre a quién vuestros padres conocieron: Napoleón.

Y este hombre, uno de los seis más grandes guerreras, azote del mundo, que han existido, se apoderó del Imperio y fue, no Rey, sino amo y déspota de Francia.

Francia no respiraba si él no inclinaba la cabeza.

Luis XIV no fue déspota si se le compara con Napoleón.

Era natural: la anarquía lleva en sus entrañas y pare al despotismo: cuanto más grande aquella, este más poderoso.



Pocos años después, cumplida por él, sin saberlo, una misión providencial, Napoleón cayó en las llanuras de Waterloo; pero cayó en Waterloo, porque fue herido en España.

Vuestros padres os lo habrán contado más de una vez en las largas veladas de invierno, al amor de la lumbre.

Volvió a sentarse en el trono de San Luis el Rey legítimo: pasaron pocos años, y la revolución echó de París a cañonazos a la legitimidad.

La revolución elevó al trono a Luis Felipe, llamado el Rey ciudadano.

Pasaron pocos años, y la revolución, si no os parece muy vulgar la frase, le echó ¿ puntapiés.

Se proclamó la República: sanó a las calles el socialismo, ensangrentóse París, se espantó Francia, tembló Europa.

Pero en medio de aquella confusión apareció el sobrino de Napoleón y pidió la herencia, y se le entregó.

Como Francia estaba asombrada, se dejó encadenar por él.

No queremos hablaros de Luis Napoleón; no tan grande como su tío; pero no *pequeño* ciertamente. Astuto, doble, tenaz; pero más que Rey, Dictador: en una palabra, déspota.

Quisieran muchos franceses arrojarle a otra Santa Elena, y con él su despotismo; pero se estremecen pensando que han de caer en brazos de la anarquía.

Por eso vive Luis Napoleón.

Os hemos querido recordar esta historia, para que tengáis presente lo que ha pasado en el mundo, en Europa, en la vecina Francia, ha poco tiempo, y en un siglo que se llama de ilustración y de luz. Para que meditéis a qué extremos condujeron y han traído al pueblo francés las doctrinas que se dicen filosóficas, y que hoy cabalmente se predicán entre nosotros. Doctrinas que engendraron la revolución que produjo mil tiranos, a los cuales sucedió un gran tirano, que después crearon mil sofistas, a los cuales ha hecho callar un gran déspota.



VI.

Decidnos ahora; ¿comprendéis que existan hombres tan ciegos que no solo traten de disculpar, sino de justificar y encomiar la revolución de Francia?

¿Comprendéis que haya hombres tan cándidos que os quieran persuadir de que tales y tantos horrores vistos una vez en el mundo, no puedan verse otra vez?

¿Y por qué? ¿No somos hombres como lo eran aquellos monstruos? ¿No tenemos las mismas pasiones que ellos? Soltad las fieras, siempre destrozarán.

Imaginan algunos que Robespierre, Danton, Marat, no pueden volver al mundo: pues nosotros os decimos que todos los días estamos viendo a Marat, a Danton y a Robespierre. Y hablamos quizá con ellos, y son o nos parecen ser hombres de índole apacible. Pero libradles de todo temor de Dios; que les invada, ciegue y precipite alguna gran pasión, y ahí tenéis hombres que parecían mansísimos convertidos en fieras.

El hombre cuando se despeña en el mal, es peor y más cruel que los animales feroces; cabalmente porque tiene razón.

La hambre de las fieras se sacia: no el corazón del hombre.

El hombre, perfeccionándose, mirando a Dios, llega a ser casi ángel: el hombre, maleándose, apartándose de Dios, llega a ser casi demonio.

Quitad a Dios del mundo: quedan los hombres, naturalezas más nobles, hechos Reyes, Dioses. Es decir, libres de todo punto, horros de todo freno, independientes de toda autoridad.

Es decir, quedan las pasiones de los hombres sueltas, pugnando entre sí, en perpetua discordia, en guerra mortal.

El mundo es un infierno.

Considerad si caminamos o no a ese punto: considerad si principiamos a mofarnos de lo que respetaban nuestros padres como santas verdades; a ruborizarnos casi de hablar de Dios; a oír con desdén y mofa lo que imponía y en cierto modo asombraba a nuestros padres: la eternidad del castigo para los que han sido en la tierra enemigos de Dios.

Gran dolor es decirlo, pero en la sociedad actual se nota la ausencia de Dios.

Hasta en las costumbres, hasta en los usos, lo que había entre los antiguos de Dios, va desapareciendo.

Nuestros padres al escribir una carta trazaban una cruz: al entrar en una casa repetían las palabras del Ángel: Ave-María: al saludar a un amigo, Dios os guarde: se celebraba el cumpleaños con fiestas



al Santo cuyo nombre llevábamos; el signo de la Cruz era antepuesto al acometer cualquier peligro: calles, buques, empresas industriales, llevaban el nombre de algún héroe cristiano.

Esto parece de escaso interés, y significa mucho en cuanto demuestra que la idea de Dios no está tan viva ya entre nosotros, que va como amortiguándose, disipándose, desapareciendo.

A compás de ello, como es natural, se debilita también el respeto a las Autoridades de la tierra: que toman su fuerza, su virtud, de autoridad más alta.

A compás de ello se van atacando las que han sido bases hasta ahora de la humana sociedad, y pues que lo han sido, debían serlo y no pueden dejar de serlo.

Hay algunos que estos temores los reputan fantásticos, e los ven por lo menos muy lejanos. No es así, están a la puerta, hoy se anda corriendo.

Echad una mirada a los periódicos y ved cómo hablan, cómo discuten sobre la dinastía y sobre el trono: con qué franqueza os hablan de sus proyectos de derrocar lo existente, como de proyectos lícitos, que no deben ni siquiera llamar la atención de los Gobiernos.

Ved cómo se defiende y se enseña la libertad de conciencia, la igualdad de cultos, y se insulta a los Sacerdotes y se mofa de los Obispos, y se ataca al Pontífice Supremo.

Ved cómo se habla ya de socialismo, no para condenar ese sueño, sino acariciándolo y defendiéndolo.

Ved cómo se apunta ya el divorcio y el matrimonio civil como en Francia... destruyéndose con esto la familia cristiana.

Ved en pocos años cuánto ha cambiado el semblante de España; pues acontece lo mismo que con el descenso de los cuerpos graves: según van descendiendo, caen con mayor rapidez.

Enséneos lo pasado, lo que ha de venir. Y sobre todo, ¿es, o no cierto que se ataca a la verdad religiosa? Cada cual trate de averiguarlo en la ciudad, en el pueblo, en la aldea donde viva: a fe que encontrará ya bastantes despreocupados, y a fe que hace tiempo, no mucho, no había ninguno. Había buenos y malos; pero no incrédulos.

Ved, por lo demás, lo que os dijimos que pasé en Francia.

Os añadimos ahora: hay en Europa una gran conspiración para acabar con la Iglesia de Jesucristo: está en todas partes; en algunas, acaso descubierta; trabaja en otras solapada e hipócrita.

Están conjurados contra la Iglesia y contra Cristo todos los que han abandonado la fe de los antiguos tiempos.



Hay mil sectas entre estos: piensan de distintos y contrarios modos: en un punto convienen; y es, en afirmar, en procurar sacar victoriosa su afirmación de que Jesucristo no fue Dios.

Una cosa os digo, y supongo que pensareis como yo: el día, Dios lo aleje de nosotros, en que en España no se creyere en Jesucristo Dios, ¿creeríamos los españoles en otro Dios por ventura? ¿Se os ocurriría a vosotros, ni a mí resucitar aquellos dioses del paganismo que eran peores que los hombres? ¿Se os ocurriría adorar los ídolos chinos o arrodillaros ante el sepulcro de Mahoma?

¡Oh! de seguro que no: si os quedarais sin Jesucristo, os quedaríais sin Dios; no conocéis otro.

Diríais que no hay otro Dios, y si es que lo había, era tal que no se había dignado revelarse a los nombres; que no se cuidaba de ellos; que no era ni su Rey ni su Padre.

Y entonces ¡ay de las dulces y santas creencias de nuestros abuelos: dulces y santas creencias que aprendimos en el regazo de nuestras madres; templos a donde llevábamos a nuestros hijos, para ser hijos del cielo; oraciones con que calmábamos las tempestades del corazón; consuelos celestiales con que sobrellevábamos los dolores de la vida y veíamos sin horror aproximarse la muerte!

Y ¡ay de la sociedad! si merecía ese nombre una reunión confusa y turbulenta de hombres, luchando perpetuamente para enriquecerse, para mandar, para gozar.

Porque ello, es claro: en el momento que matando nuestras creencias se nos despojare de nuestra herencia en el cielo, habíamos todos los hombres, necesaria, irresistiblemente, de hacer esfuerzos desesperados para pasarlo lo mejor posible en la tierra.

¡Ay entonces de los débiles!

Sobre esto quizá os hablemos más en adelante; ahora para consolarnos de la vista del horrible materialismo, para avivar nuestra fe y refrescar nuestra esperanza, hemos de entretenernos un rato conversando sobre las verdades consoladoras de la religión cristiana.

Si hay asunto digno de los hombres, ese es y no otro. Platón, filósofo gentil, congregaba a sus discípulos a orillas del mar, y puesto entre ellos hablaba con lengua de oro, del Dios que parecía adivinar (y era nuestro Dios) y de la eternidad en la cual creía después de esta vida pasajera.



VII.

Todos los días comienza a despuntar la aurora y a esparcir su blanca luz sobre la naturaleza adormecida.

Sale el sol después, y nuestros ojos pueden mirar hito a hito sus fulgentes rayos: parécenos que avanza por los espacios como un gigante, según dice la Biblia, o como esposo que se levantara espléndido del tálamo nupcial: brilla y campea subido en la mitad del cielo, y abrasa la tierra con vividos resplandores: después va descendiendo, y aunque no perdida su majestad, amortiguada su luz deslumbradora, va hundiéndose en el mar bordando de oro y púrpura las nubes que le despiden en real cortejo, hasta que poco a poco se esparcen las sombras que envuelven al mundo en profundas tinieblas y en silencio profundísimo.

¿Habéis pensado alguna vez en que todos los días en cierto modo se escribe en los cielos la historia de la vida humana?

La niñez dulce y débil, es la aurora, y el sol que se lanza en los espacios es la juventud: subido a la mitad de los cielos representa la edad viril: descendiendo hacia el mar la ancianidad: hundiéndose en él y derramando sus sombras y su oscuridad sobre el mundo, la muerte.

Ese sol que veis es un millón cuatrocientas mil veces mayor que la tierra esta que habitamos, que nos parece inmensa.

En torno de ese sol giran miles y miles de astros fuera de la luna. Esa luna que alumbra las noches como lámpara dulce y solitaria, astro el más pequeño de todos los astros, es casi tan grande como nuestro globo.

Hay miles y miles que son inmensamente mayores.

Sobre ese sol, a una altura inmensa, hay otros soles; con cortejo innumerable cada uno de ellos, de astros rutilantes.

El mundo en que vivimos, comparado con el universo, es como un grano de arena.

¿Qué será el hombre, pues? Un punto imperceptible en el espacio.

Pascal, gran filósofo francés, se postraba en tierra al contemplar la grandeza de tales obras, y al considerar la inmensidad del Dios que las había creado; pero después de considerar al hombre como un punto imperceptible, como una nada, comparado con esas grandezas, le representaba como un gran todo, como un universo, comparado con otras pequeñeces infinitas.



VIII.

Porque ¿qué es el *arador* comparado con un hombre? Y sin embargo, un *arador*, animal casi invisible, presenta en la pequeñez de su cuerpo partes incomparablemente más pequeñas, miembros con juntas, venas en estos miembros y sangre en estas venas, y humores en esta sangre, y gotas en estos humores, y vapor en estas gotas.¹

Y si vamos descendiendo a los animales microscópicos crece el pasmo, y se pierde la imaginación al considerar las maravillas del Creador.

El sarro que se cría en los intersticios de los dientes, no es más que millones de gusanillos.

En una gota de agua hay un mar; en ese mar todo un mundo de vivientes innumerables, y cada viviente tiene sus órganos para el ejercicio de las tres facultades natural, vital y animal: tienen venas, arterias, nervios, glándulas, tendones, músculos... y todas estas partes compuestas de otros menores, y menores tienen los conductos que sirven a la nutrición, a la excreción a la reproducción.²

Y en todo se ven las maravillas del Señor, lo mismo en lo máximo que en lo mínimo: lo mismo en esas pequeñeces infinitas, que en las grandezas inmensas de ese cielo al que elevamos nuestras miradas y nuestros corazones.

Para que os pasméis os diremos solo una cosa. De la tierra al sol se cuentan 55 millones de leguas. De la tierra a Saturno 530, de la tierra a la estrella Sirios, 1,442,100,000,000 de leguas. Una bala de artillería, rompiendo el aire con la velocidad que sale del cañón, tardaría para llegar al sol 25 años: para llegar a Saturno 250, y si desde el instante de la creación hubiese volado hacia la estrella Sirius, la bala estaría ahora aún a mis distancia que comparativamente, el hombre que para llegar a Pekín hubiese dado el primer paso.

La tierra en su vertiginoso giro, anda mis de 500 leguas por hora, y es sin embargo esto, lo que la tortuga tardía comparada a la veloz águila, si se compara con la luz. de los astros. Es su curso tan asombrosamente rápido que se calcula en 4 millones de leguas por minuto; y sin embargo hay astros que brillan en los cielos desde que fueron formados por la omnipotente mano de Dios, y cuya luz no ha llegado aún a nuestra pupila.

El hombre se anonada; el hombre no encuentra palabras, no digo para encarecer, sino para dar una idea tenuísima de la grandeza imponderable de las obras creadas por Dios.

¹ Pascal.

² Feijó



IX.

Mas no quiero que con el espíritu os hundáis, digámoslo así, en esos inmensos y deslumbradores abismos, no: una mañana dejad vuestra casa y salid al campo: no quiero que miréis al cielo; poned los ojos en las montañas cubiertas de gigantes peñascos; en las aguas que serpentean por el valle; en los árboles que trémulos agitan sus hojas, y extienden sus ramas brindándoos con sus frutos; en la yerbecilla más humilde que descuidadamente huella vuestra planta.

Coged una flor, miradla, es una maravilla.

Contemplad sus raíces: por recónditos caminos, encogiéndose por un lado, dilatándose por el otro, barrenando con sus sutilísimas y delicadísimas fibras los terrenos más duros; absorben por mil agujerillos la humedad y las sales análogas, rechazando las que no les convienen, y las envían a la superficie, para dar vida a la planta, y para sostenerla firme contra el rudo embate de los vientos.

Su tallo gentil brota esbelto hacia arriba, buscando el sol que lo vivifica, como el alma del hombre busca al sol celestial; y por sus canales imperceptibles sube el jugo que le suministran las raíces, y en cada uno de sus nudos se detiene y se purifica, y por mil evoluciones llega hasta el extremo de la flor y se convierte en tela delicadísima.

Sus hojas que, inclinadas graciosamente adornan el tronco y le acarician blandamente, recogen en sus arranques el rocío que refresca el tallo; como las caricias del hijuelo refrescan el corazón de la madre que los estrecha entre sus brazos.

Como el capitel de una columna corintia, el tallo se ensancha en su remate, y un tubo que concluye en varias puntas, como real corona, sostiene cinco hojas purpúreas festoneadas tan primorosamente que avergüenza el trabajo del más hábil artista y encanta las miradas de los hombres.

Fijaos en el centro, examinadlo; allí hay nuevas maravillas: un cáliz verde acariciado y resguardado por una porción de hilillos sobrepuestos y rizados como el rubio cabello del niño recién nacido. Pues en aquel cáliz está depositado el germen de las flores. Llegará la estación propicia y se hendirá suavemente, y por las hendiduras se escapará en polvo imperceptible, que llevado en alas de templados vientos se posará en otros cálices y fructificarán las semillas en él contenidos, y mil generaciones de esas lindísimas flores cubrirán el suelo con manto de espléndidos e inimitables colores.

Coged una simple espiga de trigo; ¿no os asombráis? El grano que se arrojó en la tierra, pudrióse y, digámoslo así, muriendo, comenzó a vivir, y se asimiló las sustancias de la tierra acomodadas a su



naturaleza, y taladró la superficie dura, y fue vástago verde, y creció lozano, y dio de sí las doradas espigas que se convierten en el pan que fortifica al hombre.

Miráis cielo y tierra y exclamáis: ¡qué grandeza! y al mismo tiempo ¡qué sabiduría!

¡Qué desdichado y qué desalumbrado es el hombre que pueda locamente imaginar que tantas maravillas son obra de una ciega casualidad!

Si entráis en un templo magnífico, pensáis en el momento y creéis en el arquitecto. ¡Qué templo más bello y magnífico que este del Universo!

¿Habéis temido alguna vez que el día de mañana deje de salir el sol? No: sabéis que saldrá porque creéis en la infinita sabiduría que así lo ha ordenado.

¿Os saltea alguna vez el temor de que la tierra se acerque un poquito al sol y nos abrasemos, o que se retire un tilde y muramos de frío? No: porque creéis en la Providencia.

Pero si hay grandes maravillas encima de vuestras cabezas y debajo de vuestros pies, en el cielo y sobre esta tierra que ciñe con sus largos brazos el mar cuyas locas iras nunca traspasan el linde de leve arena que le señalé el Creador, creednos, la primera de todas las maravillas, la maravilla por excelencia, es el hombre, cuyos ojos ven el cielo y la tierra, y cuyo espíritu ve a Dios que creó a la tierra y al cielo.



X.

¡Es cosa singular! Muchos pasan su vida, y llegan al fin de ella sin caer en la cuenta de que son una maravilla, un portentoso, un milagro.

«Los huesos, tan indispensables al hombre que sin ellos no podría estar derecho ni andar, y semejante a los reptiles, se arrastraría por el suelo; los huesos, son a la vez en la máquina animal lo que la armazón en los edificios: dan al cuerpo firmeza y estabilidad, determinan sus formas, sostienen las partes blandas y defienden las vísceras que encierran; de tal modo, que sin ellos la vida hubiera estado muy expuesta a cada instante por los agentes exteriores que directamente hubieran obrado sobre los órganos más delicados e importantes. Gracias a su diferente estructura y conexión, proporcionan al hombre todas las situaciones necesarias y le mantienen en ellas: de otro modo el hombre hubiera sido una estatua inmóvil, y por lo tanto inflexible.

Cierto es que algunos huesos carecen de movimiento; pero como todo está previsto, esta inmovilidad es de todo punto necesaria para dar más firmeza y solidez en los órganos que contienen, para que permanezcan todos en sus posiciones por diversos medios, según el fin a que están destinados.

Las eminencias que en ellos observamos... sirven, entre otras cosas, de punto de apoyo o inserción a los músculos o ligamentos, aumentan la fuerza de las potencias motrices, alejando sus ataduras del centro del movimiento y mudan su dirección a donde mejor les conviene.

.....
La contemplación de los dientes, fijos a manera de clavos en una y otra mandíbula; su extraordinaria dureza, superior a la de todos los demás tejidos, es otra prueba más que corrobora nuestra idea sobre la existencia del Supremo Ser: los incisivos cortando los alimentos; los caninos, más fuertes y agudos, desgarrando los cuerpos duros y resistentes, y los molares más anchos, ásperos, grandes y fuertes, fracturándolos, triturándolos y deshaciéndolos, preparan debidamente la alimentación del hombre, constituyendo una parte muy principal de la digestión.

El cráneo con sus bóvedas y sus fosas, con sus conductos y sus canales, es una obra grande y admirable del Eterno. ¡Pasma, en verdad, el ver lo resguardado que se encuentra en su fondo y la multitud de agujeros de que se halla rodeado!

¡Con qué orden, regularidad y precisión entran por ellos los diferentes vasos y salen a la vez los numerosos nervios, llevando aquellos al cerebro el riego necesario para la vida y trasmitiéndoles



muchos de estos, como avanzados centinelas, las oportunas impresiones por cuyo medio llega el hombre a conocer las maravillas de la creación.

.....
¡Y la mano! ¡A cuántas reflexiones da lugar su complicada estructura! Compuesta de veintisiete huesos unidos y articulados entre sí de un modo maravilloso y de diferentes clases de tejidos, es el arma natural con que hacemos frente a nuestros enemigos y rechazamos sus arteros golpes....

Cuántas reflexiones se agolpan también a nuestra imaginación al estudiar la columna vertebral... ¡Cuán digna de atención es su estructura en forma de pirámide, y cuánto demuestra la sabiduría de su constructor al disponer que las piezas inferiores fuesen las más robustas, anchas y poderosas para sostener a todas las demás! Formada de veinticuatro huesos unidos entre sí, conserva cierta flexibilidad indispensable, sin la cual el hombre hubiera sido una inmóvil estatua incapaz de las muchas posiciones que necesita adoptar y que adopta voluntariamente, sin molestia alguna, inclinándose o levantándose, ya mirando a tierra, ya elevando su vista al firmamento, pudiendo además volver la cabeza hacia el uno y otro lado, gracias al gínglimo lateral con que se articula la primera con la segunda vértebra.

¡Y en medio de tantos y tan variados movimientos permanece ilesa, a pesar de su blandura y sensibilidad, la médula espinal, continuación del cerebro, que pasa por el centro de esa columna! ¡Cuánto poder y cuánta maravilla!»³

El hombre sería una estatua sobre su pedestal, sin embargo, si careciese de músculos. Gracias a ellos, dice el hombre, quiero; y anda, y aguija, y emprende la carrera rivalizando con el ligero ciervo, y se para y vuelve y revuelve a todos lados, y expresa sus pasiones con la risa, con el llanto, con el arrugar de las cejas. Sobresale entre ellos el corazón, péndulo que marca con su dilatación y su contracción dos bombas hidráulicas de igual fuerza, con vitalidad, conductos y receptáculos necesarios para obligar a circular a la sangre desde el centro a la circunferencia y de la circunferencia al centro, por una red innúmera de canales y tubos, imperceptibles muchos, y que no dejan un solo punto del cuerpo humano sin la humedad que le mantiene, y le proporciona líquidos que mantengan con vida todos los miembros.

¿Quién penetrará jamás en el secreto del sistema nervioso que trasmite todas las sensaciones? ¿Quién explicará el cómo la imagen que pasa a través del ojo se refleja en la retina, y se graba en el cerebro, y allí la encontramos cuando queremos, y nos la representamos ausente, sin confusión,

³ D. Carlos Mestre.



individualizada, aun cuando millones de objetos posteriores se hayan estampado sobre ella y la hayan, digámoslo así, sofocado bajo el peso de su multitud?

¡Ah! humillémonos ante la grandeza de Dios: confesemos que para adorarle no es necesario que busquemos las que llamamos grandes maravillas de la creación. Si reflexivamente examinamos el átomo más pequeño que vasa por el espacio y que momentáneamente aparece y brilla al atravesar un rayo de sol, es suficiente para que anonadados nos postremos en tierra y cantemos la gloria del Señor, tres veces santo, tres veces sabio, tres veces incomprendible en la maravilla de sus obras.



XI.

El Dios de la naturaleza es el Dios del Evangelio.

Hay un libro que es el gran libro por excelencia, historia divina, poema celestial.

Se abre con la palabra de Dios: hágase la luz: pasa por el Calvario y termina en el cielo.

En ningún siglo, en ningún pueblo se ha visto obra que semeje a esa obra: cuanto se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta ese libro inspirado por Dios, Sobre los libros obra de los hombres.

Dios crea de la nada el universo: Dios hace salir el sol, para que ilumine sus obras. Del cieno de la tierra forma el cuerpo del hombre: sopla sobre su semblante y le infunde un espíritu inmortal.

El hombre es cuerpo y espíritu: es barro y ángel: toca a la tierra con el pie y con la cabeza puede elevarse al cielo.

Salido de las manos de Dios, era el hombre perfecto en cuanto una criatura puede serlo: oyó la voz del tentador que le decía: «seréis como Dios», y quiso serlo y fue condenado, y cayó de su perfección primitiva.

Como se alejó de Dios, se pegó más a la tierra; quedó más viva y despierta la concupiscencia de las cosas creadas.

Condenado y desterrado del Paraíso, se multiplicó sobre la tierra. La razón perdió en él el debido señorío; se sublevaron las pasiones. Caín fue el primer homicida, y perseguido por la voz de la sangre de Abel, andaba prófugo por el mundo y espantaba a los hombres la señal que puso Dios en su frente.

Toda carne se corrompió, según las palabras de la Biblia: Dios envió para castigar a la tierra las aguas vengadoras: Noé se salvó en un arca, imagen mística de la Iglesia de Jesucristo.

Cuando apareció en el cielo el iris, salió de ella; y rodeado de sus hijos, levantó un altar y adoró a Dios en el mundo desierto.

Crecieron sus hijos y los hijos de sus hijos y olvidaron pronto la justicia tremenda de Dios, y fantasearon levantar una torre que subiese hasta el cielo.

Dios lo vio y confundió sus lenguas.

En esas primeras páginas de los libros santos se puede casi leer la historia entera de la humanidad.

El orgullo y la concupiscencia moviendo guerra a Dios; Dios castigando a la concupiscencia con penas sensibles si orgullo, con abandonar a los hombres a la confusión de sus ciegos pensamientos.

Después Abraham, padre de los creyentes, cuyos doce hijos lo fueron de las tribus que formaron el pueblo escogido: Moisés en adelante librando a este pueblo del cautiverio de Egipto, llevándolo al desierto, como para templanle en términos que mientras durasen los siglos no pudiera mezclarse ni



confundirse con otro: pueblo siempre distinto de todos, único siempre; admirable, cuando permanece sumiso a la autoridad divina, guarda inviolablemente los libros santos en que están reprobadas sus faltas y profetizado su tremendo castigo por el crimen sin nombre que ha de cometer; admirable, cuando cometido ya y crucificado el Cristo, le vemos aún hoy sin patria, sin templo, sin sacerdote; pero sin dejar de las manos ese mismo libro en que lee y, ciego, no ve su condenación escrita.

¡Oh qué pueblo tan admirable el pueblo judío!

Los profetas al través de los tiempos anunciaban al Mesías que había de nacer en Belén y ser crucificado en el Gólgota.

En tanto el género humano debilitada en él la idea de Dios su Creador, hízose Dioses de las criaturas. Cuando más alto subió, remontóse a las bóvedas de los cielos y adoró a los astros que en ella resplandecen.

En medio de la universal corrupción, algunos hombres, muy pocos, Platón entre ellos, no veían claro; pero presentían que era necesario que viniese a la tierra un enviado del cielo para salvarnos.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, oyeron cánticos por los aires; eran los ángeles que decían: «gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.»



XII.

¿Cómo estaba el mundo cuando Cristo se hizo hombre para redimirnos de las tinieblas del pecado? Todo obedecía a un culto, al culto pagano que no ha un siglo quiso resucitarse en la Europa cristiana. La religión que ha de ser la moderadora de las pasiones y el freno de las tempestades del miserable corazón humano, es ahora el aguijón que le impele a la torpeza y a la corrupción.

En los altares inmundos de aquellos inmundos Dioses se adora personificada la grosera embriaguez, la impía crueldad, el furor insensato y la torpe lujuria hasta sus más asquerosas aberraciones. El estupro, el adulterio, el incesto, cuantos crímenes pueda acometer la imaginación calenturienta del hombre más corrompido, tienen un Dios, ejemplo y guía, adorado en los altares.

Sacerdotisas, culto, fiestas solemnes, no son más que bacanales sangrientas o inmunda prostitución. El sol veía con vergüenza lo que ahora ocultan las profundas tinieblas de la noche.

El engaño, el fraude, el robo, la hipocresía, tienen también divinidades protectoras, y Horacio, el culto Horacio, no se recata en pedir a Laverna, a la hermosa diosa Laverna, que le conceda el arte de engañar a los demás, y que le crean sin embargo justo y santo.

Toda pasión era divina; seguir la ley, locura sin objeto; y resistir a su ímpetu, contrario a la razón.

Dedicadas las inteligencias al refinamiento de los goces sensuales, pasma el considerar a qué punto había llegado en la grandeza monstruosa y repugnante de los placeres, y de la barbarie que acompaña siempre al aniquilamiento del sentido moral.

Palacios de mármol y oro, cubiertos de grana y piedras preciosas, teatro de saturnales increíbles. Allí jóvenes vírgenes entregadas a la disolución por sus mismas madres; clamor antifísico, crimen nauseabundo, como cosa vulgar; festines en que ni el menor velo cubría la desnudez de los convidados; incestos repugnantes; parricidios que erizan los cabellos; locos incendios de ciudades, todo se oía allí y se veía allí, y se mandaba allí; mientras las liras llenaban de acordes el espacio, y en grutas misteriosas cantaban *evohe, evohe*, y el falerno rodaba por las copas y la embriaguez asomaba a los estúpidos o bárbaros semblantes de los convidados, que concluían la comida con ultrajes infames a niños que no fueran nobles, únicos exceptuados por la ley, de la prostitución pública.

La gula, vicio de bestias, hacia desear a Apicio tener el cuello de grulla para saborear más tiempo los manjares, e incitaba a Polion a arrojar a sus esclavos a los estanques, para que los peces y lampreas adquiriesen el sabor exquisito que les daba el pasto de la carne humana.



Ni amor digno, ni sentimientos de paternidad, ni aun el atractivo natural que el Creador puso entre ambos sexos existía en aquella inmunda sociedad: las leyes tuvieron que decretar premios a los que se casasen, premios a los que tuviesen sucesión. La avaricia soez reemplaza por todas partes al amor.

El santo respeto a la mujer desapareció de entre aquellos ciudadanos indignos: la abandonaron, la despreciaron, la repudiaron basta para sus más vergonzosos placeres: contrajéronse matrimonios solo para gozar los emolumentos y ventajas que concedía la ley, y consintióse el adulterio para disfrutar del *jura parentis*, y para apoderarse de los bienes de los matrimonios estériles.

El divorcio por mutuo consentimiento hacia cambiar de maridos a las mujeres todos los años; las mujeres encintas, perdidos parte de sus atractivos, eran repudiadas.... Los hijos... no había hijos; había cosas que podían venderse por los padres, según la ley, matarse si molestaban, y si aún esto turbaba la quietud de los quirites, abandonaban en medio de las calles aquella prole incierta sin padre conocido.

Manadas de lobos que de los Abruzzos bajaban atraídos por el hambre, se mantenían con los recién nacidos que se arrojaban en las calles, y todo esto «veíalo la ciudad ventera y lo sufría; veíalo el pueblo y lo aplaudía.»

Para nada contaba Roma con la pureza de la vida, el pudor de las costumbres, la obediencia de la ley moral; no había en él, no podía haberlo, ni arrepentimiento por lo pasado, ni enmienda para lo venidero.

Los señores eran un puñado de hombres servidos por miles de esclavos, por seres abyectos, por cosas, peores que cosas; porque ponían su ingenio, su conciencia, sus fuerzas al servicio de los torpes placeres de sus dueños.

¡Y qué dueños!... Embrutecidos con los placeres sensuales, no sufriendo contradicción en sus deseos, ni obstáculos a su voluntad, ni cortapisas a sus caprichos, crecían en ellos a la par, la irritabilidad de los tiranos y los instintos de las fieras. Las leyes, sin embargo, sancionaban todas sus monstruosas injusticias y todos sus instintos salvajes.

Apaleaban a sus esclavos, atormentábanlos de mil maneras; por la rotura de un vidrio se les echaba atado a los viveros donde eran devorados por las murenas; por llevar una fruta a su boca se les abría el vientre. Cuando los años o las enfermedades les volvían inútiles para el servicio de sus señores, los mataban o los abandonaban en las islas del Tíber para que muriesen de hambre.



Dichosos estos; porque señores había que por la menor falta les despedazaban el cuerpo con garfios de hierro, o los echaban a las fieras, o se entretenían en quemarles lentamente el cuerpo, pasando y repasando por sus miembros carbones encendidos.

No era menester, no, que hubiesen cometido faltas: para que un amigo suyo gozase del espectáculo de la agonía de un moribundo, cosa que nunca había visto, el senador Flaminio mandó degollar en su presencia un esclavo.

Las leyes sancionaban estas iniquidades y redoblaban la esclavitud con sus bárbaras disposiciones. Del delito de un esclavo contra la seguridad personal de su amo, respondían todos solidariamente. La muerte de un patricio a manos de un esclavo costó la vida a los cuatrocientos que poseía.

Al rededor de los sepulcros, matábanse a centenares; la cantidad de sangre vertida era la medida del poderío del finado. En el Circo despedazaban las fieras a millares de infelices que divertían así al pueblo embrutecido. Fiesta dióse al pueblo romano en que murieron 10.000 gladiadores, y Nerón, el favorito de aquella escoria de la humanidad, faltando esclavos con que saciar el hambre de los tigres y la expectación del público que pedía la prolongación de la carnicería, mandó arrojar a la arena a los primeros espectadores que se les antojó a sus Pretorianos, cortándole antes la lengua para impedirles la queja.

Y cuando no había fieras y los gladiadores con su espada o los reciarios con sus mallas combatían unos contra otros, y el moribundo pedía gracia, las vestales y las jóvenes romanas bajaban el dedo pulgar, que era la muestra de la negativa, y el moribundo era asesinado; porque en los corazones femeninos, así como había huido el instinto del pudor, había huido el instinto de la piedad, su inseparable compañero.

El amor antifísico, esa monstruosidad, último límite de la corrupción humana, pesaba sobre toda aquella sociedad de lodo y sangre; y Virgilio y Tíbulo cantaban aquella infamia y le llamaban amor, mientras que Luciano, y hasta el mismo Cicerón, filosofaban sobre él, o le llamaban filosofía.

Por todas partes la irreligión, el ateísmo, el materialismo, se predicaba, se enseñaba, se aprendía, se cantaba por los filósofos, por los poetas, por los literatos.

La dignidad del hombre, sus deberes para con Dios, para con sus hermanos, para consigo mismo, se hallaban completamente olvidados; nadie protestaba, a nadie le hubiera ocurrido protestar, porque todos estos horrores eran la vida común, la enseñanza pública, lo que veían todos, lo que aprendían todos como lícito y honesto.



Y cuando a pesar de ello se hastiaban de aquellos placeres o consumían sus riquezas, el suicidio les libraba de una vida que no podían soportar ya ni con los inmundos placeres, que les cansaban, ni sin los inmundos placeres con que habían vivido siempre.



XIII.

Imperaba en Roma César Augusto, que era dueño del mundo, Quiso saber el número de sus vasallos y publicó un edicto, para que el mundo se empadronase.

José y María salieron de Galilea a Bethleem, de donde descendía su familia, para cumplir el precepto del Soberano, y en un portal abandonado nació un niño que entre pañales fue recostado en un pesebre.

Aquel niño era Jesús, *el deseado de las gentes*; pastores y reyes le adoraron; los altos y los bajos: era el Dios de todos.

Pero antes le adoraron los pastores, porque, si lícito es decirlo, parece ser especialmente el Dios de los pobres, de los pequeños, de los atribulados.

Creció en virtudes; disputó con los sabios del mundo y confundió su ignorancia; habló con los sencillos y humildes de corazón, y aprendieron palabras de vida eterna, porque les predicaba *la buena nueva*.

Limpió a los leprosos; a los tullidos les dijo: andad; mandó a la fiebre que dejase a los enfermos; huyó ante su presencia Satanás, y la muerte perdió su aguijón por la virtud de su divina palabra.

Predicó a los hombres: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os quieren mal; bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnien; al que os hiriese en una mejilla, presentadle la otra, y al que os quitase el manto no le impidáis llevar la túnica; lo que queráis que hagan con vosotros, hacedlo a ellos. Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Padre es celestial, es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis y no seréis condenados: perdonad y seréis perdonados: dad y se os dará: buena medida y apretada y remecida y colmada darán en vuestro seno, porque con la misma que midiéreis se os volverá a medir. Cada árbol es conocido por su fruto. Porque ni cogen higos de espinas, ni vendimian uvas de zarzas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca bien; y el hombre malo del mal tesoro saca mal, porque de la abundancia del corazón habla la boca. Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las cumple, semejante es a un hombre que edifica una casa, el cual cavó y ahondó sobre la piedra; y cuando vino una avenida de aguas, dio impetuosamente la inundación sobre aquella casa y no pudo moverla, porque estaba fundada sobre piedra. Mas el que oyó y no hace, semejante es a un hombre que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra lo cual dio impetuosamente la corriente y luego cayó.

Los pueblos se admiraban de esta doctrina, y los limpios de corazón las seguían y oponíanse los sabios del mundo que tenían henchido su corazón de orgullo. Vagó por aquellos países, predicó a las



gentes, trató con los publicanos, y perdonó a la pecadora que con sus lágrimas lavó sus pies y los enjugó con sus negros cabellos.

Vivió en la pobreza de pueblo en pueblo y de gente en gente; siguiéronle los pobres; los raposos tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el lujo del hombre no tenía donde reclinar su cabeza.

Y enseñando la obediencia a los príncipes de la tierra, y a Dios antes que a los príncipes, enseñó la libertad moral del hombre y su igualdad espiritual; confundió la soberbia y ensalzó la humildad, y burlando las vanas teorías de los sofistas, predicando la abstinencia y el triunfo del espíritu sobre la carne, vivió su vida sobre la tierra.

Id a esa aldea, dijo a sus discípulos, en sus últimos días, y traedme un pollino que encontrareis atado, y si os preguntan por qué le desatáis, contestad: el Maestro lo necesita. Y montado en el pollino entró en Jerusalem aclamado por las muchedumbres que tendían las vestiduras a su paso, y agitaban en el aire palmas y olivo, gritando: *Hosanna, Hosanna al bendito del Señor.*

Pocos días después cenaba con todos sus Apóstoles y entristecido exclamó: en verdad os digo que seré entregado y que la mano del que me entrega conmigo está en la mesa: hijo del Hombre va según lo que está decretado, mas ¡ay de aquel hombre por quien será entregado! Pasaron desde allí al monte del olivar y postróse sobre su rostro e hizo oración, conformándose con la voluntad de su Padre celestial; los discípulos se habían dormido y al despertarlos, he aquí que llegó Judas, uno de los doce Apóstoles, y con él una grande tropa de gente con espadas y con palos, que había enviado los príncipes de los sacerdotes y de los escribas y de los ancianos.

El traidor les había dado señal para que conocieran al que debían prender: «aquel a quien yo besase, les había dicho, aquel es, prendedle y llevadle;» y acercándose a Jesús le dijo: Maestro, Dios te guarde, y le besó; y Jesús le contestó: Judas, ¿con besar entregas al hijo del Hombre?

Preso ya fue llevado a casa del Sumo Sacerdote, e interrogado si era el hijo de Dios, y afirmándolo, la furiosa plebe le escupió en el rostro y le maltrató a puñadas y le abofeteó fuertemente; lleváronlo de allí a casa de Poncio Pilatos, Gobernador de la Judea, que deseando librarle porque no encontraba en él delito, dio a elegir al pueblo entre la libertad del Justo o la de Barrabás, famoso bandolero condenado a muerte.

Y el pueblo eligió a Barrabás.

Pilatos entonces lo envió a Herodes y Herodes lo devolvió a Pilatos; y azotado y condenado a muerte expusieronle a la vergüenza coronado de espinas y por cetro una caña. Las turbas le escarnecían



doblando irrisoriamente la rodilla ante él y gritando: «Dios te salve, rey de los judíos», heríanle al mismo tiempo en la cabeza y le escupían.

¿Qué era entretanto del traidor discípulo?

Cuando vio condenado a su Maestro, arrepintiéndose con gran arrepentimiento, y devolvió a los Sacerdotes y a los Ancianos el precio de su traición diciéndoles: «tomad, tomad que he pecado entregando la sangre inocente. ¿Qué nos importa eso a nosotros? le contestaron los Sacerdotes y los ancianos; hubiéraslo tú mirado.» Desesperó Judas de la bondad infinita, arrojó las monedas en el templo y se ahorcó.

Sacaron en tanto al Señor camino del Calvario, con la Cruz sobre sus hombros, y como no podía con el grande peso, cayó tres veces en el camino. Temerosos los Judíos de que no llegara vivo al lugar del suplicio y de perder la diversión del día, obligaron a un natural de Cirene a que le ayudase a soportar el peso de la Cruz. Seguía al Señor gran multitud de pueblo y de mujeres que de él se dolían y por él lloraban.

Y en su infinita bondad, recordando entonces las iniquidades de los hombres, volvióse hacia ellas y les dijo «Hijas de Jerusalem no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque vendrán días en que diréis: bienaventuradas las estériles y el seno que no concibió y los pechos que no amamantaron.»

Llegados al Gólgota, fue clavado el Señor en una Cruz entre dos malhechores, y expió a la hora de sexta, salvando del pecado con su muerte a todo el género humano

Y al expirar el Señor cubrióse de tinieblas la tierra, que tembló como un corderillo recién nacido; rasgóse el velo del templo, levantáronse los muertos de sus sepulcros, y espantadas las gentes, huyeron diciendo: «verdaderamente era el Hijo de Dios.»

Pocos años después, Tito, delicia del género humano, cayó sobre la ciudad y no dejó piedra sobre piedra. Aquel fue el día en que las mujeres dijeron: «bienaventuradas las estériles y el seno que no concibió y los pechos que no amamantaron.»

Dispersáronse los Judíos por la haz de la tierra, según las profecías, y dispersos permanecen y permanecerán sin patria, eternos desterrados, hasta la consumación de los siglos.



XIV.

La obra del Señor había de ser eterna hasta que llegase la plenitud de los tiempos: su muerte no podía dejar a los fieles sin cabeza que les gobernase, ni la religión, niña entonces, diseminarse sin símbolo ni doctrina.

Quedó establecida la Iglesia, congregación de todos los que sirven a Dios, y cuyo único jefe es Jesucristo en el cielo, y el Papa su Vicario en la tierra.

A esta Iglesia pertenecen todos los justos: los que han muerto y los que viven; los Santos que gozan de Dios, los que en el mundo le sirven en medio de los combates, de las tentaciones y de los peligros de la vida presente, y los que detenidos en el purgatorio sufren en expiación de sus pecados hasta la completa satisfacción de la justicia divina.

¿Hay cuadro más consolador que el de esta comunión mística entre todos los que han pertenecido a la misma creencia, estos lazos espirituales y misteriosos que unen los vivos con los que ya murieron, a vosotros que estáis en este valle de lágrimas y miserias, con vuestros padres que os precedieron en el camino de la vida?

Sus oraciones ante el trono del Señor, templan su cólera por vuestros pecados; las vuestras, si padecen, alivian sus padecimientos. Aún sois la misma familia: la muerte no ha podido separaros; al contrario, os une más, os une eternamente. Es una cadena cuyos extremos tocan uno en la tierra, otro en el trono mismo del Señor.

Y esa Iglesia a que pertenecéis, de que formáis parte, esa Iglesia es inmortal, es una; un rebaño, un cuerpo, un espíritu, un Señor, una fe, unos Sacramentos.

Esa Iglesia es santa, santo su jefe, que es Cristo, fuente y origen de toda santidad, santa su doctrina, su culto santo, sus Sacramentos santos.

Esa Iglesia es católica, es decir, universal, no limitada por el tiempo, ni por los lugares: aquí como en la Nueva Zelanda, en la Nueva Zelanda como en la ardiente Nigricia, en la China como en el Indostán; encontrareis sus miembros esparcidos por todas partes; sin que tenga ayer desde los Apóstoles, sin que tenga mañana hasta la consumación de los siglos; siempre combatida, siempre triunfante, burlando la saña de los hombres e insensible al rugido de los infiernos.



XV.

Un pobre pescador, a quien Jesucristo había dicho: «Simón, deja tus redes, que yo te haré pescador de hombres»; dejó sus redes y siguió al Señor.

Confesóle por hijo de Dios, y Jesucristo le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

Y Simón Pedro caminaba por inspiración divina hacia la corrompida Roma.

Allí, en la misma ciudad maestra de error, centro de la superstición, sentada en tinieblas de muerte, estableció la cátedra eterna de la verdad, la silla de la fe, la cabeza de la religión, la madre común de todas las Iglesias del mundo cristiano.

Allí, donde resonaban las saturnales, se dejó oír la voz de la verdad; donde se predicaba el placer como el último fin del hombre, se habló del placer como de un mal, y se ensalzaron el ascetismo y la abnegación.

La religión cristiana iba ganando prosélitos; los errores se desvanecían, como la sombra ante la luz del sol. El ejemplo preparaba y la doctrina vencía.

Nerón, turbado en sus infames delicias, por la austera predicación del Evangelio, mandó prender a San Pedro, que fue encarcelado en las prisiones Mamertinas.

Escapó de ellas, y al alejarse de las puertas de liorna, aparecióle el Señor en ademán de entrar en la ciudad que él abandonaba.

«¿A dónde vais, Señor?» le preguntó Pedro.

«A ser crucificado otra vez» contestó el Señor, y Pedro retrocedió y volvióse a la prisión.

Condenósele al suplicio de la Cruz y pidió con fervorosas instancias, que le crucificasen cabeza abajo, por no ser digno de que le tratasen ni aun en los tormentos, como lo había sido el hijo de Dios vivo.

Pero la muerte del Pastor no dispersó el rebaño: la potestad de ligar y desatar en la tierra y de quedar ligado y desatado en el cielo, quedó cimentada en el Pontificado. Y por no interrumpida transmisión, hoy reside en el venerable Pío IX, sucesor del Príncipe de los Apóstoles.



XVI.

Y ahora permitidme que os haga una advertencia. Nerón, el Príncipe emblema de la crueldad y de la tiranía, que mató a su maestro, a su madre, a su esposa, e incendió a Roma por el placer de cantar la ruina de Troya; Nerón, el que deseaba que el género humano tuviese una sola cabeza, por el placer de cortarla, ese es el primer perseguidor de la religión cristiana.

Averiguad quiénes lo han sido siempre y los móviles de la persecución, y os contará la historia que siempre han nacido o del orgullo, o de la torpe conducta.

Pero la Iglesia, como el grano de trigo, cuanto más se le hunde en la tierra, con más fuerza brota.

Cuando la persecución lo descompone y parece que ha de aniquilarlo, entonces desenvuelve su tallo, y si el hielo de la presión tiránica le impide dar al viento sus galanas verdes hojas, cava hacia lo profundo, y penetran sus raíces un estadio, y doblemente fortalecido, se ostenta planta frondosa cargada de espigas que hinchen los graneros de su Señor.



XVII.

Varias fueron las persecuciones contra los cristianos hasta el advenimiento de Constantino; o, por mejor decir, fue una continuada persecución, porque los edictos contra ellos nunca se derogaban.

Lo mismo en los tiempos del cruel Nerón que en los del piadoso Trajano, corría la sangre de los mártires: solo que en aquellos la persecución era general, ojeándolos por todas partes como se ojean las fieras que han de cazarse en los ásperos bosques; en estos se concretaba a algunas provincias y solo respecto a aquellos cristianos que eran denunciados por algún enemigo particular.

Al anunciarse la persecución, la fiel milicia de Cristo se preparaba para el combate; vendían los bienes, se recogían limosnas, se ensanchaban los cementerios ignorados de los infieles para recibir los cuerpos de los mártires futuros; se designaban los que habían de llevar alimento a los presos; los que habían de rescatar de las profanaciones o de la combustión los cuerpos de los que morirían por la fe; se nombraban notarios regionales para atestiguar los sucesos; se daban instrucciones secretas designando las Iglesias subterráneas donde habían de celebrarse los divinos oficios.

Y cuando a son de trompeta se publicaban los edictos, el potro y la higuera, y las fieras, inútilmente se reunían para acabar con el nombre cristiano; los fieles se reunían por las noches en los *títulos*, y comulgaban, templando en el celestial banquete sus almas para resistir, y avivando su fe, y exaltando su celo. Y cuando se daba el beso de paz, se despedían unos de otros, y las madres no sabían desprenderse de sus hijuelos colgados de su cuello, y los esposos estrechaban contra su pecho a sus esposas ¡ay! porque quizá las veían por la última vez.

Los que gozamos ahora de los beneficios de la religión, sin sacrificio de ninguna clase, pudiendo pronunciar el nombre de Cristo sin peligro alguno, viviríamos en perpetuo asombro, si consideráramos los padecimientos de los primeros cristianos.

Cuando la idólatra plebe no se encargaba de matarlos por sí, los entregaba a los tribunales. El Pretor les preguntaba si eran cristianos y a su contestación afirmativa les condenaba a muerte. A veces por celo religioso, crueldad natural o pretensiones de sabiduría, se les sometía a largos interrogatorios, pretendiendo quebrantarlos en la fe y hacerles adorar a los ídolos: empleábase para ello toda clase de medios, la persuasión, las promesas, la deslumbrante perspectiva de honores y riquezas, los afectos naturales de sus padres y de sus parientes.

Si permanecían inquebrantables se recurría a las amenazas, luego a los tormentos. Descoyuntábanles el cuerpo, arracábanles trozos de carne cotí garfios de hierro; poníanles en las heridas sal y vinagre; tendíanles llagados sobre trozos de vidrio o sobre parrillas y los abrasaban con calculada lentitud;



hacíanles sentar sobre sillas candentes; les azotaban con escorpiones, látigos terminados por bolas de hierro cubiertas de agudísimas puntas.

Los mártires, en tanto, cantaban las alabanzas del Señor, insensibles a sus dolores; la esperanza de reunirse pronto a su Creador y los auxilios de lo alto, les fortalecían en aquel trance, soportando con alegre rostro y con blanda sonrisa, tormentos que estremecen la imaginación.

«No se arroja con mayor ansia», decía la doncellita Agueda a su Juez, «a una fuente de agua cristalina el sediento ciervo abrasado del calor y de la sed, que yo a dar la vida por aquel dulce Salvador que me redimió con su sangre»; y cuando el Pretor irritado hizo que rasgasen sus carnes con uñas de acero, y que en los costados le aplicasen planchas de metal encendidas y que le atenaceasen los pechos y se los cortasen de cuajo, y que la arrastrasen después desnuda por ascuas encendidas, y la amenazaban con nuevos y más crueles tormentos si no sacrificaba a los dioses inmortales; la ternezuela virgen solo contestaba: «ni en el cielo ni en la tierra hay más Dios que mi Dios: no doblaré ante otro mi rodilla».

Los tormentos parciales no satisfacían la crueldad del pueblo, ni bastaban para desembarazar las cárceles de los presos: decretábanse públicas fiestas, y entonces, a la voz de *cristianos ad leones*, eran conducidos al Circo, donde las fieras, entre el aplaudir del envilecido populacho y de la corrompida nobleza, destrozaban los cuerpos de los mártires y se alimentaban con sus sagrados despojos.

Pero llegó un día en que el Jefe del imperio reconoció la doctrina de Jesús, y la Cruz, símbolo del delito y castigo del delincuente, se exaltó y brilló en las diademas y se proclamó por todo el mundo y cesaron las persecuciones.

Reconociéndose pequeño ante la majestad del Pontífice y que donde se hallaba el augusto jefe de la religión palidecía toda autoridad y era oscuro todo poder, trasladó su silla a Constantinopla: quedó para el sucesor de Pedro, Roma, cabeza del mundo, donde permanece contrastando las iras de los hombres y el revolver de las cosas.



XVIII.

No solo luchaba la Iglesia en el terreno material, sino que siempre luchó igualmente contra la rebelión espiritual y moral.

El orgullo, la vana ciencia, los apetitos carnales conjurados contra ella, armaron sus esfuerzos para confundirla, y triunfó de todo; porque escrito está que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Simón Mago quiso comprar con dinero los bienes espirituales, y como su vida era corrompida, inventó doctrina que la excusase, y sostenía que no existía ninguna acción buena por su naturaleza y que eran inútiles las que se llamaban buenas obras para alcanzar la vida eterna, que solo se alcanzaba por la gracia del que él era autor y depositario de todos los bienes.

Levantóse después Cerinto, resistiendo con los Judíos la mancomunidad y trato con los Gentiles, queriendo hubiese entre los cristianos dos razas distintas; como los *Nazarenos* pretendían formar por una transacción de la religión cristiana y de la judía, una religión que no fuese lo uno ni lo otro; como poco después lo sostuvieron los *Nicolaítas* sectarios del imprudente Nicolás, Diácono de Jerusalem.

Los *Ebionitas* popularizaban sus errores negando como Cerinto a Jesucristo su naturaleza divina, y permitiendo a sus discípulos la pluralidad de mujeres; al mismo tiempo que Menandro, discípulo de Simón Mago, añadía a sus errores el de que el bautismo de este impostor era la verdadera resurrección y que les daría la inmortalidad en este mundo.

Vino Apolonio de Tiana, que quiso pasar por Dios, negando la obediencia a las potestades establecidas por Dios; como negó la de la Iglesia, Tebutis; porque la dignidad del Obispo Simeón, martirizado, que él pretendía, se confirió a Justo.

Al mismo tiempo aparecieron los *Esenianos* apoyados por Elxai, adoradores de un Cristo material de grandes fuerzas físicas, y que enseñaba también el horror a la continencia, y ser lícito negar a Dios ante los hombres, si en ello no tenía parte el corazón; formando estos sectarios unidos a los *Nicolaítas* y *Ebonianos* la rama herética conocida bajo el nombre general de *Gnósticos*, esto es, «hombres versados en las cosas de Dios», con la que confundían muchas veces los gentiles a los cristianos.

Los *Milenarios* ocuparon la atención de la Iglesia: creyeron encontrar en la escritura una resurrección parcial de los justos, capitaneados por Jesucristo que descendería entonces sobre la tierra, y con el que reinarían mil años, ensayándose en cierta manera para acostumbrarse a la visión beatífica de Dios. Muchos cándidos católicos erraron en esto, y alguno de sobresaliente ingenio, hasta que se condenó como error por la Iglesia. Del árbol de los Gnósticos retoñaron nuevas herejías, y Saturnino



enseñó que el matrimonio era abominable; Basilides con los *Docitas*, o *Aparentes*, y que el cuerpo de Jesucristo era fantástico; mientras que Carpócrates sostenía que el Salvador de los hombres era solo un hombre excelentísimo en virtudes. Y con estos errores en el orden religioso mezclaban los más groseros en el orden moral. Los placeres de la carne los consideraron obligatorios; la poliandria como precepto; las disoluciones, como ocuparon; en fin, renovaron todas las torpezas del mundo pagano, y sostuvieron los extravíos más absurdos de la razón, llamando a las virtudes, preocupaciones.

Pródico, discípulo de Carpócrates, y Epifanio, su hijo, inventaron nuevos errores. La secta de los *Adamitas* así llamada, porque pretendía imitar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia, debióse al primero. La disolución libre era la esencia del dogma: el matrimonio se había introducido por el primer pecado.

De día en día iban aumentando los delirios de los Gnósticos. Valentino el Egipcio, hombre de imaginación fogosa, despechado de que no se le había concedido la Sede pontifical, confundiendo esencias y alegorías, personificando ciertas palabras, mezclando con los dogmas cristianos, las lucubraciones de Platón, fue el apóstol de la nueva doctrina que añadía a sus errores la inadmisibilidad de la justicia, afirmando, como después sostuvieron Lutero y Calvino, que en virtud de la sola adopción divina, podían los hombres salvarse.

Mas como el error no puede conservar su unidad, estos Gnósticos se dividieron hasta lo infinito, consagrándose unos a las más supersticiosas ceremonias, negando otros el culto, adorando los *sethianos* como redentor a Seth; los *cainitas* a Caín; los *ofitas* a una serpiente; enseñando los *eucratitas* o *continentes*, regidos por Taciano, la ilicitud del matrimonio, y del uso de la carne y del vino, hasta el extremo de usar solo de agua en la consagración de la Eucaristía.

Marcion, expulsado de la Iglesia por un pecado de torpeza, proclamó por dogma como los eucratitas, la continencia absoluta, condenando el matrimonio, y figurando dos dioses o principios, el bueno y el malo; doctrina que aprendió de Cerdon, y que extendió después su discípulo Apeles, igualmente expulsado de la comunión católica por un pecado de lujuria del que no quiso hacer la penitencia debida.

Siguiendo el sistema de una austeridad extraordinaria, Montano, que por defecto natural no podía ser Obispo, con dos compañeras Priscila y Maximila, se jactaba de haber recibido él solo la plenitud del espíritu de Dios; que él era el Espíritu Santo, o al menos se había encarnado en él y en las dos profetisas. Esta herejía llamada también frigia o catafrigia se subdividió hasta lo infinito, siguiendo unos a Préculo, otros a Esquines, otros a Quintila, que enseñaba podían conferirse todos los Órdenes,



hasta el episcopal, a las mujeres; otros se denominaron *artosiritas* o *pesalonquiritas*, otros *esquinitas* discípulos de Praxeas, que confundían las personas de la Trinidad Santísima, según sostuvo después Sabelio.

Teodoto de Bizancio que apostató por librarse del tormento, negó la divinidad de Cristo como Cerinto y Ehion, para poder cohonestar su cobardía, diciendo que había renegado de la doctrina de ese hombre llamado Cristo, no de la de Dios: de aquí se llamaron estos herejes *alogos* o negadores de la divinidad del verbo. Otro Teodoto sostuvo la misma doctrina, y sobre Cristo ensalzaban a Melquisedech, de donde se llamaron *melquisedequianos*

En el calor con que los ánimos se dedicaban entonces a las investigaciones religiosas, cuantos se apartaron de la Iglesia, cayeron en el absurdo. Hermógenes aseguró que la materia era increada, con otros errores esparcidos por Hermias y Seleuco que añadieron nuevas monstruosidades, predicando que el alma del hombre no era más que un fuego o aire sutil, criada por los Ángeles; que este mundo era el infierno, y que no había más resurrección que la generación natural.

Desde el centro del Asia había llegado a las Galias la herejía gnóstica divulgada por Marcos, discípulo de Valentino y de cuyo nombre llamáronse *marconianos* los que se guían sus delirios.

En África poco después se alzaron los herejías de Felicísimo y Novaciano, unos tan indulgentes con los apóstatas y libeláticos, que no les obligaban a penitencia; otros tan rigurosos que no les concedían por ello el perdón de sus pecados. Novato, Sacerdote cargado de crímenes, por evitar el castigo púsose al frente de los disidentes, apoyando a aquellos en África y a estos en Roma, y uniéndose estrechamente con Novaciano, que fue a la capital del mundo y logré que tres Obispos lo proclamaran Pontífice, después de estar ya elegido el virtuosísimo Cornelio. He aquí el primer Antipapa y el primer cisma que afligió a la Iglesia.

La herejía de Sabelio confundiendo las personas de la Santísima Trinidad, fue enseñada con creces por Paulo de Samosata que la negaba sosteniendo era una sola persona con distintos nombres, y por lo tanto que Jesús era un puro hombre encumbrado por sus méritos a la dignidad de hijo de Dios. Su vida licenciosa y sus errores, fueron causa de su deposición, pero despreciando la sentencia continuó en su Sede hasta la muerte de su protectora la reina Cenobia.

Confúndense todas estas herejías ante la magnitud de la de Manes, que los griegos llamaron por irrisión Maniqueo (necio discurridor). Partiendo de la doctrina de Marcion, suponía dos dioses, el del bien y el del mal; dos almas en el hombre, una buena y otra mala; negaba el libre albedrío, y por consiguiente la responsabilidad de sus crímenes que achacaba al alma mala. Por lo tanto no se abstenía



en la práctica de los mayores vicios, aunque los condenaba en la teoría, llorando sus predicaciones hasta contra el matrimonio. Se declaraban los *Maniqueos* contrarios a toda potestad exterior; aceptaban la trasmigración; en fin, puede asegurarse que la doctrina del Persa Manés, contenía, como dijo el Papa San León, lo más duro de la obstinación judaica y lo más profano del paganismo.

La cuestión de la validez de las ordenaciones de los Obispos hechas por *traditores* u Obispos entregadores de libros sagrados, produjo el cisma africano a cuyo frente se puso Donato, Obispo en la Numidia, que mantenía la Opinión rigurosa contra los traditores, a pesar de que muchos de sus partidarios y entre ellos Silvano que formó nueva facción, estaban confesos de haber entregado los vasos sagrados.

Poco después, Donato, hombre de costumbres austeras y de elocuencia e ingenio maravillosos, dio su nombre a la secta que se llamó *donatista*, quizá porque entonces condenada ya por la Iglesia y persistente en sus errores, formó congregación separada.

Los *circumceliones* aparecieron también por aquel tiempo, especie de actuales demócratas, que se anunciaban como reparadores de todos los agravios e injurias públicas; cometiendo a la par los más torpes excesos, y las violencias más repugnantes. A viva fuerza ponían a los presos en libertad, perdonaban las deudas a los deudores, obligaban a los amos a servir a los criados, trastornaban el orden y la pública seguridad, anunciándose como Santos, y sus jefes como Capitanes de los Santos.

Leves fueron, sin embargo, estas aflicciones y contradicciones de la Iglesia, comparadas con las que sufrió por la herejía de Arrio/Melecio, Obispo de Licópolis, depuesto por haber sacrificado a los ídolos, desobedeció la sentencia, y quejándose de haberlo sido injustamente, promovió un cisma. Atrájose entre otros a Arrio, hombre apasionado y orgulloso. Arrio se sometió después al Patriarca de Alejandría y recibió las órdenes de Diácono, pero reincidiendo, fue echado de la Iglesia. Muerto el Patriarca, supo captarse la voluntad del nuevo Obispo Aquilas, que le ordenó de Sacerdote y le confirió la dirección de una de las Iglesias. A los pocos meses falleció Aquilas: pretendió Arrio sucederle, pero le fue preferido Alejandro, virtuosísimo Sacerdote.

Deseoso de vengarse, denigró la doctrina de su Prelado, achacándole sostener los errores del sabelianismo; y de argumento en argumento negó la identidad de esencia entre el padre y el hijo, sosteniendo que solo era Dios el padre, debiendo considerarse a Jesucristo como su hijo adoptivo y Dios por participación, capaz de vicios y de virtudes por su naturaleza. Elocuente, austero, de venerable presencia, logró secuaces y que se provocase una reunión, después un Concilio en que unánimemente fue condenado, y ratificado después por el ecuménico de Nicea.



La herejía de Arrio sostenida por la princesa Constanza, extendióse sobremanera y fue origen de grandes discusiones y escándalos, y violencias, y cismas; triunfó, sin embargo, la Iglesia como siempre.

De los arrianos fueron ramas los *anomeos* que establecían desemejanzas de sustancia entre las personas de la Santísima Trinidad: los *aerianos* que suprimían las jerarquías eclesiásticas, la eficacia de las oraciones y la solemnidad de las fiestas; los *semiarianos*, que negaban la autoridad del Concilio de Nicea y variaban la fórmula de la creencia adoptada por los Santos padres del Concilio: todos ellos con el tiempo fueron sustituidos por los *macedonianos*, que variando en algunos puntos y especialmente en el modo de considerar la naturaleza de Cristo, convenían con ellos en negar la divinidad del Espíritu Santo.

Prisciliano apareció en los tiempos del Emperador Teodorico y enseñando que la oración de cualquier modo que se hiciere les libraba de toda culpa; reuníanse secretamente y se entregaban a las mayores torpezas los adeptos de ambos sexos, escudados con el inviolable secreto a que se obligaban con la fórmula de:

Jura, perjura, secretum prodere noli.

Nuevos errores acerca de la persona de Jesucristo sostuvieron los *apolinaristas* condenados en un Concilio romano; así como torcidas interpretaciones de las palabras evangélicas, los *masalianos* o *euchitas*, que condenaban las riquezas y el trabajo, y vivían mendigando en la ociosidad, mezclados los dos sexos sin pudor ni recato.

Aunque Orígenes no cayó en herejía, sino en errores, dieron estos nacimiento a la secta de los *origenistas*, que afirmaban, entre otros, que el reino de Jesucristo tendría fin, y también las penas del infierno; al mismo tiempo que los *antropomorfistas* creían que Dios tenía cuerpo humano.

En España nació la herejía del presbítero Galo Vigilando, que reprobaba la adoración de las reliquias, la virginidad, el estado monástico y la continencia de los clérigos, para encontrar excusa a sus liviandades.

Cuando los donatistas que habían por largos años mantenido su dominación, acababan de desaparecer, nacieron los *pelagianos*, de Pelagio, monje británico, de grandes talentos, no común doctrina, y con alta reputación de virtudes, que se unió estrechamente con Celestio y sostuvieron ambos la inexistencia del pecado original, la no necesidad de la gracia para cumplir los hombres los mandamientos divinos y otros errores, consecuencias de estos; mitigados después por el



semipelagianismo que consistía en la falsa persuasión de que el principio de la salud eterna proviene del hombre, error contrario al en que cayeron los *predestinacionos* que negaban su libertad, y la eficacia del bautismo de los que no estaban predestinados, y otros errores que se supusieron falsísima y temerariamente tener su raíz y origen en la doctrina de San Agustín.

Al mismo tiempo Nestorio, patriarca de Constantinopla, de donde sus secuaces se llamaron *nestorianos*, negó a María Santísima el título de madre de Dios, y a Jesucristo por consiguiente su divino carácter; aunque concedía que había en él un Dios invisible, inseparable de él y que reside en el hombre, como en el templo que se consagró para siempre: el anatema repetido de la Iglesia católica, concluyó con esta como con todas las herejías.

A ello contribuyó mucho el monje Eutiques, que llevado por su celo contra el nestorianismo, cayó en el error de negar a Jesucristo dos naturalezas, dando nombre a la secta de los *eutiquianos*, a la que se dijo pertenecer el Emperador Anastasio; aunque más probable fue que perteneciese a la secta de los *acéfalos* o *hesitantes*, que vacilaban en si debían o no reconocer las decisiones del Concilio de Calcedonia, sin declararse en pro ni en contra de las herejías en él condenadas.

Otro Emperador, el célebre Justiniano, cayó y favoreció la herejía de los *incorruptibles*, secta se mi eutiquiana que hacía al cuerpo de Jesucristo incapaz de alteración alguna; y para que se vea cuán peligroso es que los Príncipes quieran arreglar cuestiones de fe, hasta el mismo Emperador Heraclio, el inventor de la Santa Cruz, favoreció la herejía de los *monotelitas*, eutiquismo disfrazado, que causó largas penalidades a la Iglesia de Dios.

No lo fueron menores las que le originó el Emperador León Isáurico el *iconoclasta* aboliendo el culto de las imágenes, siguiendo en esto a los Musulmanes que lo proscribían como idolátrico.

Tras largos años *Gandulfo* desecha todo culto externo; Berengario niega la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, cual siempre la había enseñado la iglesia romana; los *Bogomilos* reproducen los errores de Manés y se creen asistidos por espíritus buenos o ángeles, hasta el punto de no tener que temer ni contratiempos ni suplicios; *Pedro de Bruis* jura eterno odio al signo sagrado de nuestra redención, y los *nuevos maniqueos* esparcen en la Francia sus errores sobre el sacerdocio, el bautismo, los ayunos y obras de penitencia que creían innecesarias; *Arnaldo de Brescia*, ataca toda jerarquía; los *patarenos* y los *incestuosos* renovaron en sus sectas toda clase de disoluciones, mientras que los *Waldenses* o *pobres de León* hacen consistir lo santo en la ociosidad y en el desprecio a los Sacerdotes.



Hasta para andar en el camino de la virtud se necesita el auxilio de Dios: algunos de los *humillados* azote de los *nuevos maniqueos*, llegaron a la avilantez de predicar y administrar los Sacramentos, como si se les hubiere concedido para ello potestad divina.

Francia parecía tener entonces el privilegio de afligir a la Iglesia con sus herejías: allí Simón de Monforte y el conde de Tolosa sostuvieron a los *Albigenses*, confundidos y exterminados por Santo Domingo de Guzmán, gloria española.

Entre la Frigia y la Sajonia aparecieron los *hadingos* que renovaron las abominaciones de los maniqueos: levantáronse luego los *pastores* o *pastorales* que a pretexto de la cruzada llegaron a conmovier al país, perdonando por su propia autoridad los pecados y celebrando matrimonios a su antojo, y poco después los *flagelantes* entregados a prácticas supersticiosas y enemigos del Sacramento.

Como los valdenses; los *bizoques*, *fraticellos* o *hermanitos* condenaban los trabajos corporales: inundóse de herencias y de herejes la Europa.

Douin enseñaba que todo debía ser común, hasta las mujeres: Juan Wiclef, Juan Hus y Juan Wessel, precursores del protestantismo, atacaban en guerra abierta la autoridad del Pontífice, contra cuyo poder, aunque embozadamente, predicó el español Pedro de Osma: Pedro Rieu defendió hasta el absurdo las opiniones realistas; por todas partes brotaban errores nuevos, añadidos a los errores antiguos y en confuso montón bullían y se confundían y nacían y morían las sectas de los *orebitas*, *taboritas*, *sionitas*, *huérfanos*, *husitas*, *begardes*, *hermanos de Bohemia*, *adamitas* y *calixtinos*.



XIX.

Así estaba el mundo cuando apareció Lutero, monje agustino, que llevado primero de celos de escuela y después de sus apetitos sensuales, predicó contra las indulgencias; pero como era preciso dar algo a las pasiones de la multitud, ideó el suponer que la fe bastaba al cristiano para salvarse sin necesidad de buenas obras, y la fe no la hacía consistir en creer las verdades cristianas, sino tan solamente en tener la convicción profunda cada uno en su corazón, de que le habían sido perdonados todos los pecados.

Mas para reunir en una todas las herejías, proclamó el libre examen de los libros sagrados, sin que nadie tuviese para su interpretación más guía que su propio juicio. De este modo atacó por su base el principio de autoridad, la subordinación a las potestades legítimas, las tradiciones, las antiguas creencias, las bases del catolicismo.

Esparcióse como un torrente por el Norte de Europa y a poco Melancton y Carlostadío, Zuinglio, Mancer, Schmidelin, Bucero, y Calvino, añadiendo nuevos errores, conviniendo en unos, apartándose en otros, establecieron lo que llamaron reforma protestante en Suiza, en Dinamarca, en Suecia, en Prusia, en toda la Alemania. Bajo el mando de Mancer y Storch nacieron los *anabaptistas* o *munsterianos* que inundaron de sangre los campos germánicos, predicando que no debía obedecerse a autoridad ninguna.

Las cuestiones teológicas invadieron el mundo; la nueva esencia de Dios explicada por Lutero, encontró impugnadores por todas partes; declaráronse enemigos los sectarios, nadie quería reconocer autoridad en otro para imponerle su opinión. Si la razón humana, cuando ha arrojado el freno de la religión fuera capaz de enmienda, aquella anarquía, moral y religiosa, hubiérala vuelto a la legítima obediencia.

No había pasado mucho tiempo cuando Enrique VIII el defensor de la fe, título que había ganado por sus obras en favor del catolicismo, arrastrado por su amor a Ana Bolena, quejose de que no se le permitiese unirse a ella, rompiendo su matrimonio con Catalina de Aragón; se apartó de la fe, se declaró Pontífice, repudió a su legítima consorte y contrajo adúlteros lazos con aquella infeliz a la que a poco tiempo degolló en público cadalso.

Vióse entonces el portentoso espectáculo de un pueblo que huía del yugo espiritual del Pontífice, y doblaba la cerviz al que le imponía un seglar que se declaraba por su propia autoridad Jefe de la religión; a un pueblo que proclamaba la libertad de conciencia, y se le obligaba a creer en un símbolo formado por el Rey; a un pueblo que se quejaba de la crueldad de la Iglesia romana, y sufría que los



verdugos reales, se cebasen en sus hijos y se persiguiese culto, creencias y personas católicas, con el hierro y el fuego y atrocísimos tormentos, en nombre de la libertad religiosa.

En la misma Italia, en la república de Venecia, negóse la divinidad de Jesucristo por la secta de los *Socinianos*; al tiempo que los *Memnonitas* holandeses, desechaban el Antiguo Testamento, y los *Labadistas* santificaban el fraude y el engaño, sosteniendo que Dios puede y quiere engañar a los hombres.

Estos delirios solo podían seducir a gente ignorante: para los sabios se inventó la herejía *jansenista*, en que cayeron hombres celebérrimos, de ingenio agudo; pero que ensoberbecidos con la ciencia, creyeron que eran ellos sus depositarios únicos.

Que algunos mandamientos de Dios son imposibles a los justos, que desean y procuran cumplirlos, y proposiciones heréticas sobre la gracia, sobre la libertad del albedrío, sobre el Sacramento de la penitencia y sobre la redención por Jesucristo que negaban hubiese muerto por todos, fueron sus principales errores; errores que sumieron a Francia o contribuyeron en gran parte a la guerra civil y que por largo tiempo turbaron las conciencias; no menos que las turbaba el *quietismo* o *molinismo* llevado a su último extremo por Madame Guyon que quería abandonar completamente el alma, aunque fuese a la corrupción más espantosa, sin que la sintiese, ni hiciese esfuerzo alguno para salir de ella, y todo esto por extasiarse en Dios, en quien debía confundirse y perderse de tal manera que no quedase en ella ni afecto, ni remordimiento, ni conciencia.

En Inglaterra los *Cuákeros* o *Tembladores* de los que fue apóstol el zapatero Jorge Fox, querían resucitar la primitiva simplicidad del Evangelio, y perseguidos en su país con otras sectas, marcharon en gran parte a América, extendiéndose por las tierras que forman hoy los Estados Unidos. Producto de las teorías filosofistas y enciclopédicas fue la secta u orden de los *Iluminados* cuyo fundador Juan Weishaup, la extendió con el secreto masónico y con trabajos subterráneos. Proclamó la libertad y la igualdad como derechos originarios, primitivos y naturales: el primer golpe dado a la libertad fue el establecimiento de Gobiernos: el primero dado a la igualdad consistió en el reconocimiento de la propiedad. De aquí que sus esfuerzos debían aunarse para derrocar las leyes que protegían a los Gobiernos; a los Gobiernos que escudaban la propiedad; a la propiedad que debería abolirse absolutamente, por ser un atentado contra la igualdad natural del hombre.

Si esta secta era más política que religiosa, la revolución francesa en su odio al cristianismo, inventó la *Theofilantropía* en que rechazándose la religión revelada, y negando la calidad de los principios



católicos, se substituyeran por la religión pagana, adorando el fuego sagrado, ofreciendo sacrificios al Ser Supremo, y libaciones a los dioses inferiores.

Después de tantas aberraciones ¿qué importa ahora que modernos herejes vengan proclamando con formas diferentes los errores antiguos y Renán recopile en sus escritos los que el orgullo humano en diferentes épocas ha amontonado contra la divinidad de Jesús?

Creednos: cuanto digan, cuanto puedan decir, se ha dicho y se ha repetido, y se ha contestado y se ha refutado victoriosamente por los atletas del catolicismo.

Pasarán los modernos pensadores, como pasaron los antiguos: la Iglesia permanecerá, sin embargo, incólume hasta la consumación de los siglos.



XX.

Confesadlo: quizá se nos crio descuidadamente. De niños embebidos en juegos: de hombres preocupados en negocios; viviendo aprisa; sin pararnos a considerar lo que es sobre todo encarecimiento digno de estudio.

Saber qué somos, de dónde venimos, a donde vamos, y, tras esta vida fugaz que nos espera; es en verdad el asunto más grande que puede y debe ocupar al humano entendimiento.

Rezamos una admirable oración a la Virgen: decimos todos los días el Padre Nuestro: asistimos al Santo sacrificio de la Misa, y nos arrodillamos y nos damos golpes de pecho; pero lo hacemos todo, digámoslo así, por costumbre, por rutina, y se nos esconden su belleza y su grandeza divinas.

Hablemos un rato sobre las oraciones de la Iglesia y sobre las ceremonias augustas.

Ya sabéis como Dios quiere ser adorado: en espíritu y en verdad.

Ya conocéis la divinidad de aquella oración que J. C. enseñó a sus discípulos cuando levantando los ojos al cielo dijo: *Orad así: Padre Nuestro....*

Ya os dijimos algo sobre ese Credo magnífico que la Iglesia, desde que fue fundada por Jesucristo repite en todos los siglos a las gentes.

Imaginad por un instante que los hombres dejan de creer en Jesucristo y en su Iglesia.

Todos los espíritus han quedado sin grandeza, todos los dolores sin consuelo.

Imaginad destruidos todos vuestros templos ¿qué haréis en el mundo? ¿Qué sois? Materia organizada que llegando a cierto punto, comienza a deteriorarse, a deshacerse, a consumirse míseramente.

Contemplad ese niño pequeñuelo que pende del pecho de su madre: ¿qué es ese niño si Jesucristo no es Dios?

Ahora al nacer le lleváis a la Iglesia: el Párroco vierte sobre su tierna frente unas gotas de agua y le bautiza: *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Es vuestro hijo; pero es también hijo de Dios: Jesucristo está en él: su vida es sagrada.

Vosotros comprenderéis bien las infames exposiciones de los antiguos: no veían en una criatura, sino un poco de materia organizada.

Creéis y amáis: os presentáis con la escogida de vuestro corazón al pie de los altares: un Sacerdote en nombre de Dios os bendice; vínculo sagrado os une; imagen sois del místico desposorio de Jesucristo con su Iglesia.



Cuando los días se entristecen y os azota la tempestad y el corazón no os cabe en el pecho y os sentís sumergidos en tristezas indecibles; entonces ¡qué consuelo tan celeste levantar los ojos y fijarlos en aquella que fue Virgen y Madre de Dios!

Parécenos en ocasiones que nos falta valor; y en realidad nos falla cuando manchados con grandes culpas; apenas nos atrevemos a levantar nuestros ojos a Dios, que si es infinitamente misericordioso, es infinitamente justiciero.

Pero nunca nos falta valor para levantarlos a la madre de Dios.

Al pie de la Cruz se la hizo Madre nuestra ¿qué madre oyó jamás ásperamente la confesión de las faltas del hijo bañado en lágrimas? ¿O qué madre no encontró disculpa o no intercedió por las faltas del hijo?

Ya os dijimos la condición de la mujer en las naciones gentílicas; pues el haber recobrado su nobleza y el ser igual al hombre, lo debe a la que fue Madre de Dios.

Porque la criatura más perfecta del cielo fue una mujer... Desde que esto supo el mundo no pudo ya tener a las mujeres en menosprecio:

Lleva la Virgen varios y dulces invocaciones como para acomodarse mejor a todas las necesidades y a todos los dolores de los hombres.

Vosotros festejáis a los Santos, acudís a ellos como intercesores de las grandes angustias de la vida; pero ¿habéis pensado bien lo que son los Santos? ¿Habéis a este propósito considerado, sondeado la grandeza de la religión católica?

Ha habido y hay y habrá en el mundo una guerra inmensa, como que está el espíritu de Dios que propaga la Iglesia y el espíritu de Satanás que pervierte la razón soberbia del hombre.

Según el espíritu de este, unos son los grandes hombres del mundo: según el espíritu de Dios, otros son los grandes verdaderamente.

El mundo se inclina ante los ricos si quier sean malos, porque el oro es un poder: ante los fuertes, aunque sean injustos, porque es un poder la espada; pero la Iglesia protesta a todas horas. El grande es el virtuoso que pasa por el mundo haciendo bien a los hombres por amor a Dios, padre común.

Los Santos, fueron hombres como nosotros, pero ¡ay! mejores que nosotros: comenzaron por mover guerra a sus pasiones y las sujetaron, conquistadores gloriosos: negáronse a los deleites del mundo y se consagraron enteros al bien de sus hermanos: fue su vida un sacrificio continuo para hacerse buenos, para hacerse dignos de entrar en la casa de Dios.



Estos sí que fueron esclarecidos patriotas; perdonad la palabra. Estos sí que amaron, no diré la patria en que nacieron, sino al mundo entero en que fueron puestos por el Altísimo.

¡Qué grandeza! La Iglesia declara al mundo quiénes son sus grandes hombres: levanta altares y pone sobre ellos a hijos de pobres; ha llegado a poner sobre ellos a criaturas que apenas tenemos nosotros por hombres, esclavos algunos, otros negros, asco de las gentes; y ha querido y ha mandado que hasta los Reyes de la tierra al acercarse en todo el esplendor de su majestad a aquellos altares, descubran la cabeza y doblen la rodilla, ante los que fueron vilipendio y mofa del mundo.

Ya se ve, ahora están en el cielo; ahora se sientan en tronos a par de los cuales ¿qué son, ni que valen los tronos de la tierra?



XXI.

Tampoco habréis meditado, o cuando más solo así como de pasada os habrá ocurrido meditar sobre la significación de las ceremonias de la Iglesia: y, sin embargo, ¡cuánta doctrina y cuánta enseñanza encierran!

Nace el tierno niño y llévenlo a bautizar y encuentra en la puerta de la Iglesia al Sacerdote vestido con los ornamentos: aquel venerable Sacerdote representa la persona de Jesucristo; de Jesucristo que se adelanta a llamar a los pecadores, y que es la puerta del reino de los cielos.

Y luego es enseñado en la fe, y el padrino contesta en su nombre, porque la Iglesia, solícita madre, dispone que el que por sí no pueda buscar la verdad y la luz, venga con pies de otros a cobijarse en su amoroso regazo y con los oídos de otros oiga y con el alma de otros crea. Y le hacen una cruz en el pecho para que conserve la fe en su corazón, templo y morada de Dios.

Ya más crecido el niño cristiano, lo lleváis a confirmar y el Obispo le da una bofetada. Aquella bofetada es una gran lección y un gran recuerdo. Simboliza la obligación que tiene de padecer injurias y afrentas por Cristo, Señor nuestro, recuerda las que padeció Jesús en su santísima Pasión.

Y la recibe en el rostro; porque ningún agravio ha de parecerle duro de soportar cuando lo recibe por Cristo, y porque es menester que recuerde la obligación que tiene de ofrecer la mejilla izquierda al que le hiera en la derecha.

Adulto ya, póstrase a los pies del Confesor como reo, y sentado óyele el Confesor como juez y alivia en su seno al peso de sus culpas. Ved cómo el santo Sacerdote, dicha la confesión, forma la señal de la Cruz desde el lado izquierdo al derecho. ¿Sabéis su significación? Pues esto solo os llenaría de gozo espiritual; esta sola sencilla ceremonia es la demostración de profundas consoladoras verdades que no alcanzaron con todo su saber los sabios más sabios de la antigüedad pagana: simboliza que de las miserias de esta vida hemos de pasar a la felicidad de la gloria eterna, como el Señor pasó de la muerte a la resurrección gloriosa.

Contrae matrimonio: no la unión carnal del varón y la hembra, cosa más alta significa para un cristiano: la unión espiritual del alma con Dios; la unión de Dios con la naturaleza humana y la de Cristo con la Iglesia, formando ambos un solo cuerpo místico.

Pónese el Sacerdote un anillo en el dedo al esposo y este a la esposa: pues aquello significa el amor recíproco en que han de vivir, y que como el círculo del anillo no ha de tener fin sino con la muerte. Pónese en el dedo anular, porque como (según creían) en ese dedo concluye una vena que nace del corazón; así el amor simbolizado en el anillo ha de tener sus raíces en el corazón de los esposos.



Luego, un velo cubre la cabeza de la desposada: es la significación mística del pudor, de la honestidad, de la vergüenza que ha de tener la mujer cristiana: es el reconocimiento de que en ella tuvo origen el pecado, y como rea y culpada se presenta a los pies del Sacerdote, Vicario entonces de Cristo: es la protesta de que ha de estar siempre sujeta a su marido, como la Iglesia lo está a su esposo y Señor Jesucristo.

Acudís a Misa; entráis en el templo, mientras el Sacerdote se lava las manos: no es simplemente la limpieza material lo que busca, es que el lavatorio simboliza la pureza que Dios exige en sus Ministros: la estola, el manipulo, la casulla, todo tiene su significación mística, y su recuerdo de la Pasión del Redentor.

Veréis cuando se lee el Evangelio en las Misas solemnes que hay unos cirios encendidos; pues aquellas luces significan las del Evangelio que han de iluminar al mundo.

Al principiarlo, todos los fieles se levantan; es que con aquella acción protestan muda, pero enérgicamente, que están prontos a derramar su sangre por la verdad revelada.

Eleva el Sacerdote la hostia; es la elevación de Cristo sobre la Cruz y su resurrección gloriosa; pénela sobre loa corporales, es el amortajamiento del cuerpo de Cristo envuelto en el sudario de lino; hace cinco Cruces, las cinco llagas de su cuerpo; inclina el Sacerdote la cabeza en una de las oraciones, Cristo Señor nuestro a tiempo de expirar inclinó la cabeza; en fin, no hay acción por indiferente que parezca, el tono de la voz, lo áspero o tierno del canto, luces, columnas del edificio, todo tiene sentido oculto y misterioso; entre objetos materiales, el cristiano solo debe ver lo inmaterial; entre cosas perecederas, la vida incorruptible.

No quiero recordaros aquellas ternísimas ceremonias con que se desea y da la paz exterior e interior al género humano en nombre de la caridad universal de la Iglesia, el lavatorio de los pies, lección de humildad profundísima dada a los poderosos de la tierra, y la ceniza que cubre nuestra frente, recuerdo terrible de la nada humana; sabémoslas todos, y todos las olvidamos.

Pero ¡ay! si no las olvidáramos, en solo las ceremonias de la Iglesia encontraríamos los cristianos unidos, creencias, recuerdos, y esperanzas inmortales.



XXII.

Hay algunos espíritus ligeros, que en las ceremonias solo ven ridiculeces, antiguallas que deben desaparecer: os llegarán a decir algunos que el espíritu del siglo las rechaza, que basta con que creáis en Dios.

¡Desgraciados, que se privan ellos mismos de los inefables consuelos del espíritu, desconociendo la naturaleza del hombre!

No quisiera inferirles injuria: pero me atrevería a aseguraros, que los que desprecian el culto, desprecian la religión; que los que os dicen: basta con que creáis en Dios, no creen en Dios.

A quien se respeta y se ama y se teme, se le debe reverencia, en lo interno y en lo externo.

Es lo exterior reflejo de lo interior: encendido el candelero, reflejará la luz. La alegría del hombre salta al rostro en plácidas facciones: el dolor derrama lágrimas: la tristeza os muestra el hundimiento de ojos: la cólera enciende el rostro: el odio frunce el ceño.

No hay pasión en el alma, que no tenga su signo exterior en el cuerpo, de tal manera están unidos.

Quien olvida a la Iglesia no recuerda al que está en la Iglesia: el que desdeña el culto, no tiene adoración para el objeto del culto: quien arroja al muladar el libro, no ama su doctrina.

Ojos tiene el hombre, y cuando ve cosas santas los eleva al cielo y ve en espíritu al Señor de todo lo criado.

Oídos tiene, y al escuchar las armonías religiosas, en santo éxtasis se embriaga en la interior contemplación, y eleva su alma a Dios y confunde su alma en el amor divino.

Que no vea, que no oiga, que no ejerza acto ninguno religioso, y se entibiará su fe, y la perderá, y últimamente llegará a olvidarla.

Como el cuerpo que careciere de los sentidos corporales, será entonces el alma en el reino del espíritu: un cadáver.



XXIII.

Defendiendo nosotros y conservando como un fuego sagrado las doctrinas religiosas, conservamos y defendemos la herencia de nuestros padres.

La Religión no ha sido únicamente la luz y la grandeza de España; es en cierto modo nuestra nacionalidad.

La patria y la Religión se han confundido en uno: en ningún pueblo de la tierra ha pasado lo que en España. Setecientos años estuvimos combatiendo por el templo y por el hogar, con la Cruz en una mano y la espada en la otra. No hay palmo de tierra en España que no esté santificado con la sangre de un mártir e ilustrada con la hazaña de un héroe.

Nosotros creyentes, bien nos podemos llamar hijos de nuestros padres que creían: los incrédulos repudian la herencia de ellos, son extranjeros en España.

Recordando las palabras dichas por el antiguo Sacerdote al rey Sicambro, los incrédulos quemaron lo que nuestros padres adoraron, adoran lo que nuestros padres quemaron.

Imaginad que se levantan de los sepulcros todos los Españoles que murieron en la fe de Cristo desde Recaredo a nuestros días: imaginad al frente de ellos los grandes Reyes de Castilla y de Aragón; los grandes sabios; los grandes poetas; los grandes artistas. Comparezcan a su presencia los que no creen en Jesucristo o persiguen a su Iglesia ¿qué diría al verlos el gran pueblo español, de todos esos siglos? ¿No los repudiarían, los maldecirían los grandes hombres que ilustraron al mundo con el esplendor de la ciencia o le subyugaron con el temor de sus armas?

Nosotros no repudiamos la fe, ni nos avergonzarnosle la gloria de nuestros padres: somos sus hijos.



XXIV.

El hombre habla: luego es social

El hombre necesita para vivir del auxilio de otros hombres: luego es social.

La sociedad es un hecho natural y necesario.

Un hombre en sociedad, además de las relaciones que tiene con Dios, puesto que le creó, tiene otras con los demás hombres, puesto que con ellos y entre ellos vive.

Sobre esto como es tan claro y evidente de suyo, no hay necesidad de fatigar el discurso: todos vosotros lo comprendéis.

Los que han supuesto un estado anterior al social en que vivía el hombre como un salvaje o como una fiera, esos no conocen ni al hombre ni la historia.

Tampoco conocen a Dios.

El salvaje no es el hombre primitivo, es en todo caso el hombre degenerado.

Dios creó al hombre varón y hembra; el hombre se une a la mujer a quien ama; padre y madre se reproducen en sus hijos: el niño tierno no es como el cachorro salvaje que a los pocos días corre por las selvas y destroza a los animales menos fuertes que él.

El niño necesita largos años no solo para la robustez del cuerpo, sino para la instrucción del espíritu.

Cuando llega a la plenitud de la edad, entonces necesitan de él sus padres que toman, digámoslo así, a otra especie de infancia, antes de llegar a la muerte.

Los hombres, como hijos de Dios, son todos de raza nobilísima; son hijos de Rey; pero no son iguales.

Los hombres son iguales ante Dios y ante la muerte: conténtense con esta igualdad.

Son desiguales en todo lo demás: este alcanza grandes fuerzas, aquel muy débiles.

El uno ama el trabajo que enriquece, al otro le desmaya la pereza.

Pero sobre todo, examínadlo o considerarlo bien: por cada mil hay un hombre de talento; por cada millón, apenas hay un genio.

Quiere Dios que vivan los hombres en sociedad, para que la autoridad que viene de él, proteja a los débiles contra los fuertes; para que la riqueza alivie a la pobreza, y en fin, para que los hombres de talento y los genios alumbren a los demás hombres.

Hablan estos y escriben ¡gran cosa! trabajar todos los hombres para que sepa más y se perfeccione y se engrandezca la sociedad!



He aquí el gran error de la escuela democrática: quiere a todos los hombres iguales en derechos, cuando son desiguales en facultades.

Desconoce por completo, o finge desconocer este hecho, que existe en el orden social y que por consiguiente ha de existir en el orden político, como también existe en el orden material.

Considerad el mundo físico: los animales que pueblan la tierra, los peces, mudos habitantes de los mares, las aves que vuelan por los cielos; la desigualdad en todas partes.

Considerad la misma tierra, poned los ojos en los montes y en los valles: aquellos en que nacen los pinos y cedros envían a estos sus aguas para que den el rubio trigo y los opimos frutos.

En todo ello resplandece la sabiduría de Dios; pero más aún que en el orden físico resplandece en el social.

No concebiríais una reunión de hombres igualmente fuertes, igualmente sabios, igualmente ricos.

Nace de las desigualdades cierta misteriosa armonía: son origen las desigualdades de casi toda virtud. Y sobre todo de las principalísimas, la caridad y la resignación.



XXV.

Si queréis penetrar menos someramente en las doctrinas con que os halagan, preguntadles qué es igualdad, qué igualdades esa que os ofrecen, y veréis cómo los mismos que os la están predicando de continuo, discuerdan de una manera pasmosa; algunos no os ofrecen nada; aquellos, cosas irrealizables; estos, cosas absurdas.

Es la igualdad que queremos para el pueblo, os dirán los más juiciosos, la igualdad ante la ley; que ricos y pobres, obreros y magnates obedezcan a las mismas disposiciones y se les impongan las mismas penas si quebrantan aquellas.

Por ventura, decidme: ¿habéis visto que haya ahora dos códigos, que haya dos legislaciones, una para los nobles y ricos, otra para los pobres y proletarios? Si tal os dicen, os engañan; un solo código sirve para unos y para otros: la misma pena se señala para el grande que para el pequeño.

No queremos entrar en la cuestión de si esta igualdad absoluta es justa o no es justa: tengo la seguridad de que vosotros mismos, si fuerais Jueces, procuraríais, inventaríais recursos para disminuir la pena que mereciese un hombre honrado que en un momento de acaloramiento cometiese un homicidio; y se la aplicaríais severísima al que perpetrase ese delito y fuera conocido como público ladrón, pendenciero, dado a la embriaguez y a todos los vicios.

Tenemos la seguridad de que si mañana se presentase ante vosotros, Jueces, un patricio estimadísimo, que hubiere salvado al país por sus hazañas o le hubiese ilustrado con su genio, buscaríais atenuaciones para salvarle de la acción de la ley, y la aplicaríais con todo rigor, si se tratase de un ladronzuelo de plazuela.

Tal es la naturaleza del hombre, venerar todo lo grande.

Y si otra cosa hicierais, tampoco la pena sería igual; porque no serían iguales la condición ni las circunstancias del preso.

Figuraos un comerciante anciano, acaudalado, de crédito fabuloso, lleno de achaques y de trabajo por las enfermedades.

¿Sufre igual pena si le condenan a ocho días de cárcel, que el pilluelo que acaba de salir de ella?

No: para este es una diversión casi: vedle cómo juega con sus compañeros, cómo ríe, cómo canta: nada ha perdido, algunas veces gana: le dan de comer.

Para aquel es la muerte: cae su ancianidad mancillada, su crédito perdido, su reputación destrozada. Y si la ley ha de ser igual, ha de vivir con los otros criminales, y su lecho no ha de ser mejor, ni mejores sus manjares. Miradle confundido en un rincón de la *comuna*, anonadado, inconsolable, sus



males se agravan, su sensibilidad se excita, su imaginación le aumenta el golpe de la caída; antes de los ocho días la pena y la vergüenza le matan.

Decidme ¿es igual el castigo, para entrambos?

Pues suponed que la multa es pecuniaria: han de pagar 100 reales de multa. Para el comerciante 100 reales es nada: por el menor capricho tira 100 duros. Para el pobre jornalero arrancarle 100 reales es el hambre, la desnudez de su familia, la falta de remedios, el empeño de las ropas, la desgracia de su vida.

Decidme: ¿es igual el castigo para entrambos?

Pero supongámoslo: los Jueces decís, son parciales; siempre estamos viendo que las moscas se enredan en la tela de araña de la ley y los abejarucos la rompen y pasan sin dificultad; esto es lo que no queremos; por eso proclamamos la igualdad ante la ley.

Enhorabuena: ¿y evitaríais eso escribiéndolo en un código? Preciso era mudar la naturaleza del hombre. Dad la ley que queráis, jamás evitaremos la interpretación y el comentario; que la ley diga más según unos, que diga menos según otros; que haya Jueces ignorantes, débiles y corrompidos; que en los hechos haya circunstancias apreciables para unos y despreciables para otros; que la ley se aplique con desigualdad.

Ya sé que al compás de estos razonamientos os hablarán de los tiempos feudales, de los señores de horca y cuchillo, de rebaños de siervos... ¡Ah! no: en España no ha habido rebaño de siervos; no lo consentía la altivez de sus naturales.

Pero si hubiesen sido ¿existen hoy? Pues si no existen, irritar vuestra cólera contra los presentes, es lo mismo que si hoy saliesen cazadores armados de todas armas, y juramentados de no abandonarse en el peligro, a explorar los alrededores de Madrid, en busca de ferocísimos osos que los poblaban en los tiempos en que los bosques llegaban a sus tapias.

Reíos de estos; pero reíos también de aquellos.



XXVI.

Hay otros, que se llaman demócratas, y toda la igualdad que os ofrecen es el sufragio universal, que lo mismo tenga voto el pobre que el rico, y el mendigo que el magnate.

Es vuestro derecho. Solo por ser racional, dícenlo tiene el hombre derecho imprescriptible a tener parte en el Gobierno, a contribuir al nombramiento de los representantes sociales.

¿Y los niños? ¿Y los criminales? ¿Y las mujeres?

Los locos, os dirán, no tienen derecho porque su razón está suspendida; los niños porque no la tienen acabada.

Pero decidme: ¿por qué dais ese derecho al hombre ignorante, al hombre tan corto de luces, o tan ajeno a la política, que si lo comparáis es igual al loco y peor que el niño para decidir las grandes cuestiones sociales?

¿Es que el niño será engañado? ¿Es que no ofrece garantías de usar bien del derecho que la ley le concede.

Pues generalizad el principio y no lo concedáis al que no ofrezca las garantías de usarlo bien.

¿Y las mujeres? ¿No son racionales? ¿No tienen interés en la sociedad? ¿No comprenden en las clases inferiores más que los hombres, las consecuencias sociales de las elecciones? ¿No dirigen, en las más, sus casas y se ocupan de la cosa pública mientras los hombres se consagran al trabajo del campo o de los talleres?

No rechacéis a la mujer, o fundad en otros principios vuestra teoría.

No es, pues, el censo tan ajeno a razón; no se vincula el criterio en el oro, no se concede el sufragio al *vil* metal, no se establece que tiene más razón el que tiene más dinero. El oro, el vil metal, no es aquí más que el signo de mayor ilustración, la regla general que supone esté más instruido el que tiene más medios para ello: si hay contradicción, la hay en rebajar el censo hasta el punto que pugnó la suposición de la ley, con la realidad de los hechos.

Pero enhorabuena, que os den a todos el sufragio; que ciencia, riqueza, altas cualidades, merecimientos grandísimos se aniquilen en este panteísmo social. ¿Pensáis que por ello habréis adelantado algo en la práctica? Una docena de hombres políticos jugarán en las elecciones: de esa docena será patrimonio exclusivo la diputación; de esos seréis siempre juguete, y desde que ellos sean Diputados y vosotros electores, adiós igualdad: ellos irán al Congreso y se sentarán en bancos de terciopelo, y vosotros volveréis al rudo trabajo de ahondar las minas, de cultivar el campo o de voltear la rueda de una fábrica.



La verdadera igualdad política consistiría en que todos vosotros fueseis Diputados; en que todos fueseis Presidentes de la República.

¿Es imposible? Pues es imposible la igualdad política mientras haya representantes y representados; Presidentes y presididos.



XXVII.

Muchos hay que no se fijan en la igualdad política, que en verdad poco seduciría al pueblo, cuyos sentimientos se excitan solo con cosas tangibles, con goces de que puedan disfrutar, con extender simplemente la mano.

Hablando con los labradores les dicen: el agua y la tierra son de todos, y, sin embargo, se halla en manos de unos cuantos; que estos inicuos despojadores nos la devuelvan.

Esto sí que halaga al pobre: el huerto del vecino tan frondoso y tan cultivado, se lo quitarán al vecino y se lo darán a él y sus sabrosos frutos que ahora paladea exclusivamente, satisfarán su apetito y el de su familia.

Pero decidme: cuando despojéis al que tiene el huerto ¿no seréis vosotros despojadores? ¿No tendrá él el mismo derecho y lo apoyará con las mismas razones en que vosotros lo habéis apoyado? Podrá, por lo tanto, quitárselo otra vez; y a él, otro; y a este, otro y así sucesivamente.

¿Qué sería de aquel huerto tan frondoso y también cultivado? ¿Qué de aquellos frutos tan sabrosos y tan regalados?

Si la tierra es de todos, es también del que la tiene: dejádsela, no tenéis derecho a despojar al poseedor.

¿Queréis tierra también? Buscadla donde podáis ocuparla los primeros. La décima parte apenas está cultivada.

África, Asia, América, la Oceanía os brindan con sus vastas soledades. Mientras haya una aranzada sin cultivar y que podáis apropiaros, quitársela al que la tiene es un robo.

También lo es la propiedad, dicen otros. Mientras haya propietarios, no hay igualdad: la igualdad está en que la tierra no sea de nadie, sino en que se cultive en común y los frutos se repartan justamente, de modo que todos reciban la misma cantidad.

Pues bien; examinemos este plan igualitario: nosotros nos complacemos en que, si habéis de ser felices, seáis todos iguales.

Por supuesto que si todos los hombres tienen obligación de trabajar, y derecho a los frutos, primeramente estableceremos una sociedad universal: del mundo haremos una familia. El Asiático y el Europeo, el Iroqués y el Cafre, todos son miembros de esta asociación.

Y es preciso antes que todo saber lo que se produce en la asociación; una estadística de cada cosecha y otra estadística de todos los asociados.



Y si ha de darse a cada uno según su capacidad y a cada capacidad según sus obras; otra estadística en que se comparen las fuerzas, la inteligencia y los trabajos que opera cada asociado.

Y luego el reparto, y el envío a cada uno de lo que le toca.

Dos gotas de jerez al que vive en Australia, un dedo de cerveza de Alemania al que habita la cuenca del Tajo, dos pasas de Málaga al Nubio, la octava parte de un coco al inglés.

Y otra estadística de cojos, mancos e inhábiles....

¡Santo Dios! ¿Es esto posible? ¿Estaban en su cabal juicio los que lo inventaron? ¿No es, pobres trabajadores, burlarse de vuestra candidez el halagaros con el trabajo en común y con el reparto de frutos?



XXVIII.

Exageráis, nos dirán: el trabajo en común ha de hacerse en *falansterios*, en asociaciones pequeñas, donde sea posible; donde *todos* intervengan en el trabajo de *todos*; donde uno presida, dirija y cuide.

Enhorabuena; pero decidme: ¿trabajarán todos igualmente? Si no el reparto ha de ser desigual, para ser justo. ¿Tendrán todos el mismo apetito? Porque si no la ración ha de ser desigual, so pena de que unos asociados se harten, y otros mueran de inanición. ¿Serán todos igualmente económicos? Porque si no al cabo del año unos tendrán ahorros, otros estarán desnudos y adiós igualdad. ¿Se declarará que los ahorros son bienes mal adquiridos y volverán a la comunidad? Atacareis por su base la justicia y la virtud; el económico se volverá disipado y malgastador.

Y luego hay otro inconveniente: la igualdad será a lo más entre los individuos de aquel falansterio; pero la igualdad social siempre será un mito.

Tal asociación, o porque el suelo produce más o porque sus asociados son más trabajadores, o más inteligentes, o porque el jefe dirige mejor, gozará de la abundancia; mientras que otro falansterio se halle sumido en la miseria.

Naturalmente estos no estarán contentos: dirán a los felices: la tierra no es de nadie, ni vuestra ni nuestra; la que vosotros cultivéis la queremos cultivar nosotros; los frutos son de todos; de los que recogéis, juntos con los que recogemos, formad un montón y repartidlos con igualdad....

Y tendrán razón, y habrá de hacerse lo que dicen los descontentos y si os resistís, la guerra civil, el ataque violento de los que tienen menos contra los que tienen más: el robo, según la ley cristiana, paradero infalible y último resultado de todas esas teorías antisociales y anticatólicas.

Pero a qué detenernos en refutar todos los delirios que buscando una igualdad quimérica han sostenido y sostienen los modernos utopistas, hombres de corazón, generosos muchos, pero ciegos, sin guía, ¿por qué abandonaron la ley de Dios?

Desengañaos no hay más igualdades que la igualdad natural del nacimiento y de la muerte y la igualdad religiosa.

Ante Dios, Señor de todo lo criado, iguales son el pobre y el rico, y el que se titula señor y el que hunde en el polvo su cabeza reconociéndose siervo. Todos son hijos de Dios y herederos de su gloria, porque por todos igualmente derramó Jesucristo su preciosísima sangre.

Todas las demás igualdades con que os aturden los oídos, mentira, mentira, mentira.



XXIX.

Los hombres viven en sociedad: tienen pasiones: las pasiones son los tiranos del hombre.

Comienzan por hacer de él un esclavo y su víctima y le arrojan para que él haga de los demás su víctima y sus esclavos.

El hombre dominado por sus pasiones quisiera, digámoslo así, hacerse el centro de todo. Figúrasele en su orgullo que él es el objeto de la creación; las demás criaturas se han hecho solo para servirlo, para satisfacer sus necesidades, sus gustos, sus caprichos.

El sol se creó para alumbrarle; la noche para que descansase; el mar para rendirle en tributo sus perlas; la tierra para lisonjear su paladar con sabrosísimos frutos; los hombres para encorvarse bajo el peso de su mirada.

Su orgullo le lleva a mandar, su sensualidad a gozar. Goces malos de espíritu y goces torpes de sentido son el fin del hombre que se aparta o se olvida de Dios.

La religión nos hace levantar los ojos para mirar y amar a Dios. Si miramos y amamos, hacemos de Dios el centro de todo. Amamos en Dios a nuestros hermanos: tenemos caridad. No consiste esencialmente la caridad, aunque sea atributo de ella, en socorrer materialmente a la desgracia; consiste esencialmente en desear en todos conceptos el bien de los demás por el amor de Dios.

Si todos los hombres fuesen perfectos cristianos no habría necesidad ni de Magistrados ni de leyes. Menos de castigos y de verdugos.

Pero los hombres, que ansían gozar sobre la tierra, buscan su bien, aunque aparente y falso, a costa, generalmente, del bien de sus hermanos.

Y este oprime y huella a otros por aparecer más alto; y el otro derrama sangre o mancha con la calumnia, por saciar su venganza, y aquel se viste con la desnudez de un prójimo, por gozar más.

En toda sociedad, pues, ha de haber, como dijimos, autoridad, cuyo oficio principal no es otro que amparar a los buenos y defenderlos de las asechanzas de los malos.

Hay, digámoslo así, una especie de guerra continua: con la doctrina se combate el pensamiento y el deseo perverso: cuando no basta, con el castigo se hace expiar al malo y se aterra a los que sienten tentaciones de seguir su ejemplo.

Ha de haber, pues, un poder supremo, un poder que resuelva, un poder que ampare, un poder que reprima.

¿Quién lo ejerce? ¿A quién se comunica? ¿Por quiénes?



He aquí el enigma: se ha meditado, se ha escrito mucho: vamos a deciros lo que entendemos o se nos alcanza en esta cuestión temerosa y difícilísima.



XXX.

Soberanía nacional: hace años que en España se está proclamando por muchos como principio la Soberanía nacional.

Es decir, la soberanía de la nación.

Vale tanto como decir que la voluntad de la nación es soberana.

La nación es soberana ¿es soberano el Rey?

Como en el cielo hay un sol, así en el trono hay un Rey: no caben dos Reyes.

Si la nación es soberana, el Rey tendrá una majestad prestada. La nación cuando guste podrá retirar el don que le prestó y el Rey quedará un simple ciudadano.

La muchedumbre tendrá, pues, la realeza, rio es posible: no puede concebirse un Rey con un millón de cabezas.

Esto no ha sido nunca, no será, no puede ser.

Los Reyes de Europa se decían Reyes por la gracia de Dios y por las leyes del reino.

Dios y la ley. Verdad profunda.

Sabemos lo que se objetará y se objeta.

La cuestión es insoluble si se mira solo al mundo, a los hombres; pero hay, digámoslo así, cosas en el mundo, que son más especialmente de la jurisdicción de Dios. Dios juega siempre en el drama humano: los que no hacen cuenta de Él, no pueden explicar ciertas cuestiones.

Suprimid a Dios ¿Dónde reside la soberanía? ¿En el pueblo? ¿En la mitad más uno? ¿Con qué derecho esta mitad más uno, da Rey que no agrada, a los que son, menos uno, tantos como ellos?

¿Está la soberanía en la muchedumbre, esto es, en todos los individuos? ¿Recoge cada uno con su título de hombre en particilla de soberanía? Error grande: ya dijimos que en el mundo moral, todo eran desigualdades.

¿Tendrá el vicioso tanto derecho, como el honrado; el débil, como el fuerte; el casi idiota, como el sabio, que ve lo que está escondido al común de los hombres y con su luz nos ilumina?

¿En qué siglo, en qué nación se ha visto que todos los individuos de ella, ancianos, niños, varones, hembras, pobres, ricos, ignorantes, sabios, se reuniesen, conferenciasen, y eligieran al que o a los que debían ejercer entre ellos y sobre ellos, la suprema autoridad?



Chateaubriand ha dicho: la Soberanía Nacional es verdad en teoría; mentira en la práctica. ¡Contradicción monstruosa! Cuando se trata de lo que en sí nada es si no se aplica, lo que es verdad en teoría, no puede ser mentira en la práctica; lo que es mentira en la práctica, no puede ser verdad en teoría.

Los orígenes de toda soberanía son misteriosos o raros; es decir, no se explican por el modo común de acontecer las Cosas humanas que son ordinarias: son raros o misteriosos, porque en ellos interviene Dios, como si Dios se reservase la suprema dirección de los sucesos humanos: aun, humanamente hablando, quiere, digámoslo así, tomar parte en la creación de las grandes familias que dan Reyes o dominadores a los pueblos.

Vivís en una ciudad: tiene esta sus autoridades, que dependen de la autoridad suprema; astros que reciben su luz del sol en cuya órbita giran.

Imaginad que esa vuestra ciudad se encontrase aislada en España; que estallase en ella la revuelta; que entrase la muchedumbre en posesión de su turbulenta soberanía.

Ahí tenéis al pueblo Rey; mentira, no es el pueblo; son diez, son seis, son acaso menos los que lo conducen, lo precipitan, lo detienen.

Son los más audaces los más sabios.

Si es que se levanta un hombre sobre los demás, esos son los que le levantan: el pueblo, cuando más, representa el papel de coro.

Las mujeres se han retirado, temblando, a lo más secreto de su casa: ancianos y niños gimen y se estremecen: buena parte de los jóvenes teme y se esconde: algunos son únicamente los que se arrojaron a la calle, y esos van guiados por pocos.

Estos pocos son los reyezuelos.

La muchedumbre nació empujada y frenética para destruir: fuera de esos terribles momentos en que es río desbordado, nació para obedecer.

Siempre son contados los que mandan, los que van delante; los demás siguen.

La doctrina más sana y más verdadera es la que cree que Dios da o consiente a los Príncipes, buenos o malos, según los merecen los pueblos.

Si mañana sonase por toda la extensión de España esta lúgubre voz: el Rey ha muerto, han muerto los hijos del Rey, han muerto cuantos podían tener derecho a la sucesión de la corona; aseguída o nacería Rey, o Emperador, o Dictador; y se levantaría sobre todos por su propia faena o elegido por pocos.



Posible es que después se apelase al sufragio universal, que nunca es universal; porque excluye siempre a más de la mitad de un pueblo, hombres y mujeres que al fin tienen razón y alma.

Pero ya conocemos esa especie de sufragio; es una fórmula; nada más. Lo que está hecho, está hecho. La fuerza manda.

¡Oh qué doctrina tan absurda, pues desconoce las esenciales, profundísimas diferencias que separan a pocos de muchos! ¡Oh qué doctrina, que solo sirve a algunos ambiciosos como de palanca para levantar una muchedumbre y arrojarla frenética a destruir el poder existente!

Al pueblo que se levanta se le contesta a cañonazos.

¿Y quién, si fuese cierta esa doctrina, podría decir: es llegada la hora, es indudable el derecho para conmover y trastornar todo el orden social? ¿Quién podría decirlo?

¿Habría sociedad con esa continua amenaza sobre ella? ¿Habría poder que no fuese receloso y tiránico, siempre los ojos puestos en el pueblo para espiar sus pensamientos, y la espada tendida sobre su cabeza para herir?

No: nadie podrá decir jamás a los ciudadanos de un pueblo: levantaos, caed sobre el Rey o sobre el tirano, que es indigno del imperio.

Esto no puede decirse: suele hacerse.

Yo no me atreveré a asegurar que es un derecho: imagine algún caso raro en que puede serlo: lo cierto es, que es un castigo.

Dios fuerza, digámoslo así, al mal para que produzca algún bien: las tempestades asuelan la tierra, mas purifican los aires: las revoluciones son las tempestades del mundo social y político.



XXXI.

Dios, Autor del hombre, lo es de la sociedad. Para que esta viva, Dios, como dijimos, hale dado todos los elementos necesarios. Aquel por quien los demás funcionan y se desenvuelven, es la autoridad.

Viven en sociedad los hombres para auxiliarse, para defenderse , para perfeccionarse.

El progreso es ley divina.

Puso Dios al hombre sobre la tierra y le condenó al trabajo; y es porque el trabajo debía hacerlo mejor.

Si no se nace mejor, no se hace digno de Dios.

Pasa por el mundo, lugar de tránsito echado entre la nada y la eternidad. Vive vida muy breve en la que andan mezclados con escasos placeres largos dolores.

Señal esta evidente de que el mundo es lugar de tránsito y de rudo aprendizaje.

Trabaja y progresa el hombre; eso quiere su Autor.

Encuétrase en medid del mundo con otros hombres a vista de toda la naturaleza creada.

¡Gran casa es esta en que habite!

Conocer a Dios y a si propio; esa es la gran ciencia: llamémosla ciencia divina.

Conocer las relaciones entre la autoridad y entre los gobernados; esa es la ciencia humana.

Conocer la materia y las propiedades de ella; esa es la ciencia natural.

Cuanto más conozca el hombre las maravillas del mundo creado por Dios, tanto más comprenderá la grandeza y la sabiduría de Dios.

Adelanten, pues, los hombres, mas no olviden que así como el espíritu es superior a la materia, así el progreso moral debe ir delante de todos los progresos.

. Vale más ser bueno que ser rico.

Vale más tener una familia dócil y virtuosa, que tenar para hijos viciosos o díscolos, casa magnífica y trenes lujosos.

Enciérrase una verdad profunda y admirable en aquellas palabras del Evangelio: “buscad el Reino de Dios, que lo demás se os dará por añadidura.”

Como si dijera: pueblo, sé virtuoso; tendrás Príncipes buenos.

Hombres, creed y temed a Dios: no habrá entre vosotros miseria que no halle amparo, ni dolor que no halle consuelo.



Dicen que estamos en siglo de progreso y de luz: cuando lleguemos al pináculo del progreso y a la plenitud de la luz, a la cumbre de la humana sabiduría, comprenderemos que es una verdad profunda lo que tenemos ahora por trivial y casi ridículo.

Pueblos buenos, pueblos libres.

Hombres virtuosos, hombres felices.

Entre nosotros no puede haber ni pueblos buenos ni hombres virtuosos sin ser católicos: si dejamos de serlo caeremos en la incredulidad. Y en pueblos incrédulos no puede haber sino horribles despotismos, u horribles anarquías. Entre hombres impíos no hay más que satisfacción brutal de la carne, y horrendas angustias, y horrendas desesperaciones del espíritu.



XXXII.

En los tiempos en que vivimos apenas oís hablar sino de los derechos del hombre: rara vez de sus obligaciones.

Cuando se habla constantemente de aquellos, señal es de que prepondera el orgullo; cuando se habla de estas, la humildad.

El hombre no tiene derechos respecto de Dios: era nada; y Dios era Dios.

Todo lo debe a Dios: todo él es obligaciones respecto a su Creador.

Puesto en el mundo por Dios; puesto en sociedad, tiene obligación de vivir y perfeccionarse: no diremos cumplir su misión; que nos agrada poco la palabra; diremos que tiene obligación de vivir o de andar el trecho que media desde la cuna al sepulcro, pensando, sintiendo, obrando conforme a la ley divina.

En relación con los otros hombres, puede decirse que tiene derecho a hacer o no hacer lo que cumpla a este santo fin.

Todos los hombres tienen obligación de no impedirselo, antes por el contrario de facilitárselo.

Si cumpliesen todos sus obligaciones, no era menester que se dijera de uno en particular que tenía derecho. Nadie se lo quebrantaba.

En cuanto no las cumplan e impidan que el hombre haga o no haga aquello a que está por Dios obligado; puede decirse con cierta propiedad que huellan su derecho.

Habréis leído u oído muchas veces que el hombre tiene derecho de hablar, derecho de pensar, derecho de escribir, derecho de asociarse, etc., etc., etc.

Derecho de pensar. ¿Habrasedicho cosa más rara? Tanto valdría como decir: el hombre tiene derecho de ser hombre.

El hombre lo es, porque piensa: es de su esencia pensar: el espíritu es pensamiento y el espíritu es la parte superior del hombre.

¿Por qué no hemos de decir que es todo el hombre? Porque al cabo, este barro en que está encerrado el huésped celestial, ¿es otra cosa que barro?

El hombre no puede decirse que tiene derecho de pensar: piensa, porque piensa; porque es hombre.

Pero demos que pudiera decirse tiene derecho de pensar... Que tenga ese derecho; pero lo tendrá de pensar para encontrar la verdad; de pensar, para, encontrada, inclinarse a lo bueno.



¿Tiene derecho a pensar, para buscar la mentira y con día engañará los demás; a pensar, para encender deseos torpes y entregarse, condescendiendo con ellos, a una grosera sensualidad? Para eso no tiene derecho.

Libre es en pensar bien o en pensar mal, y es libre porque es espíritu; pero si piensa mal, obra mal, obra sin derecho.

Cierto que ningún hombre podrá pedirle cuenta de sus pensamientos: en tanto que no salgan de su corazón, a nadie dañan sino a él; además el ojo humano no lee en los secretos del espíritu.

Pero lee Dios; pero el hombre nunca está solo, y aunque se encontrase en el más apartado desierto, está siempre en presencia de Dios.

Dios le creó para que no manchase su alma ni con su torpe pensamiento: manchándola, se hace indigno de Dios; ha de dar cuenta a Dios de la joya que le dio y que en vez de pulir y de embellecer, deslustra y afea.

Por eso, cuando algunos que se dicen filósofos sin saber lo que es filosofía, alborotan el mundo proclamando que el pensamiento es sagrado y que los Gobiernos con tales e cuales medidas le ponen come en tortura o le matan; no dicen mas que un absurdo.

Porque Gobierno ninguno puede impedir que piense el hombre cuanto quiera, bueno o malo; y el hombre en medio del mundo o encerrado en un estrecho calabozo es igualmente libre por su espíritu; y en un instante fugitivo, recorre cielos y tierra, y se entrega a pensamientos de ángel, o a pensamientos de demonio.

Pero esos Señores quieren más: no que el hombre piense el bien o el mal; sino que pueda hablar y pueda escribir y pueda esparcir por el mundo lo que haya pensado, bueno o malo.

Esto es ya distinto: el hombre, pensando, solo está en relaciones con Dios: hablando o escribiendo, se pone en relaciones con los demás hombres.

Aunque sea modo impropio de expresarse, diremos: que el hombre tiene derecho de hablar y derecho de escribir y derecho de comunicar sus ideas a los demás hombres.

¿Qué digo derecho? Digo obligación, porque si en una sociedad, en una reunión de diez, de veinte millones de hombres, Dios ha concedido a ciento, a doscientos, a mil si queréis, o genio o talento esclarecido en las diversas ciencias, artes, oficios que en toda humana sociedad son necesarios, ¿para qué, decidme, les ha dado esa gran luz, sino para que la comuniquen a los demás hombres?

Sobre el celemín y no bajo el celemín ha de estar el candelero para que alumbré.



¿Y qué sería del género humano si los que tienen esa brillante luz pudiesen recogerla dentro de sí; si los que han recibido ese tesoro, lo guardasen en el secreto de su casa?

El género humano andaría por entre tinieblas; apagadas, contra las miras de la Providencia, las que encendió brillantes lumbreras, para que le guiasen por los caminos del mando.

Digamos, pues, no ya que tienen derecho, sino que tienen obligación; y recordemos que entre las obras de misericordia, cuéntase la de enseñar al que no sabe y dar consejo al que lo ha de menester.



XXXIII.

Lo que digo del pensar digo del hablar y del escribir; esto es, del pensamiento hablado y del pensamiento escrito.

El hombre en cierto modo sale de sí y se comunica a los demás hombres e influye en ellos.

Pues si no tiene derecho a pensar el mal, y pensándolo abusa y falta a Dios; propagando el mal, de palabra o por escrito, abusa más enormemente, porque falta a Dios haciendo daño a los hombres.

Vosotros a este propósito habréis leído muchas veces en periódicos, de esos principalmente que se llaman democráticos y amigos del pueblo, que es una gran tiranía impedir la libre emisión del pensamiento; que si el escribir libremente cansa algún daño, está compensado con bienes mayores; y en fin que la prensa se asemeja a la lanza de Aquilea que curaba las heridas que infería.

Quizá no entendáis bien esto que os digo de la lanza de Aquilea: habéis, pues, de saber que Homero, el más egregio poeta, el padre de los poetas de la antigüedad, narró con altísima poesía la triste y gran historia del sitio y caída de Troya. Descollaba entre los sitiadores como valiente nutre los valientes, Aquilea, hijo de una diosa: cuando aparecía relumbrando en el campo, huían los Troyanos, y cuéntase de él que blandía lanza, por arte divina fabricada, cuyo hierro tenía la singular propiedad que hemos indicado; la de curar, tocando a la herida que ella misma había causado.

De esta comparación entre la prensa y la lanza de Aquilea, burlóse no sin gracia un filósofo moderno diciendo que la tal lanza podría tener semejante virtud; pero que por desdicha la perdió en los antiguos tiempos y no ha podido encontrarse en Herculano en los modernos.

Apelo a vuestro buen sentido: sois padres de familia, tenéis hijos a quienes amáis; ante todo pedís a Dios que sea de honestas costumbres y de tratos honrados.

Tenéis hijos de quienes cuidáis, como de flores delicadas, y se regocija vuestro corazón si los veis crecer, embellecidas sus naturales gracias, con santo rubor.

Sois padres; ya sabéis que una nación se compone de muchas familias: cada familia, por lo común, tiene padres, que miran a sus hijos como vosotros a los vuestros.

¿Cuántas veces los padres de familia habrán temblado pensando si sus hijos andarán en no buenas compañías? ¿Cuántas veces les habrán amonestado u obligado para que no frecuenten tratos peligrosos?

Y si hay en la aldea o en el pueblo donde vivís una mujer de fama no limpia, o al menos equívoca ¿quién permite que su hija esté en casa de aquella mujer o ande en su compañía, a riesgo de ver ejemplos u oír conversaciones no edificantes?



Ahora bien, decidme: ¿Qué es un libro malo sino un perverso maestro o un amigo peligroso? Una leyenda obscena, ¿qué es sino una mujer pecadora y perdida?

Vosotros sabéis lo que son periódicos: quizá todos los días alguno de ellos entre en vuestra casa. Pues no es más que una especie de maestro que todos los días va a dar lección a vuestra familia.

Esos que suponen que la prensa se corrige por la prensa: que el mal que cause un periódico se compensa abundantemente con el bien que otro produzca; no parece sino que imaginen que cada uno de vuestros hijos, que cada uno de los lectores, es hombre de profundo saber, de juicio sólido, señor de sus pasiones, amante de la virtud; que todos los días lee todos los periódicos; que ve y estudia las diversas cuestiones que tratan, datos, razones, y argumentos en que se apoyan para combatir y defender; y todo esto lo ve, estudia y lo examina con tan sutil discernimiento, que comprendiendo siempre cuál es la causa de la verdad, cual la de la mentira, desecha ésta y se abraza con aquella.

¡Ah! si cada lector fuese hombre tan bueno, tan instruido y de juicio tan recto, cierto que no necesitaría leer periódicos. No estaría en el caso de leer, sino en el de escribir; no en el de aprender, sino en el de enseñar.

Pero no sucede así: en primer lugar, el que lee un periódico, generalmente no lee otro: si leyendo aquel beba veneno, como no lee otro, no puede recibir el antídoto.

En segundo lugar, si imagináis cuántos lectores habrá en España, veréis que son de seguro miles y miles, y la mayor parte jóvenes en quienes viven en todo su hervor las pasiones; u hombres de escasa instrucción o de juicio débil, a quienes es fácil deslumbrar o seducir con falsos datos históricos, o con hábiles e ingeniosos sofismas.

Ello es lo cierto, que en todos casos, o en casi todos, un periódico llega a ser para un joven, o se asemeja mucho, el Maestro con quien todos los días se acompaña y de quien todos los días escucha lecciones.

Ello es lo cierto, que un hombre al fin viene a ser lo que es el periódico que lee todos los días.

Supongo yo que hay entre vosotros alguno o algunos de esos que se llamen demócratas; quizá sin saber lo que es democracia; pero que de puro leer el periódico que lleva este nombre, o *La Discusión*, u otro semejante, ha llegado a adoptar sus principios, singularmente el primero y como padre de todos ellos, el de la libre discusión.

Supongo yo que este tal, sea un hombre rico y viva en hacienda pingüe, heredada o adquirida. Tiene hijos, tiene numerosos dependientes y jornaleros, háse formado en su hacienda una como aldea o pueblecillo; él es el jefe de su familia, él es el señor de sus criados; y él además, a estos caracteres



reúne el de Alcalde, que le ha conferido la autoridad superior, para que mantenga el buen orden y la paz entre aquellas gentes. Vive feliz; procura criar bien a sus hijos, no tratar mal a sus criados y pagar religiosamente a sus jornaleros.

Supongo yo, por fin, que, así las cosas, llega un ciudadano, autónomo también, que aprendió en la corte la ciencia democrática, y se establece en un pueblo vecino; y con el deseo de difundir la ilustración y en uso de su derecho inviolable, da en hacer frecuentes visitas a la aldea de que íbamos hablando, y sin estorbar de sus quehaceres a la familia y de sus trabajos al jornalero, al anochecer, cuando todos se retiran y reposan, los reúne en la plaza e intenta propagar entre ellos su doctrina; y como el autónomo predicador profesa, no la católica, sino la racionalista, comienza por introducir la duda entre los hijos y dependientes del padre y señor de la aldea, en punto a si es o no Dios, Jesucristo; a si hay o no eternidad de gloria y de castigo; y de ahí va descendiendo a hablar sobre el repartimiento injusto de la riqueza, sobre el derecho del operario a dividir, cuando menos, entre su amo y el los frutos que solo se producen con su trabajo, etc., etc. Decidme: alguno de vosotros, por más que la eche de ilustrado, por más que la eche de liberal, ¿sufriría a este predicador nocturno?

Paréceme que allá en sus adentros pensaría. ¿Qué voy a ganar con que mis hijos lleguen a no creer en Dios? ¿Respetarán más a su padre? Y si mis hijas; cosa espánteme en un hombre, pero horrenda en una mujer; llegarán a menospreciar la religión de su madre; ¿estaría yo más seguro de su virtud? Y siendo mis jornaleros y dependientes, buenos y sencillos, pero de escasa instrucción, ¿no pueden malearle y levantarse un día y caer sobre mí, a pretexto de que soy un tirano que no reparto con ellos mis manos, o de que debo pagarles un jornal, que el valor que dan los frutos de mis campos no consiente?

¡Ah! vosotros diríais a aquel maestro: «vaya V. enhoramala, antes que en buena, y predique si gusta a sus hijos; que no lo hará si tiene buen seso.»

Y lo mismo haríais, aunque al lado o enfrente de aquel maestro malo se presentase otro bueno, y después que el primero hubiera propagado doctrinas perniciosas, este tratara de combatirlas con otras sanas: lo propio hicierais; porque ¿qué necesidad había en ningún caso de que vuestros hijos y dependientes oyesen lo malo?

Aunque de ciento, solo diez, solo cinco, solo uno, oyéndolo se malease ¿no era gran desgracia?

Lo malo además se pega, merced a la flaqueza del humano natural y cuando en él, sobre todo en la edad juvenil, hierven las pasiones; las pasiones son las que ávidamente escuchan la doctrina que las



lisonjea y cobrando fuerzas, y señoreando al hombre, hácenle a la postre esclavo; y ese esclavo, merced a ellas, andando el tiempo, llega a ser el tirano de los demás.

Elevad estos resultados a las esferas del gobierno. ¿Qué efectos ha de producir?

Millares de españoles leen un día y otro día que todo gobierno es tiránico, que abusa, que es incapaz de regir al Estado, que es bastante perverso para querer la ruina del país, que prodiga los tesoros y la sangre de los gobernados, que roba sin escrúpulo ni conciencia al pobre parido.

Y el que esto lee, vacilaba ayer, duda hoy, creerá mañana: miraba ayer con indiferencia al Gobierno, hoy le es hostil, mañana se convierte en su encarnizado enemigo.

Y si este Gobierno es cruel, y es tiránico, y pródigo, y malvado, ¿por qué no ha de probar a cambiarlo?

Otra clase de Gobierno, es, al decir de los predicadores, excelente: en él no hay abusos, no hay faena que mande, apenas exige tributos, rechaza con horror las quintas. ¿Qué se pierde en probar?

A quien muda, dirá, Dios le ayuda; pues mudemos; y he aquí ya creado un partido dentro de la nación que aborrece todo lo existente; partido al que se van uniendo, los desgraciados que atribuyen los males que afligen y afligirán a la humanidad, al desconcierto gubernamental; los ambiciosos que consideran pendiente de su voz a una fuerte falange; los espíritus inquietos, amigos de mudanzas; los criminales que ven en una revuelta el perdón o el premio de sus delitos; los que nada tienen, y esperan pescar a río revuelto. Y si el poder resiste, como suelen y deben resistir todos los poderes, aumenta el clamoreo, y el frenesí periodístico llega a su colmo, y se inflaman los odios reconcentrados, y someten a su juicio al mismo Soberano y aprenden a insultarlo, a escarnecerlo, a vilipendiarlo.

Un día triunfan momentáneamente aquellas feroces patronas, encadenadas tan solo por la fuerza: se levanta un cadalso y corre la sangre del Rey, y la sangre de los ciegos consejeros del Rey; trastórnase la sociedad; viene el caos; hasta que la virtud divina levanta a la sociedad imperecedera y a la autoridad que ha de regirla, de aquel lago de lodo y de sangre.

Y sin embargo, los Gobiernos permiten que se prediquen todas las doctrinas, que se apadrinen todos los errores, que se ensalcen todos los crímenes políticos y religiosos.

¿Qué institución resiste al no interrumpido martilleo de la palabra dañosa, llevada a todas las regiones en alas de la prensa?

Impedid la siembra, y no germinará el fruto.

La mala palabra es la madre de la mala obra.

Las teorías no son estériles.



Cada error político que se propala, preñado va de una rebelión política.

Cada error religioso, de una rebelión política y social.

Gobiernos que permiten libremente su circulación, son criminales gravísimos. Piensan que les librarán las bayonetas. Las bayonetas no detienen las ideas.

El rayo pulveriza los más duros metales.



XXXIV.

Toda la actual máquina se halla fundada en las doctrinas del liberalismo; y aun cuando quizá en otro lugar fuera más oportuna ocasión, diremos, con todo, algunas palabras sobre esto que ha trastornado tantos entendimientos.

Aseguraba un hombre insigne que pudiera ser utilísimo un libro que se escribiera sobre el poder de las palabras.

Parece raro, y es cierto; una palabra en ocasiones ha llevado a los hombres a grandes extravíos y les ha hecho cometer grandes locuras.

Una de estas palabras es la que siempre se apropia el liberalismo: libertad.

Pero la libertad no es el liberalismo: el liberalismo es a la libertad, lo que el filosofismo es a la filosofía.

El liberalismo no es el ferrocarril, ni el telégrafo, ni al juzgado de paz, ni la guardia civil, ni la forma política, ni mejora alguna, en fin, que en el orden moral, en el intelectual, en el material, contribuya al perfeccionamiento del hombre y a la grandeza de la sociedad.

El liberalismo es el hijo de Lutero, amamantado por la Enciclopedia; el padre de la revolución francesa; el hecho, digámoslo así, puramente humano, emancipada del divino.

Es la razón del hombre que sacude el yugo de la fe.

Es la voluntad humana creando la justicia.

Es la deificación del hecho consumado: la glorificación de la materia.

Es, en fin, el hombre Rey y Pontífice, que se pega a la tierra, para vivir cuan deleitosamente le sea posible, olvidado de las cosas del cielo.

Este es el liberalismo que bajo tal nombre y del de progreso, y del de civilización moderna, acaba de condenar desde su trono inmovible el sucesor de San Pedro.

Y lo que él, a quien se dio poder para ligar y desligar, ha condenado en la tierra, queda condenado en el cielo.

Este es el liberalismo que puede existir bajo toda forma de Gobierno; así como el despotismo, de quien es hermano gemelo, o por mejor decir, engendrador necesario.

Ninguna forma política está condenada por la Iglesia.

Jesucristo vino al mundo, no para decir a los hombres que viviesen en monarquías o en repúblicas; sino para decirles que fueran castos, humildes, caritativos.



Jesucristo nos mandó que diésemos al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios; bien que Dios es antes que el César, y al hombre no le conviene tanto salvar el cuerpo que muere, como salvar el alma que es inmortal.

De aquí nace que desde el principio de los siglos ha habido Gobiernos legítimos de muy diversas formas, y sabido es que en la Edad Media y rodeando a la capital del mundo cristiano, nacieron y florecieron repúblicas, que si bien pequeñas, llenaron el mundo con el ruido de sus glorias.

En una monarquía puede existir, sin género de duda, la libertad, y en una república puede existir, y de hecho ha existido, la más atroz tiranía.

¿Eran libres los Romanos en tiempo de Sila, que premiaba a los hijos, que horror de la naturaleza, denunciaban a sus padres?

O el Senado de Roma, aquella Asamblea de Reyes a los ojos de Cineas; ¿era libre cuando temblaba al mover de la frente de Tiberio?

Pues en tiempo de Enrique VIII de Inglaterra, cuya voluntad era ley y él un monstruo, los individuos del Parlamento, ¿qué eran sino miseros esclavos?

Por el contrario, en la Roma gentílica, reinando Trajano y Marco Aurelio, vivieron libre y dignamente los Romanos; porque era la ley la que imperaba y no la voluntad caprichosa de un hombre.

Y después que la Cruz adornó todas las Coronas de los Reyes, en las Monarquías cristianas, por punto general, fueron los pueblos sumisos y libres, y los Reyes benignos y justicieros.

El liberalismo, es el que ha de engendrar todas las tiranías; el Catolicismo es el que ha de engendrar todas las libertades; porque aquel en último término resuelve las cuestiones por la voluntad y la fuerza, y este por la razón y por la justicia.



XXXV.

Secuela del liberalismo es el sistema llamado parlamentario; especie de república vergonzante.

Hay un Rey que reina y no gobierna.

Rey que no gobierna, no es Rey; que en gobernar consiste el oficio de Rey.

Propio es de la soberanía seguir a los pueblos.

El Rey parlamentario, semeja al dios de los deístas. Se goza, se está recreando en las alturas del cielo; sin cuidarse de las cosas del mundo.

Como si se hubiera temido decir a los hombres, no hay Dios, ni hay Rey y deseando al propio tiempo que olvidasen al Rey y a Dios, tratóse de persuadirles que Dios no se cuidaba del hombre, y que el Rey no tenía casi otro oficio que el de sentarse en el trono.

Olvidados o despreciados, Dios deja de ser Dios para los hombres, y el Rey de ser Rey para su pueblo.

Dícese que merced a este sistema, la nación se rige por sí propia; si es así, a la postre caerá en la cuenta de que el Rey para lo que le sirve, le cuesta muy caro.

Como se hace en cierto modo partijas de la soberanía y una de ellas se pone en el Rey, y otra en lo que se llama representación nacional, y vienen a existir dos Soberanos incompletos; de ahí que se miren con desconfianza y recelo y que surja una lucha más o menos solapada y abierta, que termina al fin, o reduciendo el Rey al Congreso a una especie de Consejo; o dando el Congreso al traste con el Rey, convirtiéndole en simple Presidente.

Gobiernos son estos de transición, porque no descansan en sólidas bases.

Queremos nosotros la soberanía limitada; pero no la soberanía partida.

Queremos la soberanía en un hombre; no la queremos en una muchedumbre.

Me se concibe un Soberano con un millón de cabezas.

Todas las formas de Gobierno, como todas las cosas humanas, son imperfectas: por punto general, parécenos serlo menos la monarquía.

Un hombre nacido en un lugar muy alto, en las gradas del trono; un hombre que es fuerte, que es grande, que en cuanto cabe en el mundo es dichoso; un hombre que nada tiene a que aspirar y nada que temer, ese hombre par a ser un Rey malo, necesita haber nacido un monstruo.

Gobierno débil y temporal; receloso; Gobierno corruptor y corrompido; opresor y tiránico.

Gobierno fuerte y estable ¿qué le queda bajo el cielo que desear, sino las bendiciones de Dios y el amor de los pueblos?



Porque fuera de eso ¿no lo tiene todo?

Cabe en lo posible que el Rey no sea bueno, cegado por consejeros viles: cosa prudente parece que las leyes fundamentales del pueblo presten memos para evitar abusos. Por eso dijimos que la monarquía, a nuestro modo de ver, había de ser limitada: lo está, además de por la divina, por las leyes fundamentales, por las costumbres, por las grandes corporaciones, por las Cortes del Reino.

Pero han de ser Cortes a que concurren los hombres más dignos del país, los que en verdad le representen; *a exponer necesidades, a ilustrar con sesudos consejos, y caso necesario a reclamar enérgicamente al Rey sobre los abusos de sus Ministros.*

Un Rey, reinando y gobernando *con el consejo de las Cortes*, parécenos en los tiempos presentes la forma más aceptable de Gobierno.

Este es el derecho de España.

Después de la Religión, el Rey... En cuanto a la representación del pueblo, ha variado: por punto general en casi todos los siglos estuvo representado ante el trono. Fueron los Obispos sus representantes, cuando la Iglesia lo era todo; fueron también los Magnates, cuando eran muchos; pechos incontrastables y brazos robustos en la heroica guerra contra los Moros: en adelante las ciudades alzaron pendones y se hicieron guerreros ilustres: se sentó el pueblo en los Consejos, de los Reyes y los Reyes deseosos de abatir la altivez de los Nobles, concertáronse secretamente con ese pueblo y se expulsó a los Nobles de las Cortes y las llenaron los ciudadanos. Después esos ciudadanos se corrompieron, o cansóse de ellos el Rey, y cuando necesitó advertencias o luces, fue a buscar aquellos y estas en el antiguo Consejo de Castilla.

En este punto la Constitución española ha variado.

Pero si se ha podido vivir sin Cortes, no se ha podido vivir sin Dios y sin Rey. España con Cortes o sin ellas ha andado en todos los siglos detrás de una cruz y de un cetro.

Y como puede decirse que desde el origen de la monarquía, los Reyes de España, ora combatiendo con los Sarracenos, ora paseando sus banderas por toda Europa contra los enemigos del nombre católico, ora descubriendo y conquistando nuevos mundos, han servido siempre la causa de Dios y de su Iglesia; no parece sino que en cierto modo la Religión y la monarquía han andado unidas y se ha confundido en uno, el amor de España a su Dios y el amor de España a su Rey.

Por eso si llegara a triunfar, no podría vivir largo tiempo la república; ya porque esta forma de Gobierno no es posible en grandes países de antigua historia; ya porque, los Españoles son de condición de suyo tan altiva, que no se avienen a inclinar la cabeza delante de un hombre o de algunos



hombres más o menos distinguidos; pero que no tienen el *quid divinum*, que resplandece en la frente de los Reyes.

Pronto nos mofaríamos del primer Cónsul; pronto nos mofaríamos de alguno de los Generales que ocupase el puesto de nuestros Reyes; y todo el pasado de España y todos los monumentos de España y las sombras de todos los Españoles que han muerto implorando a Dios e invocando a su Rey en veinte siglos, se levantarían contra advenedizos, iguales a nosotros, que porque ciñesen una espada al lado, o porque arengasen con fácil y elegante palabra a la multitud, quisieran habitar ¡pigmeos! el inmenso palacio de los Monarcas

Considerad toda Europa. ¿Podemos llamar república al Valle de Andorra; media docena de pueblecillos que viven independientes de Francia y España? No: solo merecen el nombre de república algunos cantones suizos, pueblos pequeños, pobres, sobrios, aristocráticos.

Decimos aristocráticos; porque realmente aquellas Repúblicas lo son: no manda allí la muchedumbre, mandan pocos y los mejores.

No ha habido, no puede haber república verdaderamente democrática en Europa.

¿Las hubo en el mundo antiguo? Tampoco. Si Atenas lo fue, era, puede decirse, una sola ciudad y pronto pereció: Lacedemonia un convento; y Roma, la gran república, lo fue solo teniendo generosos patricios y esclavos abyectos. Cuando se hizo democrática, apareció César. La muchedumbre, al apoderarse de una corona, pronto, no sabiendo qué hacer de ella, la entrega a un guerrero, y en breve se cansa del guerrero.

Pues observad el Nuevo Mundo. ¡Qué repúblicas, Dios santo, qué repúblicas!

Dejad a un lado a esos Dictadores continuos, miserables Reyezuelos de un día, pueblos juguetes de tiranos, siempre en agitación perpetua y en lucha perenne: fijaos en la República modelo.

A un país inmenso y riquísimo, acudieron desterrados de toda Europa: sobrábales tierra: podían, trabajando, hacerse ricos: trabajaron, crecieron, enriquecieron: a los cuarenta años era un pueblo numeroso. Algunos de los que no ven muy lejos, lo admiraban. Un filósofo insigne, dijo: esperad un poco: los Estados-Unidos son ahora un niño; dejad que se hagan un hombre.

Se hizo hombre: ved lo que aconteció ayer en aquel desdichadísimo suelo. Todas las artes de la civilización se pusieron al servicio de la más horrenda barbarie. Los Hunos renacieron. Esa guerra fue una inmensa carnicería. La república de los Estados-Unidos, no vivirá, única, tanto como ha vivido hasta ahora. ¿Qué es un siglo para la vida de las naciones?



Y si hoy existe, atribuidlo a que pueblo sin ayer, al establecerse, se estableció con el asentimiento de todos.

No nos habléis, pues, de república; no nos habléis de Gobiernos que se apoyen en el sufragio de algunos, de los más, o de todos, porque es base falsa y movediza.



XXXVI.

Como que no todos sois Diputados, ni Presidentes de la República, y por lo tanto no todos iguales a los Diputados y Presidentes, os aseguran que con ese sufragio que os corresponde por derecho natural, os igualáis todos; porque si tenéis derecho de nombrar a los legisladores, y los legisladores no son más que vuestros representantes, vosotros sois los que legisláis. Componéis nada menos que la soberanía nacional.

En todos tiempos ha habido lisonjeros: en los pasados se refugiaban en los Palacios; hoy descienden a las cabañas.

¡Plaga funestísima del linaje humano!

Adulaban a los Reyes para mandar en su nombre: ahora adulan a los pueblos para hacerse señores.

Ensordecid a esas lisonjas, que en vez de traeros felicidad, os han de ocasionar ruina; y aunque sea grato oírlas o sea grato escucharlas; que os sea más grata la voz de la verdad, aunque suene más austera.

No es derecho, no, no es derecho natural, ni sería conveniente al mismo pueblo; sino grandemente pernicioso.

Tener cada hombre su particilla de soberanía; ser igual el más débil, al más fuerte; el más pobre, al más rico; el más ignorante, al más sabio; hacer leyes y gobernar al mundo, ya que no pueden por sí, por medio de sus elegidos; eso es absurdo, monstruoso e imposible.

¿Podrían todos gobernar por sí? ¿Quién soñó tal cosa? Objetará alguno que podrían, a no ser grande la nación, reunirse, discutir, concertarse los ciudadanos de ella...

Absurdo también.

Suponed que sea la nación muy pequeña: que se reduzca a un solo pueblo de quinientos vecinos; bien lo veis, pueden reunirse al anochecer en la plaza pública, tratar de las cosas del pueblo, dictar providencias para conservar en él la paz, y promover en artes y oficios, en todo en fin, un saludable progreso.

Pueden reunirse, discutir, votar. ¿Ha sucedido eso en el mundo? ¿Puede suceder?

El criado de un rico, ¿tendrá igual derecho que su amo? No puede tenerlo, porque ha de callar en presencia de él, porque necesita de él para vivir.

El mísero jornalero, ¿podrá oponerse a los propietarios riquísimos? Si al día siguiente no le dan jornal, sus hijos no tienen pan.



Los de fama equívoca o dudosa, los que en la opinión de las gentes pasan por no muy honrados, si se levantan a contradecir a los ancianos, tan respetables por sus canas como por sus virtudes, ¿no serán silbados por la muchedumbre?

Y sobre todo, los muchos que carecen de toda instrucción, en quienes la razón escasa les hace hasta dependientes de sus propias mujeres, ¿querrán, por ser muchos, prevalecer sobre los pocos, instruidos, que por larga experiencia, o por esmerada educación, o por ingenio natural, que deben a Dios, son los oráculos del pueblo?

Pocos son, ya os lo hemos dicho, los nacidos para mandar: destinada está la muchedumbre para obedecer.

Si esto es verdad en un pueblo reducido, mayor verdad es, si cabe, en una gran nación. Porque en un pueblo quizá se encuentren diez entre ciento que conozcan las necesidades y el remedio de estas necesidades; pero en una nación grande no se encontraría ciertamente uno entre mil.

La ciencia de lo que necesita un pueblo, no es fácil; la ciencia de lo que necesita un país, en relación con todos los del mundo, es difícilísima.

Pues si cien hombres, o mil, o un millón, aunque pudieran reunirse y tratar de las cosas de la República, no se concibe siquiera que decidiesen como iguales; tampoco puede concebirse que lo sean para elegir a los que han de hacer leyes y gobernar; porque esto en cierta manera es gobernar indirectamente por medio de ellos.

Hoy que el derecho de elegir se otorga solo a pocos, ya sabéis por experiencia cuántas turbaciones trae, cuánta Corrupción engendra, cuántos males origina.

Crean algunos utopistas que esos males desaparecerían y amenguarían la corrupción si se extendiese el sufragio; si en vez de ser doscientos mil los votantes, fuesen cuatro millones de ciudadanos.

¿Y por qué? ¿Y cómo podría realizarse este prodigio? Si ahora a muchos, que tienen, se les achaca falta de independencia, ¿es conforme a razón natural que tuviesen esa independencia los muchísimos a quienes se concediera el derecho, no pudiendo vivir de lo suyo, y necesitando del jornal, del préstamo, del pan de algunos ricos? Estos, ¿no influirían en ellos? Ellos, ¿no habrían de seguirles, por la cruda necesidad, servilmente? Y si los que pasan y son en realidad los más instruidos, o, como ahora se dice, ilustrados, abusan de ese derecho, ¿es conforme a razón natural creer que usarían bien de él los no instruidos y los ignorantes?

Es como si se afirmase que la peste haría menos víctimas aumentando el número de los invadidos.



El Gobierno no podría influir, se dice, tan eficazmente sobre mil como influjo sobre ciento. ¡Ah! Si no lo hacía el Gobierno, lo harían los jefes de los partidos, o de las fracciones.

Y también el Gobierno: porque al cabo, ¿quiénes son los que en este o en el otro pueblo disponen de la voluntad de sus habitantes, mayormente cuando se trata de cosas que directamente no les interesan, o cuyo perjuicio o cuyas ventajas no ven con sus propios ojos o palpan con sus propias manos? Es un prohombre, dos, tres; no más: halagando o comprando a estos, se tiene a la muchedumbre.

Hoy se dice que por mil reales se compra la conciencia de un hombre que tiene seis mil de renta. Yo os digo que mañana, proclamado el sufragio universal, se compraría por mil reales la conciencia de ciento.

Una comida, para ellos pobrísimos, opulenta, o el vino codiciado, producirían eso, que no sería milagro.

Muchos votos: ¡Gran materia para que turben los revueltos a la República, o para medrar, o para oprimir!

Estáis pensando y diciéndoos interiormente.—Los que escriben estas líneas no nos adulan, tienen razón; pero al sufragio, tal como hoy se conoce, es ocasionado a muchos males.—Verdad es; pero deducid de ahí, que si lo poco hace mal, lo mucho lo haría mayor.

Mas no creáis que nosotros no juzgamos necesitado el actual sistema de grandes reformas: tal como hoy se verifican las elecciones, son acerba calamidad para los pueblos, no compensada con bien alguno; porque al cabo y por panto general, salvas excepciones, no son los que resultan elegidos los naturales y verdaderos defensores de los intereses el país.

Y si no, ved los que rehúyen ser Ministros; ved los que se niegan a ser Empleados; ved los que no visitan los Ministerios por la contrata, o por el negocio; preguntad si la mayor calamidad de las oficinas no son los Diputados.

Hay, pues, necesidad y muy urgente de radical retoma. Ardua empresa acertar; mas el deseo del acierto y de vuestro bien, vive, Dios lo sabe, en el corazón de los que escriben estas líneas.



XXXVII.

La razón lo concibe; la experiencia lo ha demostrado.

El sufragio universal lleva en sus entrañas la revolución.

Cuando no engendra la revolución, es porque parió a la dictadura.

La dictadura es la voluntad de un hombre, superior a las leyes.

Si hemos de decir completamente la verdad, el conceder meramente el sufragio a la riqueza, entendemos que es vicioso sistema: a la larga no puede prevalecer: un día y otro día combatido, al fin ha de sucumbir; si no a los golpes de la lógica, por la fuerza del número.

Porque en verdad los que no pagan han sido siempre, son y serán muchísimos más que los que pagan.

Este principio de elección ha engendrado entre los hombres tantas discordias, es tan ocasionado a la corrupción es tan difícilmente conciliable con la paz pública; que casi todos los pueblos antiguos en que florecían más o menos las libertades, hubo de acudirse a la *insaculación*: y aunque ahora este solo nombre da ocasión a burlas; lo cierto es que por necesidad imperiosa y por restablecer la paz, no solo el máspreciado de los bienes, sino el bien por excelencia sin el cual todo es mal, hubieron de adoptarlo muchas naciones y varones eminentes la defendieron; entre ellos Montesquieu, testigo para los amantes de eso que llaman liberalismo, verdaderamente irrecusable.

Absurdo es, dicen algunos, confiar a la suerte ciega la elección de hombres que han de entender o intervenir en el Gobierno de los pueblos.

También es absurdo, diremos nosotros, confiar a esa misma suerte la designación de Rey que ha de regir y gobernarnos.

Porque el primero que nace de un tálamo real, ese es el Rey. ¿Y quién duda que el segundo o tercerogénito pueden ser o más sabios o mejores que el primogénito?

¿Y quién que éste pueda ser hasta indigno del imperio?

La razón lo condena: mal hemos dicho, la razón, mirando la cuestión bajo un solo aspecto; porque si los abraza todos, lo comprende como conveniente; si estudia la historia, lo reputa necesario.

Ha muchos siglos, que no se duda en el mundo de las excelencias de la monarquía hereditaria, sobre la monarquía electiva.

Pues así como la suerte ciega, designando al que se ha de sentar en el trono, favorece o es más beneficiosa a los pueblos, que la voluntad inteligente de algunos Magnates o de una muchedumbre;



de igual manera y por idéntica razón, habrá de serlo, designando a los que debieran sentarse en los escaños del Congreso.

Mas no es de olvidar una diferencia notabilísima: que la suerte es ciega en el primer caso; pero en el segundo puede no serlo; porque no es ella la que insaculada o elige: ella solo designa entre los insaculados o elegidos; y claro es que la ley podría disponer que solo formasen este número, aquellos que por su posición social, o por ocupar los lugares mejores y más ilustres en todas las profesiones, artes e industrias, dieran fianza, digámoslo así; que rara vez debía ser equívoca o salir fallida; de que eran dignos, por su probidad e inteligencia, de entender en los negocios del Estado.

Gran ventaja había con ello; en que el país dividido ahora, fraccionado, en plena discordia, en guerra inacabable, lograrse de un golpe la paz; y que merced a la paz, fuese posible la justicia, madre y guardadora de todos los derechos.

Bien puede decirse que en el saco que los pueblos libérrimos de Navarra y Aragón no despreciaron, se metían, para ahogaras y matarlas, todas las discordias y todas las corrupciones que hoy trabajan y gangrenan el cuerpo social.

Mas caso de que no desengañados todavía por una dolorosa experiencia, prefiriéramos seguir como tanteando o poniendo a más pruebas el principio de elección; entendemos que siempre el actual debiera sufrir radicales reformas.

Porque si los diputados deben ser los elegidos de la Nación, los que verdaderamente representen sus necesidades, Sus intereses, sus deseos; ello es lo cierto, que los cien o doscientos mil electores que pagan desde cuarenta mil duros a quinientos reales, no son la nación.

No son las fuerzas vitales, la majestad, la grandeza de la nación.

Son una de sus fuerzas, porque lo es la riqueza; pero no son todas sus fuerzas, ni ciertamente la fuerza principal.

La principal es la Religión: después las ciencias, la agricultura, el comercio, las artes, las industrias, la riqueza.

Por ello entendemos nosotros que se aproximarla más a la verdad el sistema y que podría defenderse con mejores armas de los ataques democráticos, si la elección se verificara por clases.

Si la Iglesia tuviera sus representantes.

Y la gran propiedad de las ciudades.

Y la gran propiedad de los campos.

Y la Magistratura, que representa la majestad de las leyes.



Y las ciencias, que representan la grandeza del genio.

Y las artes, que representan sus bellezas.

Y la industria y el comercio, que representan su actividad.

Quitad de un país artes, ciencias, agricultura, industria, comercio, justicia y Religión, y nada queda en ese país.

Los hombres más distinguidos o más eminentes, que ejercen industria, cultivan artes o ciencias, se sientan en los tribunales, o velan a las puertas de los templos; esos son el país.

Aquellos a quienes estos elijan, el país los ha elegido.

Y en verdad que les elegidos por la Iglesia, podrían tener, y de hecho tendrían, el carácter de Procuradores especiales de los humildes y de los pobres; porque de estos, la Iglesia en todos tiempos ha sido Madre cariñosa.

Mas si se quisiera, aun pudiera haber y holgáramos que hubiera, además de estos, otros Procuradores, digámoslo así, de los pobres: no elegidos, que esto no era posible, por la muchedumbre de los que legalmente reputamos tales; sino elegidos por Curas Párrocos en unión de las personas piadosas que forman todas las Juntas de Hospitales y Beneficencia del Reino.

Cabía hablar mucho en este punto: hasta a nuestro propósito apuntar estas ideas. ¡Cuestión difícil! Necesita, sin embargo, resolverse y pronto, o acabamos de corrompernos todos los Españoles hasta la médula de los huesos; y la corrupción es la muerte.



XXXVIII.

La libertad no es fin, es medio: el fin que se propone el hombre, en cuanto materia, es ser feliz en la tierra; en cuanto espíritu, gozar de Dios en el cielo.

Nació libre, porque es racional; porque si no, ni merecería, ni desmerecería.

Pero si por ser libre se abraza con el mal, libertad es de perdición: esa no es verdadera libertad.

Cuando el hombre, batallando consigo mismo o con sus pasiones, las tiene a raya, las sujeta, las doma y obra, señor de ellas, conforme a recta razón; entonces, porque hace buen uso del don recibido del cielo, es verdaderamente libre.

En las naciones actuales, ¿qué puede desear el hombre? Vive en sociedad, tiene familia, posee campos, ejerce industria.

Puede desear que las leyes del país en que vive sean justas, rectos los Magistrados; de modo que no se atropelle su persona; que la ley guarde la puerta de su casa; que no se le prive de la libertad, sino en el caso de ser merecedor de castigo, por haber quebrantado las leyes.

Inviolabilidad de la persona.

La protección que quiere para sí, ha de quererla para su familia; ha de querer que la ley afiance los derechos que tiene sobre ella, Señor y como Rey de la misma: que su casa sea su pequeño reino, donde pueda otear con entera independencia, donde nadie tenga derecho para turbarle, donde pueda con entera seguridad entregarse a la vida doméstica, como en lugar sagrado; excepto en casos rarísimos en que la seguridad social se viere en peligro por sus crímenes o asechanzas.

Inviolabilidad del domicilio.

Tiene propiedad: la ley se la debe defender contra el hombre de mala fe que fraudulentamente intentare arrebatársela, o del salteador que se la robe en todo o en parte; sin despojarle jamás de ella, sino en casos extremos, no por la comodidad, sino por la absoluta necesidad del bien público.

Inviolabilidad de la propiedad.

Asegurada su persona, su casa, su propiedad, si es hombre de ingenio, si cultiva las artes, si ejerce la industria, tiene derecho a que la ley le proteja en el ejercicio de unas y de otras. Tiene derecho a hacer valer los dones que ha recibido de Dios; y si es que le tocó en lote la clara luz del talento, o la llama vivísima del genio; tiene derecho a poder, con el estudio, hacer más grande y más fecunda la riqueza que posee y a influir en el gobierno de la sociedad, llegando a sus altos puestos; porque a esos puestos llama Dios, callada, pero evidentísimamente, a los que ha dado más luz, para que con la que tienen de Él, desde altos lugares sean consejeros y guías de los demás hombres.



Estos entendemos nosotros que son los verdaderos derechos del hombre: inviolabilidad de la persona con tal que no falte a las leyes de la sociedad en que vive: respeto a su domicilio, con tal de que no le sirva de laboratorio para perturbar el pueblo que le defiende: respeto a sus cosas protegidas por la ley contra el fraude y el crimen, y contra las arbitrariedades del que manda; y medios en fin que debe facilitarle la sociedad y nunca estorbarle, para que el hombre, perfeccionándose, pueda llegar a ser lo que Dios quiere que sea, atendidos los dones con que le haya favorecido.



XXXIX.

¡Libertad de conciencia!

Vale tanto como decir: libertad de pensamiento.

Dios solo ve el espíritu en el corazón del hombre: el ojo humano no alcanza a leer en esas profundidades.

El hombre, como ser libre, puede usar o abusar de los dones de Dios. Puede ser hijo sumiso o hijo rebelde. Puede desconocer, puede negar a Dios. Responderá quien ha sido su Autor; ante quien le espera para juzgarle a la otra parte del sepulcro.

Mas cuando se dice libertad de pensamiento, se dice libertad de hablar y de escribir.

Cuando se dice libertad de conciencia, se dice derecho reconocido por las leyes en el hombre, de adorar al Dios de nuestros padres o al dios que él se finja, o de negarle con desprecio de toda ley divina, presencia de la autoridad y de los demás hombres.

¿Tiene el hombre ese derecho? ¿Lo tiene en España?

En España no lo tiene⁴.

¿Debiera reconocérsele? Vosotros habréis pensado sobre ello, o si no, meditaréis breves razones que expondremos, y hechos jueces, decidiréis.

Hay insensatos que, porque el hombre es libre para elegir el bien o el mal, se rebelan contra un único culto: el poder social, dicen, a pesar de ser yo libre en mi conciencia, me impone una religión, sin consultarme si es la mía.

No, no es cierto: el poder social no impone, no puede imponer religión alguna; pero la ciencia cristiana poseedora la verdad infalible, dice cuál es esta verdad, y se esfuerza para que todos sigan su camino.

Y el poder social que lo sigue, no debe permitir que el evidente error religioso se alce rebelde y se ponga frente a frente de la verdad religiosa por actos externos que turben las creencias de todo un pueblo y le dividan; y de uno y amigo, le conviertan en dos y enemigos.

Si porque el hombre es libre no puede impedirle la enseñanza de una religión errónea ¿por qué ha de impedirse la enseñanza de una moral errónea?

Diga que es coartar su libertad el que la sociedad le imponga una moral sin consultarle, si aquella moral no es la suya.

⁴ Téngase presente el tiempo en que se escribió esto.—*Nota de los editores.*



Diga que es tiranía prohibirle que profese públicamente y que enseñe la doctrina de que el robo, el asesinato, el adulterio, el mismo parricidio, son acciones laudables y virtuosas.

Diga que por ser hombre, Dios le hizo libre, y porque le hizo libre, tiene derecho para creer en estas doctrinas, y sostenerlas de palabra o por escrito, y enseñarlas en el libro o en la tribuna.

¡Insensatos, que se consideran en el mundo como si hubieran caído de las nubes, o nacido como los hongos, de la putrefacción de la materia; sin norma, sin reglas anteriores y divinas, sin tradiciones, sin conocimientos acumulados, sin lazos sociales, sin más que su individualidad soberbia a quien referirle todo; sin más que su razón para medirlo todo; sin más que su entendimiento para abarcarlo todo; sin más que su voluntad para ejecutarlo todo!

¡Insensatos, que olvidan que hay leyes morales y religiosas preexistentes, grabadas en el corazón del hombre por el mismo Dios, y a las cuales han de sujetar los extravíos de la mente y las flaquezas del corazón!

Y este mismo hombre, aplicando su incredulidad y su orgullo a la medicina, por ejemplo, será Médico y se quejará o podrá quejarse de que se le sujeta a la doctrina de los que se llaman maestros; de que así se le imponga el yugo de las opiniones ajenas; de que se coarte su libertad científica, enseñándole y obligándole a enseñar, si enseña, que el ácido prúsico mata como el rayo.

¡Pobre loco, que fía en sus fuerzas individuales y en su flaca razón, más que en los preceptos del Altísimo, más que en la reunión de las fuerzas sociales, más que en la razón universal!

¡Pobre loco, que desprecia el trabajo de sesenta siglos y solo cree justo y bueno y laudable, lo que él alcanza y como lo alcanza!

¡Pobre loco, que tiene que sucumbir a cada momento ante la inmensa pesadumbre de los obstáculos y de las fuerzas y leyes físicas, y no quiere reconocer obstáculos y fuerzas y leyes en el mundo moral!

Libre es, a pesar de todo, de creer que con el ácido prúsico curará las heridas; pero si pone en práctica su pensamiento, si traduce en hechos su creencia científica; se prohibirá el poder social; porque no puede permitir que alegando la libertad de su naturaleza, practique un error que mataría el cuerpo de los asociados.

Libre es en creer que no hay Dios, o que Dios no cuida de los hombres, o que le son indiferentes los cultos, o que todos ellos no son más que invenciones de los Sacerdotes; pero no es libre para enseñarlo y predicarlo, y si lo enseña y predica, el poder social no debe permitirlo; porque no puede permitir, ni tolerar, ni autorizar, que se mate el alma de los asociados.



Esto pensaréis, si meditáis en tan grave asunto; pero de seguro antes de meditar os habrá asaltado una idea.

¿Qué necesidad hay, o qué conveniencia puede resultar de que mañana una ley hecha en Cortes autorice a algunos españoles o extranjeros, para que en frente del templo donde se adora a Jesucristo, se levante una mezquita donde se rinda culto religioso a Mahoma?

¿O qué necesidad hay, o qué conveniencia, en que se autorice mañana al que tenga capricho de ello, para escribir obras en que se encomie el ateísmo, atacada la Iglesia, negada la divinidad de Jesucristo nuestro Dios?

¿Qué ventaja o qué utilidad?

¡Cuántos daños y cuántos estragos habían de resultar al pueblo español de una ley tan insensata y tan estúpida!

El hombre que no cree, verdaderamente es un hombre desgraciado. No hay desdicha, no hay miseria, no hay flaqueza mayor: ni en los dolores ha de encontrar consuelo, ni en las adversidades fortaleza.

¡Cosa horrenda vivir dudando, y morir dudando!

Pero en fin, si hay hombre tan desgraciado que no crea, nosotros no hemos de forzarle a creer. La fuerza no convence; ni en España se fuerza a nadie. Viven muchos olvidados de Dios, o sin pensar que hay Dios. Para ellos y con ellos no hablan los preceptos de la Iglesia.

Comprendemos bien que en estos tiempos (y digo en estos, y digo en los actuales, porque sobre otros que pasaron, y sobre la intolerancia que en ellos se supone, encontraremos en adelante materia al discurso) en los tiempos actuales, repito, se comprende bien que no se espíe al español que viva como si Dios no existiera: se comprende esa triste libertad y se tiene esa triste libertad.

Pero de aquí a que se autorice a un hombre nacido en tierra católica o que habite en ella, huésped bien acogido, para que directa o indirectamente ataque la religión de España y de todos sus hijos, hay verdaderamente inconmensurable distancia.

En un país menos favorecido del cielo, en que por causa u ocasión de antiguas guerras, o por la diversidad de religiones que profesaban sus pueblos, unidos después con lazo común, formando una gran nación, exista y se consienta eso que se llama libertad de conciencia, libertad de cultos; doloroso es; mas necesario y aun justo parece; pero en una nación que como en España había solo dos cultos, el del Dios verdadero y el del impostor de Meca; en que bajo los pendones de Jesucristo o de Mahoma, se combatió por siete siglos, hasta que se arrojó al mar, lanzada de España, la media luna, y no quedó reinando en ella sino un solo Dios, el Dios verdadero; en esta nación en que afortunadamente hace



siglos que no se levantan sino templos católicos; el deseo de quebrantar esta unidad, el deseo de dividir más a los españoles, y en lo que es más esencial a la vida de la sociedad y del hombre; ese deseo solo es una locura; y si no fuese locura, sería un crimen.

Ciegos y desalumbrados están los que hoy claman por libertad de cultos, y tiene chiste y donaire que se proclamen a sí propios esos hombres, órganos venaderos de la pública opinión.

¿Qué provincia, qué ciudad, qué pueblo, qué aldea ha pedido en España esa funesta libertad?

Cada uno de vosotros, que en estos momentos leáis este libro, responda a la pregunta que hacemos. ¿Quién la ha pedido en España? ¿Quién de ella necesita?

Examinad de cerca a los que la pidan, examinadlos, y observad si creen en algún Dios que no sea Jesucristo.

¡Ah! Ellos no creen: pues no necesitan esa libertad: no necesitan levantar templo al dios que adoren los chinos o los cafres.

No necesitan templo los que no tienen Dios.

Si ellos no sienten esta necesidad, ¿por qué os parece que pedirán la libertad de cultos?

No quisiéramos nosotros, Dios lo sabe, formar juicios temerarios; mas de cierto que la piden en odio a la Religión de sus padres y de nuestros padres.

Ellos no creen, y es natural que deseen que todos dejásemos de creer. Paréceles instintivamente que se sentirían más tranquilos, si el género humano se hiciese incrédulo. Como acontece en una ciudad en que ha estallado la revuelta, que deja sin autoridad a la Ley y sin fuerza a los Magistrados; que los revoltosos quisieran que todo el pueblo les siguiese, a fin de que se perpetuase la revolución o se hiciese imposible el castigo, caso de que la Ley o el Magistrado recobrasen el debido señorío; así los hombres que se han rebelado contra Dios, por estas mismas razones codicia que, a ser posible, todo el género humano les siga en su rebeldía.

Vamos a cuentas. Vivís en un pueblo: tenéis vuestra Iglesia pequeña, Madre querida: en ella os bautizaron, a ella acudís, y postrados a los pies del Confesor, arrojáis del alma pesos, a veces, terribles. En ella os acercáis a la Sagrada Mesa: delante de las efigies de los Santos que conocéis y los que rezasteis desde niños, aliviáis los tormentos del corazón. Uno es vuestro Pastor, uno vuestro Dios. Fácilmente comprenderéis que siendo así, no mirando ahora al bien espiritual de las almas, sino a la tranquilidad de las familias y a la paz del pueblo; existe esperanza de que, si llegan a turbarse, merced a odios encarnizados, los enemigos mis acérrimos pueden reconciliarse; porque tienen una casa común, un solo Pastor y un mismo Dios; porque al acercarse al Confesonario o a recibir el Sacrosanto



Cuerpo de Jesucristo, se les dice ¿Aborrecéis a alguno? Pues antes id y reconciliaos con él y volved después y recibiréis los dones celestiales: nadie puede entrar en la casa del Señor con el odio en el corazón.

Considerad si es esta grande y preciosa ventaja..

Suponed ahora que en frente de esa vuestra Iglesia se levanta una pagoda, un altar en que se adore a un dios desconocido: un dios, permitidnos este lenguaje, enemigo de vuestro Dios.

¡Oh, qué larga semilla de horribles discordias! Pues si en ocasiones sucede que el pueblo se divide en bandos, prontos a acometerse con furor encarnizado, porque uno de esos bandos ama y sigue a una persona principal, y otro a otra que es su enemiga, ¿qué no pudiera suceder dividido el pueblo, y parte de él armado y defendiendo, permitid este lenguaje, la causa de su Dios, y otros la causa de un dios su enemigo?

Rota está la unidad, destrozados los lazos que unían a los hombres, perdida la esperanza de reconciliar a los que se aborrecen, haciéndoles postrar delante del Dios que los ha creado y ha de juzgarlos.

Esta unidad, este lazo, eran no solo fiadores de paz, sino dadores de fuerza inmensa a los pueblos.

Hijos de un solo Dios, mirábanse todos como hermanos: reinaba entre ellos o debía reinar absoluta confianza: en las grandes y públicas aflicciones encontraban consuelo unos en otros: en los grandes conflictos podían levantarse animados del mismo espíritu como un solo hombre, para defenderse y combatir a sus enemigos.

Hay diversidad de cultos, hay intranquilidad en las familias: tiembla el padre al saber, al sospechar que un joven que profesa distinta religión, mira con amor a su inocente hija. Si ganado el corazón de esta, se arroja ciegamente en sus brazos, ¿qué felicidad le espera en la intimidad del hogar doméstico? En aquel hogar encontrarán dos dioses. Sus hijos, ¿a qué dios adorarán sin que el padre o la madre no lloren con lágrimas inconsolables, creyéndolos uno u otro perdidos; desesperando uno u otro de encontrarlos y reunirse con ellos después de esta vida fugaz, en otra perdurable?

¡Ay, amigos nuestros! Cuando os digan que en otras naciones, que se dicen ilustradas, se mira con desdén y lástima a España, porque no admite la libertad de cultos; contestad a los que eso os digan, que mienten: esas naciones no miran con lástima a España; la miran con envidia.



XXXX.

La familia es una sociedad perfecta: pequeña sociedad, imagen de la gran sociedad que llamamos pueblo o nación.

De muchas sociedades pequeñas, fórmase una grande: si son aquellas virtuosas, esta es moral y bien ordenada.

Cada una de estas sociedades pequeñas tiene sus jefes: estos jefes cuidan y educan a sus hijos, que, hechos hombres, forman la nación o el pueblo.

En la familia, el padre es en cierto modo el Rey; la mujer es el consejo: padre y madre han de instruir y educar a los hijos para que sean Dueños ciudadanos y buenos cristianos; útiles a la patria mientras su peregrinación por el mundo; y después de ella, ciudadanos de otro mundo mejor.

La base de la familia es la perpetuidad del matrimonio; la Religión lo bendice, y le pone, digámoslo así, un sello sagrado, para hacerlo imagen santamente hermosa de la unión de Jesucristo con su Iglesia.

La Religión lo hace santo para que sea indisoluble.

En los antiguos tiempos, por ciertas causas, se disolvía el matrimonio; el marido podía buscar a otra mujer: la mujer podía darse a otro hombre.

Cuando Jesucristo lo elevó a Sacramento, ya no pudo romperse el lazo, mientras durase la vida de los consortes: solo la muerte podía desatarlo.

El divorcio, siempre pernicioso, lo sería infinitamente más en las sociedades modernas que en las antiguas; más entre los habitantes de cultas ciudades, que en los habitantes de los campos.

Entre estos, necesitados más del auxilio mutuo, con menos tentaciones y generalmente con más vigorosa salud, el divorcio sería raro. La falta de enfermedades que repugnan y de tentaciones que seducen, arrancarían con menos frecuencia al marido de los brazos de la mujer, y a esta de los del marido.

Aun humanamente considerándolo, el divorcio sería un mal sobre todo encarecimiento grave: acabaría con la familia. Únense hombre y mujer delante de Dios, y son dos en uno. Los dos llevan el yugo, y ponen, por hablar así, en común las alegrías y los dolores de la vida.

Son dos almas que se han mezclado y confundido: saben hasta el último secreto de su corazón. En ocasiones la mujer o el marido padece gravísima enfermedad, o quizá incurable; de aquellas que pueden causar perpetuas e invencibles repugnancias: el consorte más afortunado ha de sufrir mucho: sufra, pero gócese, porque se le brinda ocasión de grandes merecimientos: sufra, pero gócese, porque



es fiel compañero y puede consolar los dolores y embalsamar las llagas del menos afortunado que le amó, y que es infeliz; porque no puede hacerle dichoso. En ocasiones, contrarios o adversos los caracteres, o teniéndolo uno de ellos áspero o vicioso, forma la perpetua desgracia del consorte: sufra pero gócese, este, porque la resignación es una virtud, y su corona está en el cielo.

La verdad es, que si tras de este mundo no hubiese otro mejor, así como no se concebiría que se respetase la propiedad, tampoco se concebiría que existiese la indisolubilidad del matrimonio.

Por ello los incrédulos, cuando son lógicos, defienden el divorcio.

¿Qué cosa más natural, viviendo para el goce, que no forzar a hombre y mujer que no se aman, a vivir bajo el mismo techo?

¿Qué cosa más natural que viviendo penosamente se procure, rompiendo por todo, vivir gozando?

Pero, ¿habéis nacido para el placer, o habéis nacido para dominar el mundo material y el moral: para cumplir los grandes destinos que a la humanidad señala el Creador; para luchar con las pasiones, y derribarlas, y poner sobre su cuello vuestro pie victorioso, y ser dignos de llamaros hijos de Dios?

Pues si para esto habéis nacido, deberes austeros tenéis que cumplir, y cumpliéndolos se elevará vuestra alma por el combate y por el sufrimiento.

Propio es del hombre no dejarse llevar cual ligero vilano por el menor venticillo; sino resistir potente el huracán de los placeres y de los dolores, como la encina secular arraigada en inmovible roca.

Cuando la voluntad cede sin luchar, continúa cediendo, porque ha cedido; y quien se ha divorciado hoy por un motivo medianamente grave, mañana se divorciará por un disgusto pasadero, y al otro por un simple capricho; que tal es el impulso de las pasiones; adquieren fuerza, marchando.

Autorizado el divorcio, tras uno vendría otro: la facilidad de conseguirlo engendraría el deseo de intentarlo; y viciado ya el ánimo y acostumbrado a introducir novedades en la sagrada república de la familia, llevaría por fuerza su veleidad y ligereza a las leyes que hoy proclamaría con entusiasmo y mañana rechazaría con desprecio, estimando siempre por mejor lo más nuevo, y por más conveniente lo menos conocido.

Y no es menester que nos extendamos citando ejemplos de naciones que pasaron y que confirman esta verdad. Basta solo que recordéis a Roma corrompidísima, cuando las mujeres contaban los años por los maridos que habían tenido; a la República francesa sumergida en el fango de toda abominación, cuando el consentimiento hacía y deshacía los matrimonios.



Representaos aquellas sociedades en que muchos hombres, en que muchas mujeres, que fueron dos en uno se separaban, abandonaban el techo común, llevaban a otro techo los sagrados secretos del antiguo.

¡Cuán zozobrosa vida la de la mujer cuyo marido pueda, conforme a las leyes de su país, abandonarla y presentarse en el mundo con otra esposa!

¡Cuán desesperada vida la del hombre, cuya mujer pueda abandonarla, quizá cuando esté más necesitado de su auxilio, y pertenecer a otro hombre sin escándalo del mundo y sin vergüenza de si propia!

¿Y qué mujer confía en quien abandonó a la que fue amada de su corazón; y qué hombre en la mujer que lo encerraba tan duro en el pecho que olvidó el antiguo amor y rompió audaz e impudicamente los primeros lazos?

¡Pero sobre todo los hijos!

¿Qué se hace de los hijos? ¿Quién se desvela por ellos, quién los educa, quién les da ejemplos que sirven más que las más elocuentes lecciones?

No hay nación, admitido el divorcio. Túrbase, rómpese, trastórnase la familia, la sociedad pequeña: túrbase, rómpese y quebrántase de todo punto la nación, la sociedad grande.



XXXXI.

No son todo derechos en la Sociedad; hay también obligaciones para el ciudadano; obligaciones dolorosas que lastiman la hacienda o quebrantan el corazón.

Llega un día, se publica en el Pueblo un Bando muy triste, y acuden todos los mozos a la plaza pública, y con su propia mano sacan la suerte; que si es próspera, les permite continuar viviendo en el campo conocido y en la casa amada; y si es adversa, les fuerza a dejar campo y casa, y padre anciano, y madre cariñosa, y les destierra por largos años del pueblo en que nacieron, y les sujeta a durísimo trabajo.

O llega un día, y a la voz de la Autoridad, han de acudir los ricos y los que no son ricos, que tienen quizá un campo solo o la casa en que habitan, a entregar la cuota de su contribución; porque el Estado necesita del dinero de todos para llenar sus altísimos fines.

Contribución de dinero; contribución de sangre. El pueblo, en su enérgico lenguaje, ha bautizado las quintas con este nombre terrible: *Contribución de sangre*.

Algunos hay que halagan a los pueblos, ofreciendo pomposamente la supresión de las quintas. ¡Ojalá fuese posible! Pero, o mucho nos engañamos, o ellos engañan a los pueblos.

Algunos hay también, que aunque no llegan a lo que sería ridículo delirio, esto es, a ofrecer a los pueblos que sin contribución de dinero puede vivir el Estado; ofrecen, sin embargo, tales y tantas rebajas, que, a creerlos, apenas, mandando ellos, necesitarían los contribuyentes sufrir una carga tan leve, que bien podría tenerse por ninguna. También estos señores engañan a los pueblos.

Nosotros, según costumbre, vamos a decirles la verdad; pero no solamente a ellos, sino igualmente a los Gobiernos. Vamos a decirles lo que estos, conforme a justicia, pueden hacer; lo que aquellos, por el bien público, y por su propio bien, deben sufrir.



XXXXII.

Sois vecinos de un Pueblo, pertenece este a una Provincia, y varias provincias forman un Reino.

El reino se llama España.

Se cuando en cuando, os toca pagar, y esto es sensible; pagáis por los gastos del Municipio, por los de la Provincia, por los del Reino.

Vuestro buen instinto os dice, que no solo es justo, sino que os es conveniente, aunque algo duele.

Suponed, con la imaginación, que nada pagáis.

No tendríais quien velase por vuestra paz; ni guardas, que vigilasen vuestros campos; ni Autoridad en la capital de provincia, a la que acudir en queja de agravios; ni Gobierno en la capital de la Monarquía, que conservase el orden en las provincias; ni Jueces, que os amparasen contra los atentados de los malos; ni soldados, que guardasen el país en que hemos nacido, de las invasiones de los enemigos.

Nada gastaríais, es verdad; nada pagaríais, es verdad; pero... nada tendríais. Armado cada cual, con recelo continuo, o en guerra con otros, no podríais vivir; no se puede vivir cuando las personas y las propiedades no están aseguradas.

Más valdría que esto, desterrarse de toda tierra donde hubiese hombres, e irse a morar en desiertos, a pesar de las fieras.

Cada uno de vosotros paga; pero en cambio recibe: por lo que dais, se os da paz, y seguridad, y orden, y justicia.

Es, pues, indudable que adonde hay Sociedad, ha de haber Gobierno, y que este tiene un derecho absoluto, y vosotros una ineludible obligación; aquel, de pedir, y vosotros, de dar, los recursos necesarios para que viva la sociedad, y no solo viva, sino que florezca y progrese.

Sobre esto no hay, no puede haber cuestión: es verdad que sobre ello son posibles los abusos, y que un Gobierno que pida al pueblo más de lo que necesite para cumplir los altos fines sociales, ese Gobierno abusa; y contra estos abusos muchas veces la Iglesia ha levantado su voz, y los buenos Reyes de España siempre los han condenado.

En cuanto a lo necesario, pues, para la vida y aun adelantos de la Sociedad, son indispensables el derecho de pedir y la obligación de dar. Ahora, puede pensarse en hacer más, en mejorar la sociedad, en embellecerla, y en estas cosas que realmente no son necesarias, un Gobierno puede procurarlo legítimamente; pero entendemos que para pedir al pueblo sacrificios a fin de realizarlas, sería injusto, si no contase con el asentimiento del mismo pueblo.



Pues que hay Gobierno, ha de haber empleados; pero haya los meramente necesarios. Si hubiese más de los que debiera, o si no cumpliesen con su obligación, no serían buenos servidores que contribuyeran al bien común; sino plantas parásitas que irían chupando la savia del árbol que a la postre secarían.

Casi todas las Constituciones de Europa establecen la obligación de los ciudadanos a contribuir, para el sostenimiento las cargas públicas, con relación a sus haberes; esto es, establecen casi todos el impuesto proporcional. Sobre este punto, sin embargo, pueden suscitarse cuestiones; y delicadas, y graves.

La contribución, o el impuesto, debe pesar preferentemente, no sobre lo necesario a la vida del individuo, sino sobre lo superfluo; sobre lo que tengan los individuos, cubiertas sus primeras necesidades.

Por eso los simples jornaleros se han de pagar; y si se les sujeta al impuesto de consumos, que hace subir de precio los artículos que necesitan para la vida, por lo común sube también el jornal, y siendo así, les sale igual la cuenta: en realidad no pagan.

Más como no siempre acontece, y como muchos, por desgracia, en ocasiones pueden carecer y carecen de jornal, bueno sería, a ser posible, que ese impuesto no gravase los artículos necesarios para la vida.

Todo impuesto que pese sobre los que no son de todo punto necesarios; todo impuesto que vaya a recaer sobre lo que puede considerarse superfluo o de lujo, será siempre más aceptable a los ojos de la caridad cristiana y de la justicia intrínseca.

No estamos lejos de creer que la justicia no condena el impuesto que se llama progresivo. Un pobre que tiene un solo campo que produce cinco duros, ¿paga lo mismo satisfaciendo uno, que aquel que tiene campos que le producen mil duros y satisface doscientos; que aquel que goza pingües heredades, que le producen cien mil duros, y paga veinte mil? Parécenos que el primero paga más, porque paga de lo que puede considerarse que le es necesario; en tanto que el último satisface de lo que puede considerarse que le es sobrante.

Comprendemos las dificultades de la cuestión: adoptando el sistema progresivo, podrían abusar los Gobiernos; no tanto como a primera vista parece; porque los ricos y los poderosos siempre influyen grandemente en ellos: podría abusar, es verdad, la revolución hecha dictador o hecha plebe; pero también es cierto que si abusara, su reinado pasaría más pronto.



De todos modos, y sin desconocer las escabrosidades de la cuestión, mirando a la luz de la justicia intrínseca, parécenos aceptable el sistema progresivo.

Y ¿no es cierto que en todos tiempos se han mirado con buenos ojos los impuestos sobre artículos de lujo? ¿Pues qué son ellos sino una contribución que grava solo a los ricos en favor de los pobres?

Mucho nos holgáramos de que el impuesto sobre artículos de lujo, o el prudentemente progresivo, si es que se adoptara, proporcionase la creación de Bancos agrícolas, que juntamente con otras medidas económicas, podrían contribuir a resolver la cuestión social.



XXXXIII.

No solo se nos pide dinero: también se nos pide a nuestros hijos para que defiendan la Patria.

Es doloroso, cierto: quien quiera que haya presenciado un sorteo en cualquier pueblo, y sobre todo, en pueblos pequeños, no puede olvidarlo.

¡Qué tristeza se derrama aquel día por las calles del lugar! ¡Qué sobresalto y qué angustia en el corazón de los padres!

Los hijos, delicias del corazón, o bienio de la vejez, acuden a la plaza pública, suben al tablado en ella construido, van a introducir la mano en la urna temerosa.

Los padres, conteniendo muchos las lágrimas, tienen valor para llegar hasta aquella plaza; los ojos y el alma puestos en sus hijos.

Las madres, a quienes la angustia despide de sus techos, apenas se atreven a dirigirse con paso vacilante a las calles vecinas. No llegan a la plaza, no; pero quieren estar cerca, ansiosas por saber pronto lo que ha de rasgarles, por ventura, las entrañas.

Sacó el mozo el número alto. ¡Oh, qué alegría! Pero si no lo es, entonces el llanto, el alarido, la desesperación.

¡Dura contribución la de la quinta! Pero ¡qué remedio! Ha de haber soldados que defiendan la Patria: un ejército, de voluntarios sobre todo, en tiempo de paz y solo para conservar el orden acostumbrado, no se recluta en esta tierra de España, donde nacemos tan libres, que esquivamos naturalmente toda sujeción o disciplina.

Por eso en todos tiempos fuimos guerrilleros, y guerrilleros famosos.

Pues si con voluntarios no se puede formar ejército, y ha de haberlo necesariamente; preciso es resignarse a la quinta.

Si no tuviésemos ejército, no tendríamos paz, no tendríamos Patria. En eso es menester que pensemos para consolarnos. Mediten en ello los padres, aun cuando no se consuelen del todo.

Son padres, pero son hombres, pero son Españoles. Dan sus hijos para defender la madre común que es España. Nosotros no podemos querer que un vecino insolente y poderoso nos invada y nos haga sus siervos. Hemos de dar, pues, brazos y armas para defender la independencia, la honra, la gloria de la Patria.

¿No palpitan nuestros corazones al recordar que España, en otros tiempos, fue Reina del mundo? Las glorias de Lepanto y de Pavía, son las glorias de cada uno de nosotros. ¿No temblamos de cólera



al recordar que Napoleón I quería sujetarnos a su torpe vasallaje? Entonces todos los Españoles fueron soldados.

Y volverán a serlo, y buscarán muerte gloriosa, a condición de que viva la Patria.

Es menester que pensemos también en que la condición del soldado os mejor que antes: no son mayores sus fatigas que las del pobre labrador que cava, ahogado por un sol ardiente, o arrecido de frío en el rigor del invierno; no son mayores sus fatigas.

No son además grandes los riesgos: en tiempos de paz, ningunos: en tiempos de guerra... ¿Pero qué Español, en tiempos de guerra, rehúsa, pudiendo, empuñar las armas para defender la Patria?

¡Y sobre todo, es ese tan noble oficio!

Después del Sacerdote, el soldado es el principal apoyo y es el principal ornamento de la Sociedad.

Cuando vuelve a su pueblo y a su casa, con una hoja de servicios limpia y quizá gloriosa, no parece sino que se haya ennoblecido; algo ha ganado que le hace en cierto modo superior a los que fueron sus compañeros en el taller o en el campo. Ese ha servido a su Patria, se dice; ese es un valiente.

Hay algunos que repugnan, sin embargo, que la ley consienta, a los que tienen dinero, redimir su suerte. No somos justos. Parece a primer vista que esto produce una desigualdad odiosa; pero meditémoslo detenidamente, y lo encontraremos equitativo.

Es un bien, yo lo comprendo, para algunos; ¿pero es mal para nadie? Si el dinero con que un mozo redime su suerte se empleara; aunque fuera en cosas útiles, aunque fueran casi santas; sin servir para rebajar el cupo, sacándose otro hombre en lugar del que redimía la suerte, entonces sería un privilegio odioso; porque entrañaba mal para un pobre que habría de ir a ocupar el puesto del rico, y que hubiera permanecido en su casa, y al lado de sus padres, si el librado no hubiese tenido dinero : pero si el dinero sirve, como ahora, para buscar un hombre que ocupe el puesto; entonces será verdadero decir lo que hemos ya dicho: que la redención es bien para alguno; pero no es mal para nadie.

Quitad el derecho de redención. ¿Qué han ganado los pobres? Van al cuartel, van a la guerra, si hay guerra: no hay más sino que no verán a su lado, a algunos que redimieron su suerte.

No quieran verlos tampoco: piensen en que hay jóvenes, que, como no están criados en el campo ni endurecidos con la fatiga, no harían más que aumentar el número de enfermos en los hospitales: en que hay jóvenes que seguían carrera, y que pudiendo redimir su suerte, la concluirán y podrán prestar grandes servicios a la Sociedad.

Imaginad, si no, de una parte, a un labrador robusto; de Otra, a un joven, nacido en la ciudad, y endeble.



Imaginad, si no, de una parte, a un joven que estudia Cánones, o Leyes, o Medicina; de otra, al hijo de un carbonero, que pasa a la intemperie las noches frías, en aquel penosísimo trabajo.

Decidme: ¿Sufre igual suerte el uno que el otro, dejando la ciencia, o dejando la montaña, para empuñar un fusil?

¡Oh! No seamos envidiosos. Si alguno puede redimir su suerte, que la redima; no me hace mal; yo podré dolerme de dejar por seis o por ocho años mi pueblo y mi casa; quizá mis trabajos y mi miseria; pero a mí no me apesadumbra que el joven endeble, que no hubiera podido resistir el peso de un fusil, haya redimido su suerte; o que la haya redimido el joven estudioso, que a la vuelta de pocos años, puede ser un buen Médico, o un Sacerdote ejemplar.

Ahora, lo que nos parece justo, es que el Gobierno, en cuanto sea posible, premie a sus más dignos servidores. No se puede hacer todo lo que se quisiera; más nosotros deseáramos que el soldado, al concluir sus años de servicio, se encontrase con un capitalito modesto, con el cual pudiera comprar un campo o comenzar a ejercer una industria, y aliviar la miseria, o procurar comodidades en sus últimos años, a los ancianos padres.

No se puede hacer cuanto se desea, porque no alcanzan los recursos del país a tanto; pero algo se puede hacer, y es justo que se haga, y sobre todo, es justo que se convierta en ley rigurosa lo que hasta ahora, por lo común, han sido promesas fallidas.

Quizá haya en España sesenta o setenta mil cargos o empleos: guardas de campo, dependientes de sales y consumos, estanqueros, loteros, porteros, etc., etc., que dan con qué vivir, y a veces, con qué medrar: todos estos cargos, todos estos empleos, deben conferirse necesaria, inflexiblemente, con responsabilidad de los que faltasen a la ley, a los sargentos, cabos y soldados más beneméritos del ejército.

El soldado español es tan paciente como honrado: para serlo no necesita de premio o recompensa; pero una recompensa que signifique también la gratitud de la Patria, alienta sin duda, y moraliza.

Algo queda por hacer a los Gobiernos, y ese algo es mucho. Creemos que haciéndolo, podría llegar tiempo, no en que las madres dejarasen de llorar, sino en que los padres les enjugasen las lágrimas y las alentaran diciendo: “Este nuestro hijo va a honrarse sirviendo a su Patria, y va al propio tiempo a hacer carrera o a granjear fortuna que mejore su condición y le permita ser el sostén de nuestra vejez, y el apoyo de sus hermanos pequeñuelos.”



XXXXIV.

No puede el hombre huir los decretos de Dios: tiene obligación imprescindible de trabajar.

Con el sudor de tu frente, le dijo, comerás el pan.

Con el sudor de su frente, esclavo y señor de la tierra, arrancó de ella las plantas viciosas, descuajó los bosques, fertilizóla conduciendo el arroyo, la cultivó y logró que le produjese los frutos necesarios a la vida.

De este trabajo suyo nace su derecho a la propiedad.

La propiedad, desde el principio del mundo, ha sido una de las bases de la humana familia.

Es cosa o hecho natural.

Es decir, que es conforme a naturaleza, o sea a justicia, que el hombre tenga derecho sobre una cosa que sin su trabajo nada valía, que con su trabajo adquiere precio.

Porque hay algo de él en aquella cosa: está en ella su sudor; le pertenece, pues, más que a otros que no sudaron, o no padecieron sobre ella.

Y es esto tan natural, que apenas habrá nadie que no sienta grande amor a su propiedad; y más a la que él se ha adquirido con sus propias manos, con su propio sudor, que a la que recibió de sus padres; y más a esta, que a la que adquirió con su dinero.

Porqué en la primera, según dijimos, hay algo de él, de su propio ser, si cabe expresarnos en estos términos: en la segunda, hay algo de sus padres, de quien él viene: en la tercera, hay también algo que le pertenece; pero no es precisamente él, sino cosa distinta de él; su oro o su dinero.

Todos aman, pues, el campo labrado por su propia mano o el heredado de sus padres. Todos aman el árbol que plantaron o injertaron.

Y este universal afecto, prueba que la propiedad no nació de la convención humana; porque las convenciones humanas, cualesquiera que ellas sean, no pueden engendrar el afecto inherente a la naturaleza del hombre; sino que dimana de más alto y sagrado principio.

Antes que las leyes de la propiedad, existía la propiedad, por mis que ahora las leyes la protejan; bien que la autoridad, o sea la ley, no bastaría a defenderla si la Religión no viniese en su auxilio.

Porque si reflexivamente se mira, con algunos Guardias civiles se aseguran por completo los intereses del comerciante o del industrial. Pero ¿estarían jamás completamente seguros los intereses del labrador que están sobre la tierra, abandonados a la malquerencia, expuestos a la rapiña, mientras la luz del día, y singularmente durante las tinieblas de la noche?

Parécenos que esta puede ser una de las causas de la mayor religiosidad de las poblaciones agrícolas.



Sea de ello lo que fuere, la propiedad no nace de la ley, es anterior a la ley, es natural al hombre, es necesaria a la sociedad.

Sin ella, esta no florecería, ni progresaría, ni se perfeccionaría.

Arriba dijimos que los hombres nacían desiguales en luz del entendimiento, en fuerzas, en amor al trabajo.

Quién, lo tiene grande, y se ahinca en él, y aumenta, con la privada, la pública riqueza.

Quién, parece que nace sujeto a una inercia vergonzosa.

Abolid la propiedad. Un hombre no quiere trabajar mientras vea a otro robusto que esté holgando. Un hombre dará y podrá dar parte de lo suyo a un desgraciado, pero no ha de dárselo a un holgazán.

Digno es por otra parte el afán de premio. Tras la fatiga, el descanso. Por el camino de la estrechez se llega a los sitios de la holganza.

Tú trabajas, tú tienes; y cuanto más, más.

Así, estimulada con el premio, la humana actividad, hace milagros. Y prospera la agricultura, y se perfecciona la industria, y florecen las artes, y, aún más; se conservan y mejoran las buenas costumbres.

Sobre este punto, sin embargo, no necesitamos aducir o encarecer más argumentos, porque ¿quién de vosotros instintivamente no comprende que la propiedad es una de las bases naturalísimas y justas de la sociedad humana? ¿Y quién no sabe que, si cupiera en lo posible, acabar con la propiedad, y como algunos delirantes sueñan, declarar que la tierra, (y pues que se dice la tierra, debiera decirse también los capitales del comercio y los rendimientos de la industria) debe ser común a todos los hombres no podía haber entonces sociedad? ¡Qué trastorno tan universal, y qué furiosa e inacabable guerra!

Sería, hablando de España, necesario convertirla en un inmenso convento... Pero no hablemos sobre estos delirios: la verdad es que los que proclaman el socialismo y el comunismo no saben lo que dicen; o si es que lo saben, no están dispuestos, si son ricos, a poner en común sus caudales para favorecer a los más pobres.

Y observareis que generalmente no son opulentos, los que proclaman esa doctrina; por ello es de presumir, con presunción facilísima, que entonces lo que anhelan es, no que se forme el vasto convento y recibir ellos el pedazo de pan por su trabajo de todo el día; sino reducir a ese estado a los que tienen, e ir ellos a habitar sus casas y a gozar de sus heredades.



Lo que buscan muchos es llegar a la riqueza, no por el camino lícito del trabajo, sino por el criminal de las revueltas; trastornar, en una palabra, el mundo para poder apoderarse de él.

Dirán ciertas personas que las calumniamos y no es verdad. Creemos nosotros mucho en la ceguedad de los hombres; pero si es cierto que algunos, intencionadamente, no llevan ese mal propósito; cierto es también que los que trabajan para debilitar la idea religiosa y para apartar del Cielo los ojos del mundo, trabajan encarnizadamente por trastornarlo y por levantar en cruzada terrible a los pobres, que siempre serán los más, contra los ricos, que siempre serán los menos.

Digamos toda la verdad: en el mundo ha habido siempre ricos y pobres: aquellos están, en cierta manera, principalmente obligados a la humanidad, a la caridad con estos; estos más principalmente obligados a una santa resignación.

Virtud y grande es la caridad: la resignación o la conformidad con la voluntad divina, lo es también.

Los infelices del mundo solo pueden resignarse mirando al cielo: es contrario a la humana naturaleza que un hombre pudiera vivir resignado durante su peregrinación por la tierra, si es que supiera que en todo ese tiempo, y después de ese tiempo, y perpetuamente, había de ser desdichado.

No habría esperanza para él en ese caso, y el dolor sin esperanza, es un dolor desesperado.

El hombre se resigna o conforma con la voluntad de Dios en la tierra; porque espera que a la otra parte del sepulcro revivirá en mundo mejor.

Se conforma en no tener propiedad sobre la tierra; porque ve que se le guarda en el Cielo su parte de herencia.

Quitadle esa parte de herencia en el Cielo; decidle que nada hay más allá de la vida humana; hacedle por lo menos indiferente, o educadle en tales términos que eche desdeñoso al olvido el día de mañana; que piense solo en el de hoy, que abraza su vida; en ese caso, natural es que quiera no sobrellevarla áspera y angustiosa, sino holgadísima en cuanto pueda, y en cuanto pueda deleitable.

En el momento en que abre los ojos y ve a los ricos del mundo sentados en opíparo banquete, lo primero que ha de hacer es procurarse asiento, y si no lo hay, porque están todos ocupados, echar a alguno de los convidados; o el más débil, o el más desventurado; y sentarse en su lugar.

Nacerían conjurados contra todos los ricos; nacerían mil pobres para cada uno de esos ricos, y en el momento en que cayeran en la cuenta, y se revistasen, y se encontrasen más, y por lo tanto, más fuertes, no habrían de concebir siquiera que fuese razonable, que siendo los más fuertes y los más numerosos, siguieran sufriendo, porque una ciega y enemiga casualidad, o locuras o crímenes de



tiempos pasados, hubieren acumulado muchas riquezas, o muchos goces, en manos de algunos pocos privilegiados.

La Religión es la que conserva verdaderamente y defiende la propiedad en el mundo; elemento necesario para que el hombre progrese y se mejore material y moralmente.

La Religión, es la que ordena a los ricos, estrechísimos deberes para con los pobres; y a estos, penosas obligaciones.

Cuando falta la caridad en aquellos, y la resignación en estos, sobrevienen las grandes catástrofes, y siente el mundo asombrado, cuán pesada es la mano de Dios, que es padre de los ricos, pero que parece ser más especialmente padre de los pobres.



XXXXV.

Dios condenó al hombre al trabajo, y a la mujer al dolor, y a entrambos a la muerte; porque la mujer pecó por amor al deleite, y el hombre por orgullo de la ciencia.

Pero Dios, en su bondad, quiso que, lo que impuso como castigo, fuese también consuelo y beneficio del hombre.

A primera vista, ¿cuál mayor pena que condenarles a morir? Y, sin embargo, después del pecado, la vida perpetua sobre el mundo sería un infierno.

El que la sufre como una carga, esperando anhelante su partida a la Patria Celestial, estaría condenado a sufrirla perpetuamente; sin poder nunca desprenderse de ella y confundirse con su Dios; como aquellos asesinos a quienes en los antiguos pueblos se condenaba a morir, amarrados fuertemente con el cadáver de su víctima.

El que, juguete de sus pasiones, hastiado de vivir, cuerpo sin alma, espíritu inerte, siempre agonizando en la cárcel de su cuerpo, se viese condenado a vida eterna, ¡cuán desgraciado sería!

El tirano soberbio, apoderado de su enemigo, atormentaría su cuerpo con perpetua venganza, y su enemigo sufriría perpetuamente; porque no podría escapársele por medio de la muerte.

El que, cubierto de cancerosas e incurables llagas, arrastra su mísera existencia de pueblo en pueblo, presa de padecimientos horrorosos e indecibles, los sufre ahora resignado, porque sabe que la muerte bienhechora en breve tiempo vendrá a libertarle de ellos; pero, ¿dónde la resignación y la paciencia, si su suplicio hubiese de ser eterno? Su labio blasfemo elevaría su voz contra la Divinidad, y maldeciría la hora en que se dijo: un hombre fue engendrado.

El que, muerto el corazón en el pecho, ve la infidelidad de la esposa, la traición del falso amigo, la ingratitud del desnaturalizado hijo, gime en su amargura; pero su amargura tiene el lenitivo de que su dolor tendrá término. ¿Cómo había de consolarse, si supiera que hoy, y mañana, y siempre, su corazón lacerado seguiría lacerándose de nuevo por la infiel esposa, el traidor amigo y el hijo desnaturalizado?

La muerte es el principio de la verdadera vida del hombre; la esperanza de los que padecen, el amparo de los débiles.

La muerte es la libertad.

Gracias, Dios mío; porque hemos de morir.



XXXXVI.

¿Cuál castigo más enojoso para el hombre que el condenarle el trabajo? Y, sin embargo, ese castigo, no solo hace al hombre más rico, sino que le hace mejor.

Y no solo le hace mejor, sino que llega a ser un deleite, y por el hábito continuado, más que un deleite; una necesidad.

Vosotros, lectores, que en una u otra ocupación os ganáis la vida: ¿no es verdad que cuando estáis sujetos al yunque, o al mostrador, o al despacho, o regando el campo con el sudor de vuestra frente, pareceos ardua y pesada cosa, y suspiráis por el domingo, o por la fiesta del pueblo, y llega, y los pasáis placenteros entre vuestra familia; ya tendidos sobre un ribazo al oreo del vientecillo agradable, y saboreando los manjares apetitosos, que satisfacen vuestro apetito excitado; ya aplaudiendo las obras de levantados ingenios en lujosos teatros?

Estáis bien, no cabe duda, por un rato: al siguiente día, a la hora acostumbrada ¡con qué placer forjáis el hierro, o extendéis en el papel vuestros pensamientos, o caváis el campo, que os promete la abundancia!

Y si vienen cuatro o cinco días seguidos, en que, por accidente, el yunque esté mudo o el sillón vacío, o la fecunda azada ociosa en un rincón, bostezáis; y cansados del descanso, vais perdidos de habitación en habitación, sin saber en qué pasar el tiempo, y los pies os van llevando insensiblemente al taller, o al despacho, o al campo querido.

Y empuñáis el martillo, y examináis la lima, y la revolvéis y miráis por todos lados, como si os fueran instrumentos desconocidos.

O abríis un libro, y lo dejáis, y tomáis otro, y hojeáis el expediente, y mojáis la pluma, y borromeáis una columna de números.

O miráis el ribazo, y arrancáis la mala hierba que encontráis al paso, remetéis una piedra que está a pique de desprenderse, y señaláis con el escandallo el terreno que han de labrar vuestros bueyes en la semana venidera.

¿Sabéis eso qué es? Es el deseo de volver al trabajo; es que estáis ansiosos porque concluyan pronto los días de continuada holganza; es que la ocupación es para vosotros un placer, que os habilita para recibir ansiosos los que ya os fastidian: una necesidad física, como lo es el movimiento, para el que le impusieran la obligación de estar inmóvil en blandísimo lecho.

Imaginaos, pues, que todos los días son días de holganza, que tenéis existencia exenta de los cuidados del porvenir, y millones amontonados en vuestras arcas; que no tenéis que doblaros sobre



el hierro o sobre el papel para ganar el alimento, ni para formar a vuestros hijos un pequeño patrimonio; qua os es innecesario, que os está prohibido, todo trabajo.

Habéis pasado un mes entre placeres y fiestas: os habéis divertido, no tanto los últimos días como el primero; pero, en fin, más o menos, os habéis divertido.

En el segundo mes, los espectáculos os van cansando: el paseo pierde sus atractivos: vais a los sitios donde concurre a gente, por costumbre: pasan y pasan muchos indiferentes: el fastidio germina ya en vuestro corazón.

Y luego, este fastidio crece y se apodera de todo vuestro ser; y los exquisitos manjares son insípidos para vuestro viciado paladar; y os dais a inventar nuevas diversiones que os exciten, que os devuelvan los goces perdidos; y como todo lo facticio cansa, de allí a poco os cansáis también de las nuevas diversiones.

El corazón, vacío, anhela algo con qué llenarse; la imaginación, suelta en demasía, os dice que el tiempo tan pesado, y cuyo curso os parece el de un anciano que medio se arrastrase apoyado en sus muletas, recobraría sus alas, si os entregaseis a criminales placeres.

Y como tenéis necesidad de hacer algo, de ocupar las horas que pesan sobre vosotros, probáis y os entregáis a la gula, o al juego, o a vergonzosas disoluciones; y el alma sufre, y se embrutece la inteligencia; y se apaga la luz divina que os elevaba hasta el Creador; y la fiebre de las pasiones, destruye vuestro cuerpo. Los manjares más exquisitos son desabridos para vuestro paladar cansado: las pérdidas os enfurecen: los torpes placeres os hastían: siempre lo mismo, siempre lo mismo, exclamáis en vuestro profundo desaliento.

La fiebre de las pasiones ha destruido vuestro cuerpo, y el tedio vuelve a cubriros con la sombra de sus alas.

¡Oh, qué felices seríais si pudierais entonces trabajar como trabajabais antes, rendidos los nervudos brazos, polvoriento el risueño rostro, lanzando del alegre pecho alegres canciones, o inflamado vuestro entendimiento con la inspiración sublime, o embebido profundamente en complicados cálculos!

¡Cómo se pasarían las horas sin sentir! ¡Con qué placer descansaríais de vuestras fatigas! ¡Con qué placer os quejaríais de ellas, como los padres se quejan de las que les dan a sus hijos amadísimos! ¡Con qué placer volveríais al día siguiente a emprenderlas animosos! ¡Con qué placer acumularíais el producto de vuestros esfuerzos, pan hoy para vuestra familia, y mañana, si la muerte os sorprendiese en la mitad del camino, su abrigo contra la indigencia!



Bendito sea el Señor, que al darnos el trabajo como castigo, nos dio con él, abundancia, paz, holgura, salud y virtudes.

Imaginaos una sociedad que pudiera vivir y aun gozar sin necesidad alguna de emplear buena parte de sus horas en trabajos más o menos gratos, más o menos ásperos y enojosos. ¡Qué sociedad debería ser esa tan viciosa y tan turbada, tan afeminada y al mismo tiempo tan cruel!

Porque necesitando llenar su tiempo, y no teniendo ocupación, habría de gastarlo en buscar placeres nuevos. Insensible a los comunes, embotada el alma por las sensaciones idénticas; inventaría de continuo espectáculos terribles que sacudiesen sus fibras, y le sacasen del marasmo en que se consumía.

No hay extravagancia, no hay inhumanidad que los antiguos pueblos perezosos y soberbios no hubiesen puesto en práctica, para divertirse. La torpeza, el vicio, la sangre.

Es que no trabajaban: los esclavos servían a los poderosos, y el Erario mantenía a la plebe.

Gracias, Dios nuestro, gracias, por habernos condenado a comer el pan con el sudor de nuestra frente.

Gracias, Dios nuestro, gracias, por habernos castigado al trabajo.



XXXXVII.

En todos tiempos, singularmente en los actuales, con este o con otro nombre se ha agitado en el mundo una grande y temerosísima cuestión, que ahora se llama la cuestión social: las relaciones entre pobres y ricos, entre capital y trabajo, entre propietarios y proletarios.

Existe la familia, es sagrada la propiedad; dos bases que con el conocimiento de un Dios, son el fundamento necesario de toda asociación humana.

Todos los asociados contribuyen con sus fuerzas al bien común; pero cada cual libremente obra en sus cosas particulares, tiene su propiedad o ejerce su industria.

Si de cada sociedad particular se hiciera una familia, si viviesen todos una vida común, no es posible encarecer los males que habrían de resultar, de lo que pudiera parecer a muchos bellísima utopía.

Si se repartiera la tierra a proporción entre todos los hombres, serían pobres: la igualdad absoluta sería la pobreza universal.

Desde que el mundo es mundo, en todos los países son contados los ricos: por cada rico hay ciento regularmente abastados de bienes de fortuna, hay mil que viven solo de su trabajo. Bien que entre estos mil, suele haber no pocos que, o son impotentes para él, o a quienes falta ocupación y con ello el medio más legítimo de sustentar la vida.

Jesucristo lo dijo: siempre tendréis pobres entre vosotros. Y antes de Jesucristo los hubo, y después los ha habido, y siempre los habrá.

Porque es justo, porque es natural, porque así lo ha querido Dios: la inmensa muchedumbre, que es pobre o poco menos, ha respetado a los ricos, que no eran muchos; porque instintivamente ha comprendido que la propiedad era natural, sagrada; y era natural, sagrado, el derecho de herencia; y era, por consiguiente justo, no levantarse contra lo que por misteriosa providencia había Dios establecido.

Pero si bien, y generalmente hablando, se han respetado esas desigualdades sociales, no es menos cierto que ha habido en casi todos los siglos, y en casi todos los países lo que llamaremos cuestión social; y que los Gobiernos deben tener en cuenta, que no le son meramente para conservar el orden material en la sociedad que rigen, sino para mejorar, en cuanto sea posible, la condición de las clases desheredadas e pobres; para que no les falte paciencia.

Por supuesto, que teniendo Dios, podrán tenerla; pero si les faltase Dios, sería increíble, y aun absurdo, que la tuviesen.



La cuestión social, de distinto modo se resolvió en el antiguo gentílico mundo, que en el mundo nuevo y cristiano.

En el antiguo mundo se resolvía, en ocasiones, con dádivas a las muchedumbres o repartimientos de tierras entre las mismas; y principalmente, por la esclavitud. En el mundo nuevo se resolvió, por Dios y por la caridad.

Por eso apenas hubo nación gentílica que no conociese la esclavitud. Había Magnate en Roma, que tenía veinte mil esclavos. Se reducía a millones de hombres a la condición de cosas, para que pudiese la sociedad subsistir. Aun así se levantaban de cuando en cuando Espartacos.

¡Ya se ve! Entonces los hombres oían hablar de muchos dioses, y no conocían a Dios. Oían disputar sobre una vida futura; pero no estaban ciertos de que la hubiese, ni de cuál fuera esa vida.

El Cristianismo enseñó otra doctrina: el hombre nace y, digámoslo así, nace para vivir eternamente. El breve prólogo de esa vida, que no acabará, son los pocos y malos días que pasa sobre la tierra, revestido de un cuerpo mortal. Cuando el cuerpo, que es materia, se corrompe o se deshace, parece el hombre morir a los ojos de los hombres; pero sigue viviendo: no ha hecho más que bajar al sepulcro y dejar allí su vestidura, para entrar en una región incorruptible.

En el mundo gentílico, el hombre miraba como cosa principal, y quizá como su único destino, su estancia en la tierra.

En el mundo cristiano, la tierra no es más que lugar de tránsito y de rudo aprendizaje.

La diferencia es inmensa: al pagano no se le podía decir: sufre y espera; al cristiano, sí.

A los desgraciados, entre nosotros; y pueden serlo, y lo son muchas veces, ricos y pobres; se les puede decir: sufrid y esperad; si tenéis dolores por algunos días, tendréis goces por una eternidad entera.

Pueden ser desgraciados ricos y pobres, y cierto que hay de estos últimos, que mendigan un pedazo de pan, y pasan vida más apacible o menos atormentada que los Magnates, que reposan sobre colchones de pluma, bajo techos artesonados.

Pero digamos la verdad: por punto general la riqueza es bien físico; la pobreza es mal físico. Y Dios no dice a ningún pueblo: repartid entre todos, y por iguales partes, la riqueza que en él haya; no lo dice, o no lo ha dicho; entre otras cosas, porque eso no consonaría a sus miras divinas; porque faltaría la gran ocasión de insignes virtudes; de la virtud de la compasión, de la virtud de la limosna, que son virtudes grandes, y de la resignación y de la paciencia, que son virtudes tan grandes como aquellas.



Pero Dios, poniendo ante los ojos de los pobres, principalmente el Cielo, y ante los ojos de los ricos, principalmente el infierno; y sobre todo, poniendo ante los hombres, como lección perpetua de amor y como modelo divino, a Jesucristo, manda a unos que sean limosneros, y a otros que sean resignados. Y así, la palabra del Evangelio tiende a hacer de un pueblo, ¡y qué digo de un pueblo! tiende a hacer de todo el linaje humano, una sola familia.

Pues bien; ciñéndonos ahora a nuestra España, en sus tiempos antiguos, los ricos han sido limosneros, y los pobres han sido resignados. Y aquellos lo fueron principalmente por la Iglesia, Madre común.

En España apenas ha habido mal para el que no se buscara remedio; apenas necesidad moral o material ninguna para la que no se encontrase conveniente medicina.

Y para que estas fuesen perpetuas, se trasformaban en instituciones.

Cada Convento, era una institución que recogía a los pobres: cada Hospital, una institución que socorría y cuidaba a los enfermos: cada Gremio, una asociación verdadera de socorros mutuos: cada Universidad, un asilo donde se les daba gratuita enseñanza... No había Ciudad en que no se conociese Padre de pobres; en que no hubiese casa de hospedaje para los peregrinos; en que no existiera también ¡oh milagro de la caridad cristiana! un asilo misterioso, donde la mujer débil pudiese por algunos días esconder su vergüenza. y aparecer de nuevo como honrada a los ojos del mundo.

Sería necesario escribir un libro para dar una leve idea de los prodigios que hizo en España nuestra ingeniosa Caridad. En punto a deseo y aspiración noble y santa, no se puede ir más allá. Cabía mayor perfección, o más acierto; pero hombres eran nuestros mayores, y donde hay hombres, no faltan abusos, y siempre sobran errores.

De todos modos, la piedad de los siglos pasados acumuló bienes inmensos en favor de los pobres; y la Iglesia, propietaria, y además con los diezmos, fue verdaderamente su Madre.

Gran parte de ellos ha desaparecido: ha quedado un vacío inmenso que aún no se ha llenado; que no será posible tampoco que se llene, si no torna a obrar sus maravillas el espíritu católico.

Este espíritu no se ha extinguido, pero se ha debilitado: aún le quedaba fuerza en nuestros tiempos para crear las Conferencias de San Vicente de Paul y las Casas de Desamparadas de la Vizcondesa de Jorvalán.

Y es que la Iglesia, asociación universal de los fieles vivos y difuntos, vivifica en su seno toda piadosa asociación.



III.

El derecho de asociación. ¡Gran cosa!

Dice la Escritura Santa. *¡Væ soli!* ¡Ay del que está solo!

Si es débil, ¿quién le esforzará? Si llora, ¿quién le consolará? Si goza, ¿a quién podrá comunicar, aumentándola, su alegría? *¡Væ soli!*

Con decir que el hombre nació para la sociedad, está dicho que vive fuera de su estado natural viviendo solo.

Los hombres que, hastiados del mundo, o enamorados de Dios, se han escondido en desiertos no pisados por pie humano; esos han podido vivir solos. ¿Qué digo solos? Vivieron en una sociedad que se formaron, sociedad de Ángeles, y nos cuenta la tradición que espíritus celestes les visitaban, y criaturas de Dios, el cuervo o el león, les llevaban el pan o les hacían compañía.

¡Væ soli!

Fuera de los Santos que viven, digámoslo así, en el Cielo, todos los nacidos de mujer, no pueden vivir sino en familia o sea en sociedad.

Busca el hombre a la mujer que ama; goza el padre estando entre sus hijos; la madre agoniza ausente de ellos.

El amigo no es feliz, si no puede comunicar los Secretos de su alma a otro amigo; los débiles se reúnen y se hacen así mis fuertes; los entendidos se buscan para avivar sus inteligencias.

Un hombre necesita de muchos para vivir: muchos hombres trabajan para que conlleve mejor las miserias de la vida un rico, y también un pobre.

Existe un trozo muy bello que en un libro malo escribió un desgraciado⁵ que debía a Dios grande entendimiento; pero que abusó contra Dios del don que le había concedido.

En él defiende la asociación, multiplicadora de fuerzas, aunadora de voluntades, palanca potentísima para lograr las más altas empresas.

Todo esto es verdad: cien hombres reunidos, alcanzan más que mil separados. Muchos hombres asociados, obran maravillas y vencen obstáculos que parecían insuperables.

La sociedad adelanta y puede adelantar prodigiosamente, si las fuerzas de sus individuos, uniéndose por extremada manera, se multiplican.

⁵ Lamennais.



Derecho natural es este de asociación, o por mejor decir, es a manera de condición inherente a la humana naturaleza.

Nunca se negó tal derecho: siempre se ha realizado esta condición.

Todos vosotros habréis conocido, y posible es que en muchas ciudades hoy día se acostumbre aún, lo que vimos una vez y otra vez, lo que vimos muchas veces, y con gran regocijo, en nuestra infancia.

En el día, no queremos decir el más santo y el más bello del año, pero sí uno de los más bellos y más santos, en que celebra la Iglesia el inefable Sacramento, por el cual creemos que todo un Dios descende del Cielo a la voz del Sacerdote, y se hospeda, huésped divino, en nuestra alma, para purificarla, embellecerla, iluminarla, convirtiéndola a manera de Cielo; en ese día, por las calles engalanadas y bulliciosas de la Ciudad, se pasea triunfalmente la Hostia Consagrada y van delante, como cortejo divino, los que fueron héroes en la tierra, santos en el Cielo. Y entre estos, y precediendo a estos, iban los que vestían sayal humilde, ejemplo a los hombres, de vida austerísima; y delante de estos y precediendo a las banderas de la Religión, iban, nosotros lo vimos, las banderas o pendones que representaban las artes o los oficios de la República.

Los que profesaban un arte u oficio, se reunían, se asociaban, formaban como una compañía o sociedad especial, en medio de la gran sociedad que abraza y se compone de tantas.

Y formaban esa más pequeña para conocerse mejor, para auxiliarse, para trabajar de concierto en el pro común, para defenderse en su caso.

Esto fue la España antigua, que además tenía innumerables conventos de Religiosos, que no eran otra cosa que asociaciones santas.

Si esto es así, y si hemos clamado por tres veces *¡Væ soli!* ¿podremos oponernos al derecho de asociación que reclaman los demócratas?

¡Ah! Sí nos oponemos y no nos contradecimos.

Los antiguos se asociaban, es decir, se reunían. Pero ¿en torno de quién? Se reunían en derredor de un Santo.

El Santo, digámoslo así, era el fiador de que aquellos hombres se concertaban para el bien, y no hablan de emplear sus fuerzas reunidas, con menosprecio de las leyes, en daño de la República.

Además; aunque estaban, en cierta manera, bajo el amparo y la tutela del Santo, no pretendían estar fuera de las miradas y de la vigilancia de la Autoridad.

La Autoridad, que es el Padre en la familia, que es el Magistrado en la Ciudad, que es el Rey en la Nación, la autoridad, está sobre toda cosa humana y sobre todos los hombres. No se mezcla o no debe



mezclarse entre ellos para embarazarles en el ejercicio de sus derechos legítimos; pero no debe dormirse, y antes despierta debe estar no lejos de ellos, para evitar que abusen y dañen; que a la postre son hombres, y los hombres tienen pasiones, y las pasiones son los enemigos del público sosiego.

Pero estos demócratas, que ahora conocernos, no quieren eso: cuando hablan de algún derecho que entienden ser natural, lo presuponen ilegible, es decir, predicán y quieren que los hombres, libérrimamente, y si les place a hurto de la autoridad, se asocien. Dicen, que para instruirse y mejorarse y allegar sus fuerzas para el bien común; pero comprenderéis que es muy posible, que se reúnan y concierten no con tan santo objeto, sino con otro, si para ellos en apariencia, al menos, provechoso, nocivo para la sociedad.

Si es bueno el objeto, ¿qué inconveniente o temor puede saltarles de obrar bajo las miradas de la autoridad? Si es malo, ¿quién no tiembla al considerar que en medio de la sociedad se forman grandes fuerzas, que, rompiendo algún día, pueden ponerla en confusión y sobresalto?

A vosotros os hacemos jueces, y tened en cuenta que lo que no estaría bien visto, o sería temeroso en un pueblo pequeño, ha de serlo también en una nación; que al cabo no es sino una reunión de pueblos.

Pues bien; vivís en uno; veis como cosa natural y aun con gozo, que se reúnen las gentes en el Templo para alabar a Dios; bien que esto no puede llamarse asociación. Veis que algunos forman una pequeña sociedad bajo ciertas reglas para festejar, por ejemplo, al Santo Patrón del pueblo: sabéis de lo que tratan, conocéis el objeto, estáis tranquilos.

Pero suponed que se cunde por la población que hombres de dudosa conducta, o no grandemente aficionados al trabajo, o plagados de deudas, se reúnen misteriosamente y con frecuencia en tal o cual casa; quizá en las horas calladas de la noche. ¿Dormís tranquilos?

Entre muchos reunidos, ¿no puede brotar un mal pensamiento y de él nacer un plan o una revolución perniciosa?

Doy que no sospechéis de esos hombres: que legalmente, y aun moralmente, debáis reputarles hombres de bien; pero si se congregan en el misterio, si forman ellos solos una sociedad, si reunidos pueden disponer de muchas fuerzas, ¿no receláis que pueda llegar un día en que esas fuerzas se sobrepongan, o puedan sobreponerse, a la fuerza pública; a esa gran fuerza que llamamos autoridad, que vela por todos, que defiende a todos, grandes y pequeños?

Mas doy que no haya misterios: que se reúnan y sepáis que su objeto es, como hoy se dice, ilustrarse sobre los derechos de los hombres; (como si los hombres no los conocieran desde que hay doctrina



crisiana en el mundo;) y reunidos, defiendan y encarezcan la doctrina democrática y exalten los espíritus y enciendan los corazones. Decidme: ¿Podéis alabar, ni aun consentir, tal asociación? El Gobierno, que ha de defender la unidad católica en España y el Trono, símbolo de nuestras antiguas glorias, ¿puede consentir esas libres asociaciones, cuando, si no está ciego, ha de ver, como veis vosotros, que en cada una de ellas se forma un batallón del ejército revolucionario, y que llegado su día, ese gran ejército disciplinado, levantándose y moviendo sus armas, puede hacer caer el Trono y vacilar los Altares?

Apelamos a vosotros; os constituimos jueces. Habéis oído; meditad: decidid.



II.

Lo extraño es, que los que más defienden el derecho de asociación ilegible, absolutamente libre, se oponen furiosamente a toda asociación piadosa, y dispersa a las Congregaciones de fieles, y se horrorizan al solo nombre de Frailes, esto es, *fratres*, hermanos.

Muchos de vosotros no habréis conocido los Frailes; los conoceréis solo de oídas: no una, muchas veces habréis leído u oído hablar de ellos, como de holgazanes; de la sopa del Convento, como de una ignominia, o al menos, como de una grande favorecedora de una culpable ociosidad.

No creáis a los que tal os dicen: abundaban los Conventos en nuestro tiempo, es verdad: había, ciertamente, abusos que necesitaban reforma; pero os decimos que la institución no solo era buena, sino grande y sublime.

Cuando oigo a un demócrata, a uno de esos que se llaman demócratas, hablar contra los poderes constituidos, pienso en mi interior que en su conciencia debe tener cuentas atrasadas con la Guardia civil.

Cuando le oigo hablar contra el Papa, le miro con lástima; porque su ignorancia no alcanza a comprender la grandeza de la institución, permitidme que lo diga así, divinamente democrática.

Cuando le oigo hablar contra los Frailes, sonrío tristemente; porque está hablando contra los pobres. Ellos, los Frailes, realizaban la igualdad, la fraternidad y la santa libertad, que son posibles en la tierra.

Eran los hombres que seguían, no los preceptos solo, sino los consejos del Evangelio.

La Iglesia Católica, desde sus primeros tiempos, ha producido, de su gracia, esos santos institutos.

Aquellos cristianos que oraban en las grutas de la Tebaida, eran Cenobitas, eran Frailes. ¡Gran espectáculo! ¡Contraste maravilloso! Roma pagana, mostraba a los ojos del mundo a sus Grandes, despeñados en todo linaje de sensualidades, haciendo un dios de la materia: la Iglesia Católica, mostraba al mundo sus Cenobitas, sacrificando todos los deseos y todas las concupiscencias de la materia, y adorando a Dios en espíritu y en verdad.

Después, cuando el mundo romano cayó despedazado a los golpes de los bárbaros; cuando se derramó por todas partes aquella horrenda confusión; cuando el caballo de Atila tornaba estéril la tierra que hollaba, y las teas de los vándalos incendiaban las ciudades; las ciencias y las letras, huyendo de aquellos horribles estragos, se refugiaron en los Monasterios, que se levantaban silenciosos en medio de las soledades.

¡Cuán ingratos somos! Los Monjes conservaron al mundo moderno los tesoros del antiguo.



Hicieron más: enseñaron la agricultura a los bárbaros, que, domados, edificaban sus moradas al abrigo de la casa de Dios; y a ejemplo de sus santos hijos, descuajaron tierras y se crearon una Patria.

Después, cuando los más fuertes entre los conquistadores era cada uno de ellos un reyezuelo, y cada uno habitaba su castillo feudal, sin más ley que la espada; delante de aquel castillo feudal se levantó el Monasterio; de aquel Monasterio salió un Fraile, santo tribuno, que decía la verdad a aquellos hombres de hierro, y les hablaba de la espantable eternidad que guardaba Dios para castigo de los tiranos.

Después... y en adelante, y siempre, ¿cuándo sobrevino una gran necesidad en Europa que no encontrase su medicina o remedio en alguna de esas sublimes instituciones? Porque si herejes obcecados comienzan a proclamar la comunidad de bienes y amenazan sumergir a Europa en guerras sociales atrocísimas, nace en Asís un Santo, y reúne discípulos, y renuncia con ellos a todos los bienes; y hecho pobrísimo, por amor de Dios y de los hombres, salva a los pueblos predicando el Evangelio.

Si llega, andando el tiempo, a ser Argel el presidio de Europa, amenazando y aterrando la formidable media luna a todas las naciones cristianas, a seguida veis levantarse hombres que viven solo para el bien, y que llevan su heroica abnegación hasta el punto de entregarse a los hierros, para librar de ellos a infelices esclavos, a quienes lloraban sus padres, o por quienes clamaban sus hijos.

Si se levanta en Alemania Lutero, e irritando la codicia de los Príncipes, o condescendiendo con sus torpes apetitos, desgarrar la Iglesia católica y niega la Autoridad de los Sucesores de San Pedro; un valiente soldado, y era español, concibe el pensamiento sublime de crear una orden inmortal, defensora en todos tiempos de la unidad católica, y defensora de la autoridad, por quien únicamente puede haber paz y libertad en el mundo.

Se nos ocurren en este instante, aquellas magníficas palabras de los Libros Santos: “¡Cuán hermosos sobre la montaña, los pies que van evangelizando las gentes.” ¡Ah! ¿No lo sabéis? Más que las armas de nuestros padres, conquistaron nuestros Frailes, con la Cruz en la mano, inmensos y riquísimos países.

Fueron, pues, conquistadores de tierras dilatadas para España, y fueron dentro de España, a la vez que santos tribunos de los pueblos, auxiliares potentísimos de la autoridad.

Mantiénese numeroso Ejército, crease Guardia civil, aumentase la Policía para precaver o para castigar los atentados de los malos o de los rebeldes. Si fuera posible hacer buenos a todos los hombres, por demás estaría la Policía y la Guardia civil, y el Ejército, o sería necesario en todo caso



éste último, solamente para defender la independencia del país, de ambiciones extrañas, o vindicar su dignidad, de torpes ultrajes.

Pues bien: los Frailes eran grandes instrumentos o poderosos auxiliares para moralizar a los pueblos. Vosotros que nos leéis, podréis convencerlos de esta verdad; puesto que si bien el Convento ha desaparecido, aún quedan restos de aquellos varones que renunciaban al mundo para vivir, no ya conforme a los preceptos, sino a los consejos del Evangelio. Y aún habréis visto, algunos de ellos predicando, exhortando, confesando en vuestros pueblos en los días de santa misión. ¡Cuántos enemigos cordiales se han reconciliado! ¡Cuántos endurecidos en el crimen, o encenagados en el vicio, que vivían sin Dios, se han postrado a los pies del hombre humilde, que ha tocado sus corazones hablándoles de la eternidad!

Pues estos enemigos reconciliados; pues esos pecadores arrepentidos; pues todos los que en ese santo tiempo han alzado sus ojos y su corazón a Dios; ninguno de ellos necesita ni de Ejército, ni de Guardia civil, ni de Policía, mientras continúen en el buen camino, para ser sumisos ciudadanos y hombres honrados.



L.

Con la desaparición de las Comunidades ha quedado un grande vacío en la sociedad y es preciso, en cuanto sea posible, llenarlo. Los antiguos, como dijimos, resolvían la cuestión social por la esclavitud: nosotros hemos de resolverla por la caridad.

La Iglesia, pobre, la Iglesia, rica, ha sido como la Madre divina de esa virtud, por la cual, los hombres se aman en Dios. Dios es Caridad, como dijo el Apóstol.

La Iglesia hizo cuanto pudo: hicieron también algo las potestades seculares; mas no cuanto debieron. La Iglesia hoy pobre, combatida, debilitada, puede hacer poco: los Gobiernos debían hacer mucho: pero no podrán, si no es por medio principalmente de la Iglesia.

Y cuenta, que les interesa grandemente; porque si tienen al derredor suyo algunos ricos y fuertes, tienen enfrente una inmensa muchedumbre de pobres y desheredados. Dos grandes cosas, digan lo que quieran, había en lo antiguo: el Convento y la Enseñanza gratuita de los pobres. Por aquel y por esta, las clases humildes no podían estar y no estaban en guerra con las ricas: por aquel y por esta, los hijos de los pobres podían llegar y llegaban a ser grandes. El Convento ha desaparecido; pero puede y debe volver a aparecer.

Dejando aparte abusos de tiempos y de hombres; consideradas en sí las instituciones religiosas ¡cuán grandes eran y cuán sublimes! Presentaban a los ojos del mundo, dado a las pompas y placeres, un predicador incorruptible, un modelo perpetuo de abnegación y de pobreza.

Reuníanse algunos hombres a la sombra del Templo y vivían en común; realizaban el bello ideal que no encontrarán nunca filósofos afamados, o fogosos revolucionarios que soñaron en él.

Libres de todo lazo que les uniese a la tierra, soldados de Cristo, podían darse enteros a la predicación de las verdades eternas, y al auxilio y al consuelo de los hombres.

Los Frailes eran hijos del pobre pueblo, y permanecían pueblo; pero en el momento de vestir el hábito, podían caminar al igual de los poderosos. El general de los Frailes mendicantes era Grande de España.

Aquellos hombres, elevados por el Sacerdocio, estaban, digámoslo así, entre las clases ricas y las clases pobres de la sociedad, medianeros entre unas y otras, diciendo de continuo a las primeras: “Sed misericordiosas”; y a las segundas: “Sed pacientes.”

Cada soldado de aquellos (dijimos que lo eran de Cristo), atendiendo solo al orden de la sociedad, valía por muchos de los que ciñen espada.

Eran pobres, y daban limosna.



Vosotros habéis oído a muchos insensatos escarnecer la sopa del convento. ¡Ah! ¡Cuántos quisieran ahora, al sonar la del mediodía poderse dirigir a comer sin vergüenza, una sopa!

Dícese, que fomentaba la ociosidad: no es cierto. Acudían a ella el anciano a quien faltaban las fuerzas; el jornalero a quien la enfermedad privaba de las suyas; el joven que estudiaba: podía mezclarse, y de hecho se mezclaría entre ellos, alguno que pudiera y no quisiese trabajar; pero culpa era esta, no de la Iglesia, que ha santificado siempre el trabajo; sino del poder civil, que no cuidaba bastante de que los que, pudiendo, esquivaban el trabajo, no fuesen a robar parte de la limosna al necesitado.

Había en los tiempos antiguos, como apuntamos arriba, enseñanza gratuita para los pobres, y de ahí, que los hijos de los más miserables podían seguir estudios, y adelantando en ellos, llegarán los puestos más encumbrados de la sociedad; es decir, estaba franco el camino para que la virtud y el mérito, sin que les arredrase o sofocase la miseria, pudiesen influir en la gobernación del mundo.

La Universidad estaba también bajo la protección del Obispo: nada se pagaba un tiempo por razón de matrículas: en los que hemos alcanzado, más que como paga, como signo de él, entregaba el estudiante, tres cuartos.

Gozando de salud, les bastaba para mantenerse la sopa de los conventos: enfermos, tenían en casi todas las provincias un hospital especial para ellos: *Hospital de pobres estudiantes*.

Al cerrarse las aulas, solían reunirse en grupos y recorrer el país; costumbre poética; y al son de la música, olvidados alegremente de las tareas sufridas, pedían y recibían dádivas de las gentes alborozadas.

Entonces recogían un caudalejo, que no les era inútil en el invierno: ello es lo cierto, que, estudiando o cantando, pasaba, y no mal, la primera juventud el estudiante; y a la postre, el hijo del mísero jornalero, o el hijo sin padres, se encontraba hombre y con ciencia, y era Clérigo, o Médico, o Abogado.

Y hubo, hasta en nuestros días, muchos de esos estudiantes sopistas, que llegaron a sentarse bajo el dosel de los Tribunales, o en el Consejo de los Reyes.

Y estos hijos de los pobres, a quienes la ciencia levantaba, eran también medianeros entre las clases ricas y las clases pobres.

Ellos, así como los Frailes, favorecían a los suyos, les allanaban los caminos, contribuían a mantener la armonía entre los que Dios colocó arriba, y los que colocó abajo; y ellos, en fin, eran demostración de una parte, y de otra, poderosos auxiliares, para que se conservase en España el gran principio que



introdujo en el mundo el cristianismo: “El hombre vale por sus obras.” Por esto, y por otras cosas, no había envidias; esas envidias rencorosas, de poco acá despertadas y hoy irritadas, entre los pobres y los pequeños; porque no había razón para ellas, en una sociedad en que el pobre que valía, pudo llegar a ser mucho por lo que valía; en que el trabajo pudo enaltecer al más pobre sobre el más rico, y al más desvalido sobre el más poderoso. Le costaría mayor trabajo, si queréis ; alcanzaba por ello mayor gloria.

Pero el punto está en que sea posible, a los nacidos en los últimos grados de la escala social, subir a las primeras, y entonces, lo era a todos; y hoy a muchos, por lo menos, no lo es; y éralo entonces por el mérito extraordinario; y hoy lo es por la revolución y por la torpe política.

Creemos que si ha de salvarse la sociedad, es necesario que reviva el espíritu antiguo, y que, además de resucitar algunas de sus instituciones, se creen otras que consientan o faciliten los progresos modernos.

Diremos una cosa que parecerá paradoja a algunos, y que para nosotros es verdad: a la vuelta de algunos años, o hay Frailes o habrá socialistas; o se facilitan a los hijos de los pobres los caminos de la ciencia, para que puedan subir, o han de apelar a las armas, para derrocar a los que están subidos.

No sostenemos que hoy fuesen posibles ni convenientes, tantas Órdenes religiosas como conocieron nuestros padres, y más cuando la misión de algunas de ellas acabó y ellos, naturalmente, debieron acabar.

No peleamos en tierra Santa: solo como recuerdo, pueden, pues, conservarse las Ordenes Militares. No es ya Argel el presidio de Europa. ¿Para qué, pues, las Ordenes redentoras?

Pero hay muchos, a quienes se debe redimir de la impiedad y de la ignorancia en que viven, y para esos, buenas serán las Ordenes de Predicadores.

Hay y habrá infinitos, muriendo en los hospitales, o casi pereciendo de miseria en sus pobres casas: San Vicente de Paul y sus hijos, sabrán consolarlos.

Hay, en fin, y habrá niñez a quien se ha de educar; que el niño, andando el tiempo, es hombre, y los hombres forman a la sociedad: San Ignacio de Loyola creó una Orden inmortal, que comienza a enseñar a los niños el temor de Dios, principio de la sabiduría.

En el Concordato, ley vigente, se pacta que habrá en España cuatro Órdenes religiosas. Pese a quien pese, al fin las habrá.

¿Os acordáis del siglo pasado? ¿Os acordáis de que la sociedad francesa, olvidada de Dios, entregó al escarnio toda cosa santa? ¿Qué le derrocó al fin de su altar, y hasta proscribió su nombre?



En el seno de aquella sociedad, en que Robespierre aparecía religioso, ¡quién había de decir que a la vuelta de no muchos años habría numerosos Frailes, y que apenas trascurrido medio siglo, aparecería en lo alto de la tribuna francesa un hombre a quien llamaban Lacordaire, con el hábito de Santo Domingo!

El espíritu de la Iglesia, el espíritu del Evangelio; producirá, de su gracia, al Fraile en todos tiempos y en todos países; porque produce siempre la perfección; y los hombres que renuncian de todo punto al mundo, y castos y obedientes y pobres, pasan por él haciendo bien, son la perfección en el mundo.

No hay más que cumplir nuestras leyes, y habrá instituciones para acudir a nuestras necesidades.

¿Sabréis decirnos cuántos suicidios, en estos últimos años, han afligido y escandalizado a España? De seguro que son miles y miles. Pues la mayor parte de esos desdichados, quizá se salvaran entrando en el Convento, abrazados a la Cruz, muriendo para la sociedad, donde no podían vivir. Pero no tenían conventos, habían de seguir viviendo en el torbellino del mundo, el mundo los hastió y los desesperó, y ellos enloquecieron, y lo dejaron, reos de un espantoso crimen.

Pues además de restablecer, en cuanto es posible y conveniente, ciertas Órdenes religiosas, se necesita, no solo por conveniencia, sino por justicia, escogitar medios para que la enseñanza vuelva a ser gratuita para los hijos de los pobres: a este fin, no era necesario establecer, sino ampliar y mejorar instituciones o colegios que la piedad de nuestros mayores fundó, y aún viven, en la mayor parte de nuestras ciudades.

Ciñéndonos a lo que más conocemos, a Valencia; existe aún la santa casa, llamada de los niños de San Vicente, y la piadosa que se titula Casa de Beneficencia.

Con escasísimos medios, allí se educan, hasta cierta edad, quinientos o seiscientos niños. Vergüenza es decir que lo que cuesta la manutención y enseñanza de ellos, representa una cantidad tan mezquina, que se gasta, o se malgasta, en cualquier objeto de vanidad. Consúmese en un baile de los que suelen darse en Madrid, más de lo que cuesta mantener un año esas dos Casas.

Pero no bastan para las verdaderas necesidades de la Provincia, y para llenar el altísimo objeto que nos proponemos. Era necesario que pudiesen sostener, al menos, mil quinientos niños: la mayor parte de estos, a la edad de los catorce años, saldrían para ocuparse en un oficio o en una industria; la parte más pequeña, una quinta, o una décima, para seguir los estudios.

Debería admitirse en ellos gratuitamente a cuantos, además de una conducta ejemplar, mostrasen disposición aventajada; facilitárseles gratuitamente libros; y, en fin, debería encontrarse para ellos, siquier fuese otra sopa.



¡Ah! Sobre cumplir con un alto deber de justicia social, ¡cuántos bienes traería a España la adopción de este pensamiento! Volveríais atener (supuesta la educación religiosa de esos niños) y tendríais buenos medianeros entre las clases ricas y las pobres, y habiendo Gobiernos justos, contribuiríais grandemente a hacer casi imposibles las revoluciones.

Al fin el talento, el que tiene más luz, el que sabe más, el que ve más, guía a las sociedades, o las rige en todas sus esferas. ¿Hay en España mil hijos de pobres que tengan verdadero talento, y los educáis religiosamente, y les facilitáis el estudio de las ciencias? Son Curas, son Magistrados, son Diputados, son Consejeros. ¿Les habéis cerrado el camino, y a pesar del impulso que sienten dentro de sí y les eleva, los mantenéis, forzados, en medio de los miserables? Pues bien; esos hombres crecen para ser los guías de esos miserables; los cabezas en el día de tumulto, los tribunos en el día de la revolución, los tiranos en el día del triunfo.

Fuera de los casos raros en que la mayoría inmensa de un pueblo, oprimido, afrentado, ahogado, se levanta audaz, y rompiendo por todo, atropella leyes y derriba autoridades constituidas; fuera de esos casos, las revoluciones, los pronunciamientos, los motines, no los hacen miles y miles de hombres, no; los hacen, en una Ciudad, diez hombres, en un Pueblo, uno solo. Y la mayor parte de estos, si hubiera en la sociedad justicia, no fueran, creednos, ni incitadores de revueltas, ni caudillos de ellas; hubieran podido ser, ya os lo hemos dicho, Curas celosos, Magistrados íntegros, o Consejeros ilustrados.

Este punto nos parece de la mayor importancia: mediten sobre él los Gobiernos.



LI.

Vamos a compendiar toda nuestra doctrina en breves palabras. Esas breves palabras, por lo menos a los ojos superficiales, parecerán una vulgaridad, y entrañan, sin embargo, una verdad profunda.

Después de adelantar los hombres en las artes y las ciencias; de arrancar prodigios al vapor, y casi milagros a la electricidad; cuando llegue la humanidad gloriosa y resplandeciente A la cumbre de la perfección y la sabiduría; no alcanzarán a saber más que lo que hoy sabe el campesino rústico, que no ha olvidado la doctrina de Cristo, que le enseñaron sus padres.

El mundo gentílico, hubo de asombrarse al oír, o al leer, que Jesucristo había proclamado una doctrina, que había hecho una cosa que jamás entró en la cabeza de los afamados filósofos de la antigüedad: Jesucristo estableció el reino de las almas y creó una Iglesia para el Gobierno de los espíritus: esto nadie lo había concebido; no podía concebirlo la mente de un hombre.

Recordamos que entre tantas cosas admirables como se ven en el Evangelio, se lee una que nunca será bastantemente meditada.

Hela aquí: “Buscad el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.”

De donde infiero que la Religión cristiana que, al parecer de algunos, no tiene otro fin que el guiar a los hombres en su breve tránsito por el mundo; tránsito, y de rudo aprendizaje; y hacerlos dignos de que al ser despojados del mortal velo, vivan en región de luz y de gloria inacabable; tiene otro fin también, y es el de hacerles vivir largos días sobre la tierra, y dichosos, o no tan desgraciados, al menos, y en vida libre y dignísima.

Porque si apetecéis salud, que es el bien más preciado, el ser buenos cristianos generalmente le procura; que las malas pasiones emponzoñan las fuentes de la vida y la abrevian, o la tornan angustiosa y quebradiza.

Si buscáis felicidades, la Religión cristiana es solamente poderosa para dar paz al alma, y no hay estado ciertamente más feliz, como ya adivinaron los antiguos, que un alma tranquila en un cuerpo sano: si el contratiempo y la desgracia, llaman a vuestra puerta, feliz es el que para embotar o minorar sus golpes, tiene Religión que le da fuerzas y consuelo.

Y nadie dudará de que las halle el cristiano que cree que Dios es Padre, y que el ojo de Dios está sobre él: bien puede decirse que se encontró el verdadero alquimista, que se encontró quien convirtiese el vil cobre en oro purísimo; y ese no es más que el verdadero cristiano, que puede santificar sus dolores, poniéndolos al pie de una Cruz.



Y si además de vivir largamente, y con buena y vigorosa salud, y con fuerza contra la adversidad y consuelo en las grandes amarguras del alma, queréis, como es natural y justo, vivir libremente y dignamente; sed buenos cristianos; porque de cierto, el que lo es, como que se apoya en Dios, siente fuerza para resistir a demandas injustas; como que es hijo de Dios, repugna y se niega a mancillar su alta dignidad, cometiendo bajezas; y en fin, porque en un pueblo en que fuesen todos, o gran parte al menos de sus naturales, si hombres frágiles, católicos fervorosos ¿cómo era posible ninguna tiranía, ni la que viene de un hombre solo, puesto en la cumbre del poder, ni la que procede de algunos que se agitan en las capas inferiores de la sociedad? No es posible tener tiranos en medio de un pueblo verdaderamente católico: retrocederían, y caerían postrados ante la virtud de aquel pueblo.

Jesucristo no habló de formas de Gobierno; no habló de instituciones que pueden favorecer a la sociedad: esto lo dejó a los hombres; porque quiere que los hombres piensen, y trabajen, y se ahínquen buscando el bien, conforme a sus miras divinas.

Pero Jesucristo sentó, digámoslo así, la base, y sobre ella toca a los hombres levantar el edificio: estableció, como hemos indicado, el Gobierno de los espíritus, y dio este Gobierno a un maestro inmortal y que no puede errar; a su Iglesia; y dice la Iglesia y dirá perpetuamente: “Buscad el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.”

Busquemos, pues, el reino de Dios, y tendremos trabajo, propiedad, seguridad, libertad el pueblo, freno los poderosos, y vida digna y tranquila todos los ciudadanos.